

Hijos de Gaius



Los Garou, los bestiales hombres lobo que combaten para salvar el mundo, se encuentran entre la espada y la pared. En la novela de tribu: Hijos de Gaia, el bardo Grita Caos, despojado de sus recuerdos por el Wyrn lucha por volver a ser él mismo.



Richard Lee Byers

Hijos de Gaia

Novelas de tribu - 9

ePub r1.1

TaliZorah 14.06.13

Título original: *Werewolf Tribe Novel 5: Children of Gaia & Uktena*

Richard Lee Byers, marzo de 2002

Traducción: Manuel de los Reyes

Ilustración de la portada: Steve Prescott

Diseño de portada: TaliZorah

Editor digital: TaliZorah

ePub base r1.0



Capítulo uno



Grita Caos se irguió en el puente de madera y se asomó a la barandilla para observar el agua que discurría por el fondo del barranco. La primera vez que se atrevió a salir de su hogar se había puesto la gorra sin pensar, por acto reflejo, para ocultar los pequeños cuernos curvados que sobresalían de su frente, aunque no hacía falta que se tomara la molestia, como tampoco hacía falta que mantuviera el pusilánime aspecto lampiño que le resultaba menos natural que su imponente forma de Crinos, medio humana, medio lobuna. No había ningún humano presente, tan solo Luna, una resplandeciente hoz blanca en medio del firmamento nocturno. Pero el cuerpo Homínido tenía una ventaja. Era frágil.

Se preguntó cómo sería ese instante final. ¿Sería igual que volar? Esperaba que por fin pudiera sentir *algo*.

Se escuchó un rumor en el extremo occidental del puente, la cara opuesta a las decrepitas cabañas para los turistas y otros arreos propios de la civilización, donde salvo por algunos senderos que eran obra del hombre, los bosques Apalaches se presentaban puros e intactos. A los oídos de un hombre lobo,

aquel gruñido estaba cargado de significado, era tan conciso como cualquier idioma humano. *¿Qué vas a hacer?* Grita Caos no estaba solo, después de todo. Era solo que sus embotados olfato y oído de Homínido no habían detectado la proximidad de un Garou en otra forma.

Se giró para ver cómo un enorme lobo gris crecía hasta asumir una forma poco menos primaria. John Hijo del Viento del Norte era un joven amerindio de constitución fuerte, ceñido tan solo por unos vaqueros raídos. Un cuervo tatuado desplegaba sus alas sobre su torso, y sobre esa imagen oscilaba un fetiche, un cristal —o algo— que se asemejaba a un témpano de hielo prendido de una cinta de cuero. El guerrero llevaba el cabello recogido en una trenza y esgrimía una lanza ribeteada de plumas con la punta de piedra lascada.

—Hola —saludó Grita Caos—. Nada, estaba contemplando el paisaje. Pensando.

—No me vengas con chorradas, compañero de manada. —Hijo del Viento del Norte acertó distancias. Aunque ahora se encontraba en forma humana, las planchas del antiguo y decrepito puente se combaban hasta crujir bajo sus pies descalzos—. Sé lo que estás pensando y tienes que quitártelo de la cabeza. Ya sé que es difícil...

—No, no lo sabes. No te ofendas, pero la verdad es que no tienes ni idea. Te crees que me importa lo que ha ocurrido. Pues no. Lo que pasa es que desearía que me importara. Eso es lo peor.

—No te comportabas así en Nueva York.

Grita Caos buscó la mejor manera de explicarlo. A lo lejos, en el bosque, ululó una lechuza.

—Creo —dijo, al cabo—, que después de que Julia y Antonine me sacaran del coma, permanecí aturdido durante un rato. La gente me decía que había perdido parte de mis recuerdos y con

ellos, parte de mi espíritu, y supuse que eso era malo, pero al principio no me di cuenta de lo grande que era el agujero que me había dejado aquella Perdición. Sin embargo, con el tiempo, he alcanzado a sentir plenamente lo... violado y destrozado que me siento.

Hijo del Viento del Norte frunció el ceño.

—Todavía puedes caminar. Y hablar. Y cambiar de forma. Te acuerdas de la manada del Río Plateado y de nuestra misión. A mí no me parece que estés tan hecho polvo.

—Soy un Hijo de Gaia. Un pacificador. Un maestro. Y *era* un Galliard, conservador de las costumbres y bardo, y me servía de mis relatos para cumplir con la misión de mi tribu. Sin ellos y sin los dones que conceden los espíritus a los trovadores de la luna, es como si no fuera nada en absoluto. Estoy vacío. Soy incapaz de ayudar al resto de la manada a cumplir con ninguna heroica profecía.

—Pero estamos intentando que te recuperes. No puedes dejarnos en la estacada! Demonios, pertenezco a la tribu del Wendigo. Todos los rostros pálidos me dais asco. —Sonrió para subrayar que era una broma—. Y sigo al pie del cañón.

Grita Caos exhaló un suspiro.

—Ya te lo he dicho, no puedes entenderlo. Es duro sentirse vacío. Es como si fuese más sencillo no ser *nada*, punto. Sobre todo cuando no hay ninguna esperanza.

—Siempre hay esperanza. ¿Conoces la historia de Se Ríe de los Pinos?

—Claro que sí.

Hijo del Viento del Norte hizo como si la respuesta de Grita Caos hubiera sido negativa.

—Se Ríe de los Pinos vivió hacia el final de la primera etapa del mundo. Evidentemente, él no sabía que aquel era el final. Durante

toda su vida, la Tríada se mantuvo en armonía, y la tierra, aunque podía ser difícil y peligrosa, estaba limpia. Se Ríe de los Pinos no tenía motivos para pensar que las cosas fueran a cambiar. Pero si se hubiera podido asomar al corazón secreto de la existencia, habría visto cómo se gestaba una catástrofe de enormes proporciones, la cual todavía amenaza al mundo en nuestros días. La Tejedora era orgullosa, estúpidamente orgullosa, y había decidido que ya no quería seguir conviviendo en equilibrio con el Kaos. La primera de las arañas quería que sus normas y su lógica lo rigieran todo. Quería erradicar del mundo la magia y el misterio del Kaos, aunque ese fuera el poder que dotaba de vida a sus creaciones. Así que la araña tendió una trampa al Wym en su tela. Dado que el Wym era como un agente de la ley que garantizaba su cumplimiento por parte de la Tejedora y el Kaos, la Tejedora supuso que con la Gran Serpiente fuera de juego, el Kaos no sería rival para ella. Bueno, todos sabemos lo que ocurrió. El Wym sufrió tanto en la red que terminó por volverse loco. Transcurrido algún tiempo, descubrió la manera de expandir su alcance y tocar el mundo aun cuando seguía prisionero, y para aquel entonces, el equilibrio entre la Tejedora y el Kaos había dejado de preocuparle. Lo único que quería era pasarle factura a todo el universo por lo mal que lo había pasado. Algo que conseguiría propagando el dolor y la corrupción. Lo primero que hizo la serpiente fue convocar a sus antiguos sirvientes. Hasta la fecha, habían sido meros conservadores del equilibrio. Más bien grises y aburridos. Pero el Wym los convirtió en monstruos que estaban dispuestos a desgarrar la Creación para él y eran capaces de hacerlo. Estos espíritus diabólicos fueron las primeras Perdiciones. Me imagino que la serpiente les daría un discurso de arenga y las desató sobre el mundo. Y aquello supuso muy malas noticias para los Garou y para los humanos por los que velaban.

Por lo menos en la actualidad, los Garou saben que deben cuidarse del Wyrn y de sus colaboradores. Por aquel entonces, en aquellos terribles primeros días, no lo sabían. Las Perdiciones los pescaron en bragas. También a Se Ríe de los Pinos. Era un guerrero poderoso, el protector de su manada, pero las Perdiciones se burlaron de él. Tres de ellas, llamadas Pulveriza, Reduce a Cenizas y Pudre, se acercaron a él disfrazadas de viajeros fatigados, y él les ofreció la hospitalidad de su refugio. Se lo agradecieron abalanzándose sobre él mientras dormía, e hicieron algo más que matarlo. Como cabe esperar de unos seres con esos nombres, destruyeron su cuerpo por completo. Sin embargo, el espíritu de Se Ríe de los Pinos era tan fuerte que se negó a sucumbir. Se aferó a este mundo, pero no porque le diera miedo la muerte. Se Ríe de los Pinos no tenía miedo de nada. Se quedó aquí porque había comprendido lo que pensaban hacer las Perdiciones a continuación. Planeaban arrasarse el bosque, destruyendo todo lo que amaba y a todos los que buscaban su protección. Pero sin un cuerpo, ¿qué podía hacer al respecto? Nada salvo prorrumpir en un silencioso aullido de rabia. Y aunque incluso al propio Se Ríe de los Pinos le costaba creérselo, aquel lamento fantasmal fue más que suficiente. De alguna manera los espíritus de los bosques lo escucharon, y juntos construyeron un nuevo cuerpo en el que alojar su alma. El roble y la secuoya aportaron sus ramas más resistentes para crear los huesos. La tierra donó barro que sería su carne. El río cedió sus aguas a modo de sangre y una gran ostra para que fuera su corazón. El musgo de las rocas sería su pelaje. Las zarzas aportaron púas que emplearía a modo de dientes y garras, y dos bayas rojas a modo de ojos. Cuando los espíritus hubieron terminado, Se Ríe de los Pinos se incorporó en el mismo lugar en que lo habían asesinado Pulveriza, Reduce a Cenizas y Pudre, y les hizo lo mismo que ellos habían hecho con él. Solo que

ellos no pudieron regresar. Luego se dedicó a viajar de un clan a otro, advirtiendo a todos los Garou de la venida de las Perdiciones. Hay quienes afirman que si sobrevivieron a aquellas primeras y peligrosas semanas fue gracias a él y al hecho de que nunca estuvo dispuesto a rendirse.

Grita Caos zangoloteó la cabeza.

—Lo has contado de pena. El tono era inconsistente, y te has saltado las mejores partes.

—Seguro que tú podrías haberlo hecho mejor.

—No. No podría. Las palabras se agolparían y morirían en mi garganta.

—Bueno, vale. ¿Te quieres bajar ya del condenado puente?

—De acuerdo. —No sabía por qué tendría que hacerlo, pero supuso que lo haría.

Capítulo dos



Ojo de Tormenta deambulaba furtivamente entre los ensombrecidos espacios que separaban a las feas cabañas, que hedían a queroseno y otros olores humanos antinaturales. Se cubría con el viejo cuerpo de loba con que había nacido, el que elegía siempre que le era posible. Si alguien que no fuera Garou conseguía reparar en ella con sus inadecuados sentidos, probablemente la confundiría con un perro callejero, y si por casualidad la reconocía por lo que era, en fin, ese sería su problema, no el de ella.

Desearía encontrarse todavía en la cara occidental de la quebrada, donde el mundo seguía siendo más o menos como tendría que ser. Pero aunque había desarrollado un respeto considerable por sus compañeros de manada, aún no confiaba plenamente en que aquellos hombres lobo que no pertenecían a la tribu de los Garras Rojas ni a la raza lupus supieran vigilar esta guarida temporal con la eficiencia debida. Bueno, Hijo del Viento del Norte tal vez sí, pero que ella supiera, el Wendigo permanecía inmerso en el bosque a la caza de su cena.

Detrás de una esquina, crujió la grava. Ojo de Tormenta avanzó sigilosa hasta que la brisa nocturna le hubo acercado el olor de Julia Spencer. Tranquilizada, acudió trotando al encuentro de su compañera de manada, antes de que la decepción aminorara su paso.

Julia se cubría con su forma favorita, o lo que era lo mismo, parecía humana. La Moradora del Cristal era delgada y pálida, acostumbraba a taparse incomprensiblemente con capa sobre capa de ropa ceñida y, por alguna enrevesada razón, siempre llevaba el cabello alborotado y despeinado a propósito. Ojo de Tormenta había escuchado cómo el dependiente de una estación de servicio calificaba a la otra mujer lobo de «calentorra, pero con estilo»; ella no era quién para juzgar el atractivo de una hembra humana.

Julia llevaba en una mano la bolsita rígida que llamaba *maletín*, y caminaba en dirección al coche de alquiler. El respingo culpable que dio disipó cualquier posible duda acerca de cuáles eran sus intenciones.

Sin embargo, Ojo de Tormenta, por medio del idioma Garou basado en gruñidos y gestos, se sintió obligada a preguntar, *¿Qué haces?*

—No es que quiera ser egoísta —dijo Julia con lo que Ojo de Tormenta había aprendido hacía poco que era un *acento inglés*—, pero que yo recuerde, soy la única que quería alquilar la furgoneta. Corre a cargo de tarjeta de crédito y además, creo que menos Hijo del Viento del Norte, los demás ni siquiera sabéis conducir.

A nadie le importa un bledo la caja rodante de la Tejedora. Pero no puedes abandonar la manada.

Julia suspiró.

—Preferiría que no lo plantearas así. Os quiero mucho a todos vosotros, y ha sido una aventura colosal. Pero se acabó.

Ojo de Tormenta cambió a regañadientes a su forma Homínida, no porque dudara de su capacidad para comunicarse como loba, sino porque le parecía que la urbanizada Moradora del Cristal quizá se mostrara más receptiva a la persuasión si esta procedía de labios humanos.

De inmediato, adquirió una mayor conciencia de su ojo ciego. Nunca la molestaba en forma de Lupus o Crinos, pero ahora que se había quedado medio sorda y había perdido el olfato, el impedimento parecía aún mayor.

El frío aire de principios de primavera le puso la piel de gallina, lampiña y vulnerable. Sus compañeros de manada le habían comprado ropa y la habían coaccionado para armonizara con ella, pero la aborrecía y se despojaba de ella en cuanto podía. Juraba que podía sentir el atuendo constriñéndola e incomodándola incluso después de que ella cambiara de forma y él supuestamente desapareciera. Únicamente sus fetiches, el cañón de pistola que le rodeaba el antebrazo y el cráneo de gato que colgaba de su cuello, eran verdaderamente tolerables.

—Dios santo —dijo Julia—, eres la respuesta a las oraciones de todos los mirones.

Ojo de Tormenta no comprendió lo que quería decir su compañera, pero intuía que, como casi todo lo que decían los humanos y los Garou nacidos de humanos, era irrelevante.

—No puedes marcharte. Grita Caos te necesita.

—Y yo me arrastraría sobre cuchillos de plata para ayudarlo si pudiera, pero es que no es posible. La brújula mágica nos condujo en círculos, al final terminamos en este encantador destino turístico, y luego el condenado chisme se evaporó. Puede que estuviera estropeada, o que el Archivista no quisiera vernos. Antonine nos previno que podría suceder. De todos modos, se resume en una cosa: se acabó la partida. No hemos llegado a la Ciudad

Esmeralda, no hemos visto al Brujo y no podemos hacernos con las zapatillas de rubí. Lo mismo daría que cada uno volviera con su respectiva manada.

—Antonine nos dijo que la manada que se formara en torno a Grita Caos sería fundamental para destruir a Jo'clath'matric.

—Ya hemos hecho caso a Antonine en el pasado, y mira dónde nos ha llevado. Grita Caos acabó con el alma desgarrada y la manada del Río Plateado terminó ganándose la etiqueta de puñado de perdedores incompetentes.

—Matamos al espíritu del río Tisza. Fue una gran victoria. Los necios no pueden arrebatarnos nuestro orgullo.

—Habla por ti. Mira, Antonine no es uno de los nuestros. Hace tiempo que los Contemplaestrellas abandonaron la Nación Garou y la lucha contra el Wurm. Quizá debimos haber consultado a uno de nuestros propios oráculos. Lo único que sé es que no le sirvo de nada a nadie sentada aquí en mitad de Ninguna Parte, Carolina del Norte, los Estados Unidos.

—Soy la alfa de nuestra manada, y debes obedecer mis órdenes en la batalla. Eso dicta la Letanía, nuestra ley.

—Paparruchas. La batalla se libra en Serbia. Estaré mucho más cerca del frente, y seré más capaz de contribuir a la causa, de vuelta en Londres.

—Me... —Ojo de Tormenta rara vez había participado en este tipo de duelo de frases ingeniosas, y se sentía como si la Theurge Moradora del Cristal hubiera conjurado a los espíritus de la Tejedora para que urdieran una red de palabras a su alrededor—. Guerra o paz —continuó la Garra Roja—, sigo siendo tu alfa, y no puedes marcharte mientras eso siga siendo verdad. Tienes que desafiarme y derrocarme antes de poder desobedecer. De lo contrario, te destrozará como intentes desertar. —Avanzó un paso—. Sabes que puedo hacerlo, loba de ciudad.

Los labios pintados de Julia se replegaron para exhibir sus blancos y enclenques dientes humanos.

—No, no sé nada de eso, pero si quieres un desafío, aquí lo tienes: derrótame en una partida de ingenio y yo te ofreceré mi garganta.

Ojo de Tormenta vaciló, algo que casi nunca tenía ocasión de hacer cuando recorría los bosques en la forma de lobo que prefería Gaia. Como alfa, tenía derecho a elegir el tipo de competición. Podía exigir un duelo de garras y colmillos en vez de una competición de acertijos o algo parecido. Desde un punto de vista estratégico, resultaba obvio que sería lo más acertado.

Pero la Garra Roja intuía que aunque era ella la líder, y Julia su camarada, en cierto modo la Moradora del Cristal la despreciaba. Creía que una homínida de la ciudad sin duda sería mucho más lista que una lupus del bosque. Y lo cierto era que, en el fondo de la mente de Ojo de Tormenta, una voz tímida a la que rara vez prestaba atención susurraba que Julia podría estar en lo cierto. La Garra Roja presentía que si quería ganarse la lealtad absoluta de su compañera de manada y sofocar de una vez por todas sus impulsos rebeldes, tendría que enfrentarse a ella en el terreno de su elección.

—Que sea una partida.

Julia entornó los ojos, sorprendida.

—¿En serio? Bueno, vale. ¿A qué jugamos?

—¡Biedra, papel o tijera! —declaró una impetuosa voz joven.

Ojo de Tormenta, tan sobresaltada como decidida a no dar muestras de ello, se giró para ver que Carlita, o Hermana Guapa, como le gustaba que la llamaran, había surgido de la oscuridad por su lado ciego. En forma Homínida, Hermana Guapa era una adolescente flacucha de expresivos ojos negros y sonrisa burlona, con el largo cabello negro recogido bajo una gorra de béisbol.

Como miembro de la tribu de los Roehuesos, también ella era una loba de la ciudad, pero incluso una Garra Roja podía ver la diferencia entre Julia y ella. Las ropas de la adolescente eran holgadas, demasiado grandes y de alguna manera parecía que no pegaban unas con otras. Había mencionado de pasada que las había comprado en *Tuntún*, fuera lo que fuera eso.

—Piedra, papel o tijera! —repitió Hermana Guapa.

—Eso no es un juego de habilidad —repuso Julia—. Es pura suerte.

—No lo es!

—Basta —intervino Ojo de Tormenta—. No conozco ese juego. Explícamelo.

Hermana Guapa así lo hizo, y cuando la alfa lo hubo comprendido, decidió que *piedra, papel o tijera* podía considerarse un juego de ingenio con todas las de la ley, puesto que un jugador vencía al adelantarse a la decisión de su oponente. También le gustaba su sencillez, que dificultaría el que Julia se valiera de la enrevesada forma de pensar de los Moradores del Cristal para engañarla.

—Decidido —dijo Ojo de Tormenta—. Ese será el desafío.

Julia se encogió de hombros.

—Bueno. Por lo menos no nos llevará toda la noche.

—A la de tres, chicas.

Ojo de Tormenta y la Moradora del Cristal levantaron los puños.

—Uno. —Hermana Guapa lo anunció en voz más alta de la que parecía necesaria.

Ojo de Tormenta pensó a toda prisa. ¿Qué elegir? Se decantaba por la piedra, el único artículo natural, no fabricado por el hombre, pero ¿no esperaría Julia precisamente eso?

—Dos.

Si Julia anticipaba la piedra, escogería papel. Así que Ojo de Tormenta tendría que contraatacar con tijeras. A no ser...

—¡Tres!

Ojo de Tormenta bajó la mano de golpe y enseñó dos dedos. Julia mantuvo el puño cerrado. La Garras Rojas sintió que el estómago le daba un vuelco. La loba de la ciudad se le había adelantado. Había presentado una piedra con la que aplastar las tijeras de su rival y erigirse en nueva alfa, con todo el derecho del mundo a irse y disolver la manada.

Julia contempló la mano de Ojo de Tormenta y exhaló un suspiro.

—Qué lata. Pero bueno, ha sido justo. Me voy a dejar esto.

—Recogió su maletín y se encaminó de regreso a su cabaña.

Ojo de Tormenta se quedó mirándola asombrada. La única conclusión que se le ocurría era que la Moradora del Cristal había mirado su mano y había visto papel en vez de piedra. Pero ¿cómo era eso posible?

—Bueno, jefa —dijo Hermana Guapa—, si quieres decirme, no sé, que soy un genio o algo de eso, no me voy a enfadar.

—¿Eso lo has hecho tú?

—Alguien tenía que hacer trampas.

—Pero tú no eres Ragabash, sino Philodox. Media Luna, juez, igual que yo.

—Ya, pero todo ese rollo de la Media Luna va de mantener el equilibrio, ¿no? —Carlita sacó otra chocolatina del inagotable surtido que guardaba en la chaqueta, rompió el envoltorio y se la metió en la boca—. Y a esta manada nuestra del Río Plateado le iba a ir de pena sin una Ragabash, así que se me ocurrió hacer algo al respecto.

—¿Piensas renunciar a tu signo lunar? —La mera idea era una losa en el estómago de Ojo de Tormenta. Ocurría en ocasiones en

el seno de las Doce Tribus, pero le parecía una señal de mal agüero.

—Que no, jefa. —Otra pausa, otra chocolatina—. Soy una juez, ya lo sé, pero es que me parecía que el puesto de Philodox sabio y serio ya estaba más que cubierto. Me he ido quedando con unos cuantos trucos de embaucador aquí y allá, así que este me parece el puesto correcto. Ya sabes, por la manada.

Ojo de Tormenta permaneció callada durante todo un minuto, mirando fijamente a Carlita. A continuación hizo algo muy poco lobuno: sonrió.

—Eres más sabia de lo que piensas, Hermana Guapa.

—Vale, vale, resérvalo para la entrega de premios.

Ojo de Tormenta decidió no preguntar qué era *eso* por el momento.

—Pero nunca había oído hablar de un Don, ni siquiera entre los Ragabash, que pudiera afectar así a Julia.

—Oye, que Julia no es la única que puede conversar con los espíritus de vez en cuando. Uno de los peces Gaflinos de Uktena me ha echado una mano. Por un segundo, consiguió que Julia viera lo que quería ver.

—No lo comprendo. Quería ganar e irse a casa.

Hermana Guapa ensayó una amplia sonrisa.

—Los demás no nos hemos criado entre lobos. Abre los ojos y date cuenta de la ambivalencia. —Guiñó un ojo y se alejó.

Ojo de Tormenta recuperó su forma lobuna, pero la transformación no despejó su propia ambivalencia. Puesto que Hermana Guapa había hecho trampas a su favor, lo más honorable sería confesarle a Julia que, en realidad, era ella la ganadora.

Pero el ardid había mantenido unida a la manada para que cumpliera las profecías de Antonine, para que sanara a Grita Caos

y destruyera al enemigo en Europa. ¿Acaso no era eso más importante?

Decidió que sí lo era, aunque no le hacía ninguna gracia. Deambuló por los alrededores con un humor de perros, lamentando los mezquinos compromisos implícitos a la existencia lejos de su tribu, hasta que Hijo del Viento del Norte llegó corriendo hasta las cabañas y preguntó:

—¿Dónde está todo el mundo? Tenéis que ver una cosa.

Capítulo tres



Con las manos apoyadas en la barandilla astillada y desconchada, Grita Caos se encontraba de pie en el centro del puente, con la mirada vuelta hacia el norte, o lo que es lo mismo, río arriba. En el punto en que el caudal de agua y la quebrada serpenteaban hacia el oeste, resplandecía una neblina nacarada. A primera vista, el observador podría confundirla con un banco de niebla luminosa, pero enseguida discerniría que se trataba de algo más vago y menos sustancial, como si el propio aire emitiera una débil fosforescencia.

El Hijo de Gaia se había preguntado si, cuando la contemplara, sus emociones regresarían en un inmenso torrente, aunque fuera siquiera por un momento. No había sido así. Todavía se sentía entumecido y vacío.

—Grita Caos y yo caminábamos de regreso —dijo Hijo del Viento del Norte—, pero no conseguía dormir, así que me levanté y caminé sin rumbo hasta aquí. Fue entonces cuando lo vi. —Señaló con su lanza.

—Es precioso —comentó Hermana Guapa. Un mechón de pelo negro asomaba por debajo de su gorra—. Pero ¿qué es? ¿Bruja? ¿Guardián de las tradiciones?

—No lo sé —contestó Julia, demasiado preocupada para mostrar resentimiento por ser llamada *bruja*. Pulsaba repetidamente la pantalla de su ordenador de mano con un estilo de metal.

—Yo tampoco —dijo Grita Caos—. A lo mejor no es nada, solo una ilusión óptica.

No seas idiota, amonestó Ojo de Tormenta en el idioma de los gruñidos, gañidos y gestos. En forma de loba, exhibía un resplandor rojo, gris en la oscuridad, sobre el torso. *Es una señal*.

—Opino lo mismo —convino Julia, cerrando la tablilla de plástico que era su máquina. El cierre emitió un chasquido—. Pero ¿una señal de qué?

—Lo ha enviado el Archivista —aventuró Hijo del Viento del Norte.

—Quizá tengas razón —repuso la mujer lobo inglesa—, pero aun así, ¿qué significa? ¿Se supone que tiene que indicarnos cómo sanar a Grita Caos? Pero si no es más que un fulgor blanco, misericordia bendita.

En los últimos días, los pensamientos de Grita Caos se habían movido despacio, a regañadientes, igual que una mula tozuda que no veía motivos para tirar de la carreta ni un paso más. Ahora su mente lo sorprendía proponiendo al menos la semblanza de una idea.

—A lo mejor no estamos viendo todo lo que se supone que tenemos que ver. A lo mejor tenemos que acercarnos.

—Es posible —convino Julia—. Intentémoslo. —Su cuerpo fluyó, su ordenador se redujo a la nada, su atuendo pareció transformarse en un abrigo jaspeado de negro y marrón, y calló a

cuatro patas. Los espíritus que vinculaban a ella sus ropas y fetiches, fuera cual fuera su forma, le ahorran una fortuna solo en diseñadores.

Grita Caos, Hermana Guapa e Hijo del Viento del Norte siguieron su ejemplo y se transformaron a su vez. En un momento, no quedaron figuras humanas en el puente, tan solo un quinteto de lobos, uno de ellos señalado por los cuernos curvados que lo etiquetaban de metis, hijo del incesto, en cualquier aspecto.

Para el trovador astado, los últimos restos de color desaparecieron del mundo anochecido, y una sinfonía de nuevas impresiones sensoriales ocuparon su lugar. Registró incontables olores, entre ellos las robustas y saludables fragancias de sus compañeros, tan individuales e inconfundibles como sus rostros humanos. Podía oír el chapoteo y el murmullo de la corriente lejos a sus pies y el ladrido de un zorro en la distancia hacia el oeste.

Grita Caos siempre se había deleitado con el momento en que sus percepciones mutaban a la vez que su forma externa. Reparó en que ahora tampoco gozaba de esa sensación.

Ojo de Tormenta anduvo a paso largo hacia el extremo occidental del puente, antes de torcer hacia el norte y hacia el fulgor. Grita Caos y el resto de la manada la siguieron.

Al frente encontraron una escalera de madera que descendía hasta el lecho del arroyo. Ojo de Tormenta la desdeñó en favor de una serie de salientes rocosos que surgían de la pronunciada ladera de la garganta. Un humano podría haberlos sorteado, pero despacio y con precaución. Con las garras repicando contra la piedra, los hombres lobo saltaban de una plataforma a la siguiente casi a la misma velocidad con que correrían por terreno abierto. En cuestión de segundos, viajaban raudos por el talud que discurría paralelo al curso de agua.

Grita Caos reparó en algo curioso. Conforme se acercaba la manada, la neblina luminosa se tornaba más tenue, menos real, hasta que a escasas zancadas de distancia, desapareció de repente.

Deseó poder sentirse decepcionado, pero no era así. Aunque puede que su corazón se volviera un poco más insensible e inerte que antes.

No lo comprendo, dijo Hijo del Viento del Norte. Como lobo, era más corpulento que la mayoría, su pelaje presentaba un gris casi uniforme. *¿Dónde se ha ido?*

Nunca estuvo aquí, replicó Grita Caos. *No era más que un efecto de la luz de la luna, que seguramente brillaba a través de una rociada de gotas procedentes del riachuelo.*

Debería daros vergüenza, recriminó Ojo de Tormenta. *Estáis todos ciegos.* Con un brusco movimiento de cabeza, los instó a escrutar su entorno. Río arriba, el mismo fulgor nacarado flotaba sobre las aguas.

Intenta conducirnos a alguna parte, dijo Grita Caos.

Eso creo, convino Hijo del Viento del Norte. *Es como... como... algo que recuerdo de un antiguo relato Wendigo.*

Alto ahí, intervino Hermana Guapa, *querrá guiarnos, pero ¿queremos seguirlo? ¿De verdad creemos que esa luz piensa llevarnos hasta el Archivista? ¿Por qué no nos guió la brújula hasta el final?*

¿Sospechas que se trata de una trampa?, preguntó Ojo de Tormenta. La larga cicatriz que le surcaba el ojo ciego era una mácula lívida y desprovista de pelo en su por lo demás hermoso semblante.

Tendría sentido, respondió la Roehuesos. *No sería la primera vez que intenta asesinarlos el Wymr. Y pensad en esto: hace un par de días que estamos aquí. ¿Por qué ha esperado tanto el Archivista para enviar la señal?*

Quizá teníamos que superar algún tipo de prueba, aventuró Hijo del Viento del Norte, para demostrar que éramos merecedores de su ayuda.

¿Qué prueba?, inquirió Hermana Guapa. Lo único que hemos hecho es remolonear por aquí. Ahora, si asumimos que son unas Perdiciones las que han hecho la luz, y que acaban de dar con nuestra pista, tendría sentido que el fulgor no comenzara hasta esta noche.

El debate, como la mayoría de las conversaciones prolongadas últimamente, provocaba una vaga sensación de malestar en la cabeza de Grita Caos. Tenía que concentrarse para prestar atención.

¿Por qué querría cazarnos el Wyrn cuando ya nos ha arrancado los colmillos?, preguntó Ojo de Tormenta.

Porque sabe que Grita Caos puede recuperarse de alguna manera, dijo Carlita, y se propone impedirlo, evitar que la manada del Río Plateado se reincorpore a la contienda. Además, no necesita ningún motivo para matar a nadie, y menos a unos Garou que ya se han cruzado en su camino en el pasado.

Loba de ciudad, tu ingenio es agudo, pero a veces todas tus ideas serpentean sin llegar a ninguna parte. No sé de qué tienes miedo, pero no nos queda otra opción más que seguir la luz. Porque es una oportunidad, nuestra única oportunidad, en mi opinión.

Hermana Guapa vaciló, antes de agachar la cabeza en gesto de sumisión.

Tienes razón. Iremos.

Algo indefinido pero pesado se revolvió en el corazón de Grita Caos.

No. Yo estoy de acuerdo con Carlita. Podría ser una trampa, y no quiero que los que quedáis ilesos y necesitados muráis en

vano. Antonine profetizó que la manada que se formara a mi alrededor desempeñaría un papel vital a la hora de destruir a Jo'clath'mattric. No dijo nada de que yo tuviera que estar allí en persona para luchar hasta el final.

¡Basta!, gruñó Julia. En forma de loba igual que de humana, poseía una cierta elegancia, un cuerpo esbelto y estilizado y una gracia casi remilgada que no conseguía enmascarar su ira. *Si yo no puedo renunciar, tú tampoco, así que ponte a pensar en lo que nos ocupa!*

Grita Caos miró a sus compañeros de manada y vio que eran todos del mismo parecer, tanto que estarían dispuestos a perseguir el fulgor sin él si se echaba atrás. Aun con sus sentimientos congelados y marchitos, no podía consentirlo. Tenía el deber de acompañarlos y compartir su suerte, fuera cual fuera.

De acuerdo.

¡Vamos allá!, gañó Hermana Guapa.

Nuestras cosas —dijo Julia—, *el coche.*

¡Por una vez, piensa como una Garou!, gruñó Ojo de Tormenta.

Julia alzó la cabeza indignada, pero se encaminó hacia la radiación perlada sin necesidad de que la espolearan.

Capítulo cuatro



La Perdición se quedó mirando perpleja. Los lobos se alejaban corriendo!

Los Garou no habían sentido al espíritu de la corrupción que acechaba detrás de un roble en lo alto de la garganta. Era cauteloso, estaba muy por encima de ellos y tenía el viento en contra, y la nerviosa manada estaba preocupada por el extraño fulgor lechoso.

A decir verdad, que supiera la Perdición, en todo el tiempo que llevaban en el lugar de vacaciones, los hombres lobo no habían sospechado ni una sola vez de su presencia mientras los espiaba y picaba de ellos desde el refugio de su marioneta. Se había ocultado tan eficazmente que incluso la Theurge Moradora del Cristal, cuya herencia consistía en lidiar con lo invisible, había permanecido sumida en la ignorancia.

A salvo en su anonimato, la Perdición se había sentido más que pagada de sí misma, pero lo acontecido en los últimos minutos la habían despojado de su complacencia. No estaba previsto que ocurriera nada de esto. Se suponía que los miembros de

la manada del Río Plateado permanecieran allí, lamentándose y riñendo hasta que su enemigo decidiera librarlos de su dolor.

Una cosa estaba clara, a la Perdición no le hacía mucha gracia seguirlos hacia el interior de las colinas. Sí, había tullido a su Galliard, pero los demás, batallando en armonía, la habían derrotado, es más, habían estado más cerca de lo que sospechaban de matarla de una vez por todas. Al espíritu del Wyrn le gustaba mucho más propinarles bocados desde su parapeto que pensar en volver a enfrentarse a ellos directamente.

Pero sabía que debía seguirlos. Para eso le había ordenado el Gran y Terrible Jo'clath'mattric que fuera detrás de ellos hasta América, para vigilarlos y estorbarlos cuanto pudiera. La Perdición comprendía asimismo que no tendría ninguna oportunidad de mantener el paso de una manada de hombres lobo en el bosque mientras estuviera entorpecida por su cascarón actual. Tendría que renunciar a Howard Pierce, director de producción de una cadena de supermercados de vacaciones y amante del baloncesto universitario, y pasearse de nuevo desnuda por el mundo de la tosca materia.

Pero antes de que el espíritu de la corrupción abandonara el local, apuró lo que quedaba de la mente de Howard. Era como el caldo aguado, no la sustancia que necesitaba la Perdición para nutrirse. Pero al consumir al humano, conseguiría tapar su rastro y aplacar su irritación con una víctima convenientemente a mano.

Cuando la Perdición hubo dado cuenta de su ágape, la posesión llegó a su fin. Salió arrastrándose de la carne y el cerebro de Howard. Y, agazapada en la Penumbra, el mundo espejo espiritual en el que había habitado siempre, extrajo una gruesa raíz negra de la mente del humano. Privado de su operador, Howard se balanceó y cayó de golpe sobre sus posaderas al suelo. Compuñió el semblante y comenzó a berrear.

Por suerte, Jane Pierce nunca tendría que ver a su esposo en este lamentable estado. La Perdición la había estrangulado el día anterior, la había cortado en rodajas y había guardado los pedazos en el frigorífico de su cabaña, por matar el rato.

Cuando el espíritu se elevaba, reparó en que durante los últimos instantes de la posesión, parte de su poder debía de haberse filtrado a través de la mano de Howard que estaba apoyada en el tronco del roble, puesto que la corteza presentaba una sutil decoloración. Con el tiempo, probablemente se pudriría, se desprendería y dejaría una fea llaga supurante en el tronco. Porque todo ser vivo sentía la necesidad de recordar, incluso las células de un roble.

La Perdición desplegó las alas y remontó el vuelo, en persecución de los Garou que recorrían la quebrada. Los sollozos de Howard se perdieron en la noche.

Capítulo cinco



Grita Chaos ascendió por la pendiente hasta la cornisa desde la que Hijo del Viento del Norte había dicho que pensaba escrutar el terreno. A esta distancia de cualquier indicio de civilización humana, el Hijo de Gaia exhibía su forma de Crinos, bípeda pero medio cuerpo más alta que un hombre, con el negro pelaje, los colmillos y las garras de una bestia, coronada, lógicamente, con las retorcidas astas de carnero que señalaban su nacimiento mancillado.

También sus sentidos eran tan agudos como los de un animal, y captó el olor de Hijo del Viento del Norte antes de que lo tuviera a la vista. Era distinto al que proyectara antes, teñido de una marcada cualidad desagradable, casi metálica, que bien pudiera obedecer a la enfermedad o al miedo.

A despecho de sus emociones marchitas, Grita Chaos sintió una punzada de preocupación. Recorrió los últimos pasos a la carrera.

Cuando el Galliard hubo atravesado los últimos arcos, Hijo del Viento del Norte se encontraba agazapado en forma humana justo donde dijo que estaría, contemplando una vista de montañas y

valles cubiertos de bosques y bañados por el sol. En determinados puntos ensombrecidos, el suelo seguía moteado de parches de nieve, recordatorios del duro invierno que acababa de concluir.

Todo parecía estar en orden hasta que, con el tímpano fetiche deslizándose sobre su cuervo tatuado, Hijo del Viento del Norte giró la cabeza. Los ojos negros del joven amerindio se veían vidriosos y perplejos, y transcurrido un momento a Grita Caos le consternó darse cuenta de que parecía que su amigo no lo reconocía.

La manada del Río Plateado había seguido al fulgor en retirada durante toda una noche, para perderlo con las primeras luces del alba. Pensando, esperando que hubieran llegado tan lejos como era necesario, rastrearon la zona en que había aparecido el resplandor por última vez, sin encontrar nada.

Llegados a ese punto, Grita Caos había estado casi seguro de que eran víctimas de alguna travesura extraña e inexplicable perpetrada por Antonine, el Archivista o tal vez la mismísima Gaia, pero también se le había ocurrido que tal vez, solo tal vez el fulgor regresaría al anochecer. Había sugerido que la manada se quedara a esperar, sus compañeros habían accedido, y como cabía esperar, el resplandor perlado se reveló en cuanto las primeras estrellas hubieron aparecido en el firmamento nocturno.

Durante los días siguientes, los hombres lobos se adentraron cada vez más en los Apalaches en pos del fulgor, viajando en forma de lupus de noche, durmiendo y cazando conejos, opósums y ciervos de día. Mientras trotaban, primero lecho del río abajo y luego, cuando la luz se apartaba de tan conveniente avenida, a través de crestas y valles, los Garou divisaban ocasionalmente una choza solitaria en una ladera lejana, o un diminuto asentamiento en el fondo de una hondonada, pero por lo general, la tierra mostraba pocas señales de la presencia de la humanidad.

Para Grita Caos, el viaje era un agravio tenue pero persistente.

La vegetación comenzaba apenas a desarrollar tiernos brotes verdes y yemas, pero antes de su mutilación, como Hijo de Gaia, en armonía con la tierra, habría sentido la rugiente vitalidad presta a fortalecer hasta la última rama y brizna de hierba. Sí, todavía podía olerla y sentirla, pero si antes la percepción habría podido intoxicarlo, ahora no significaba nada en absoluto.

Pero ese era su problema. Había pensado que al menos Hijo del Viento del Norte y Ojo de Tormenta agradecerían el distanciamiento de las ciudades y las autopistas, y durante algún tiempo, parecía que asiera. Gradualmente, no obstante, sus cuatro compañeros de manada habían caído víctimas de una cierta irascibilidad y falta de concentración. Grita Caos había asumido que se debía a que estaban impacientes por concluir el viaje o a que al fin comenzaban a creer que carecía de sentido.

Ahora, sin embargo, se preguntaba si no habría algo más y se recriminó el no haber contemplado antes esta posibilidad.

—Hijo del Viento del Norte —dijo el trovador—, ¿qué sucede? ¿No me reconoces?

El Wendigo meneó la cabeza.

—De... debería...

—Soy Grita Caos, tu compañero de manada. Estamos atravesando las montañas en busca de una cura para mí.

Hijo del Viento del Norte dio un respingo, y el aturdimiento abandonó su mirada.

—¡Sí! ¡Sí, claro que sí! Perdona.

—No hace falta que te disculpes, pero ¿qué ha pasado? ¿Te habías quedado dormido? Tengo entendido que a veces, cuando la gente se despierta, su cerebro todavía tarda un poco en reaccionar, y se sienten confusos durante un par de minutos.

Lo cierto era que había oído que algo así les sucedía a los humanos. Desconocía que los hombres lobos sufrieran ese problema.

—No —dijo el guerrero—, no estaba dormido. Me ha pasado algo, y no sé muy bien cómo describirlo. Creo que sabía casi todo lo que siempre he sabido, todos los hechos básicos, pero de repente, dejaron de tener sentido. ¿Alguna vez has mirado algo, un dibujo, tal vez, y por un instante, aunque lo ves de verdad, no sabes decir qué es? Luego encuentras un detalle que le presta sentido a todo.

Grita Caos asintió.

—El detalle que te proporciona el contexto, o la perspectiva adecuada. Sí, ya sé a qué te referes.

—Bueno, pues era algo así. Cuando me giré y te vi, te reconocí, pero sin reconocerte. No conseguía dar con tu nombre. Luego, cuando lo oí, todo volvió a estar claro. No sé, a lo mejor estoy agotado después de tanto subir y bajar colinas. —Sonrió—. Mira que eso es algo difícil de admitir para un Wendigo Ahroun hecho y derecho, ¿verdad?, cuando las «lobas de ciudad» todavía conservan sus fuerzas.

—No estoy seguro de que ese sea el verdadero problema. ¿Y si...?

Hermana Guapa surgió de repente entre los arcos, con su largo abrigo holgado ondeando sobre las lengüetas de sus raídas zapatillas deportivas.

—Julia pregunta por nosotros. No sé de qué va, pero a juzgar por su expresión, probablemente se trate de algo feo.

Hijo del Viento del Norte miró a Grita Caos.

—Ibas a decir algo.

—Puede esperar un minuto —repuso el Hijo de Gaia—. Da igual que se lo diga a todos a la vez.

—Como prefieras. —Hijo del Viento del Norte se incorporó. Grita Caos y él siguieron a la joven ladera abajo hacia el calvero oculto en que la manada aguardaba la caída de la noche.

Capítulo seis



Julia sabía que era un desastre ambulante. Aunque había hecho el trayecto en forma de loba, su traje de diseño estaba arrugado y manchado de hierba, su estilizado peinado desgredado y apelmazado y su cuerpo tan sudoroso y maloliente que incluso un humano podría haberlo olido.

Hacia quince minutos, había estado lamentándose. Después decidió encender su ordenador, su fetiche, y lo que encontró en él había borrado toda traza de vanidad de su mente.

—Mi ordenador tiene un GPS. ¿Sabéis lo que es eso?

No, respondió Ojo de Tormenta, sentada en el suelo en forma de lupo.

—Creo que te dice la longitud y la latitud —dijo Grita Caos, acucillado en forma de Crinos—, tu localización geográfica exacta. —Para Julia, este colosal aspecto de vello erizado y orejas puntiagudas no tenía nada de extraordinario, era solo la apariencia de un amigo. Pero nunca conseguía quitarse de la cabeza que visto desde un punto de vista humano, parecería Grendel renacido.

¿De qué vale eso ahora?, preguntó Ojo de Tormenta. Ya sabemos dónde estamos. ¿O es que estás desorientada, loba de ciudad?

—Claro que no —repuso Julia. Porque su aparato estaba equipado con GPS—. Por favor, escucha. Cuando mi ordenador localiza nuestra situación, puede proporcionarnos un mapa de nuestro entorno. —Dedicó una mirada especulativa a sus compañeros.

—Hasta aquí te seguimos —intervino Hermana Guapa. Con su deslustrado y viejo abrigo cubriéndola como una manta, la Roehuesos yacía de costado con la cabeza apoyada en un brazo.

—Bien. Ahora, he marcado nuestro avance durante las dos últimas noches. —Les mostró la pequeña pantalla a color—. Podéis ver que la luz fantasma nos ha estado guiando tan en línea recta como permite el terreno.

Sí, dijo Ojo de Tormenta sin molestarse en mirar el monitor. Aparentemente lo sabía y punto. Quizá, pensó Julia, todos lo sabían, menos ella.

—Bueno —prosiguió la Moradora del Cristal—, ahora, casi cualquier ordenador portátil de última generación podría hacer esto, incluso algunos teléfonos móviles. Pero este no es un ordenador normal, también es un fetiche, y a veces, cuando las condiciones son propicias, los espíritus de su interior pueden localizar campos de energía del Wurm, agrupaciones de Perdiciones y demás, en las proximidades. Las condiciones eran propicias esta tarde. Echad un vistazo a esto.

Pulsó una tecla, y una mancha negra apareció directamente delante de la línea de puntos.

Todos parecieron sobrecogerse, incluso Ojo de Tormenta.

—Maldición —masculló Hijo del Viento del Norte—, ¿eso es lo que yo creo que es?

—Me temo que sí. —Julia miró a Ojo de Tormenta—. Sé que todavía no las hemos olido ni puesto la vista encima...

Tú eres nuestra Theurge —dijo la alfa—, y *conoces tu trabajo, por lo que he podido ver. Si tú dices que ahí hay un agujero del Wyrn, es porque ahí hay un agujero del Wyrn.*

—Creo recordar que ya se nos había ocurrido —apuntó Hermana Guapa, lacónica—, que puede que el fulgor solo quisiera meternos en problemas.

—Es aún peor de lo que pensáis —añadió Grita Caos. Por lo general, desde su accidente, su discurso tendía a ser átono. Todavía era así, pero con cierta reticencia, vergüenza, quizá, soterrada.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Julia.

—¿Os habéis dado cuenta de que todos parecíais distraídos de vez en cuando, o irritables, como si llevarais un cardo trabado debajo de la cola?

—Oye —dijo Hermana Guapa, sentándose—, que todos tenemos cosas en mente. Serbia. Nuestros clanes. ¿Qué pasa porque se nos vaya la olla alguna vez que otra?

—Hace unos minutos, a Hijo del Viento del Norte se le había ido algo más que «la olla». Estaba desorientado. No recordaba mi nombre. ¿Alguien más ha experimentado uno de estos episodios de flagrante confusión?

Julia vaciló. Hasta ese momento, se había guardado su *episodio* para sí porque no lo había considerado importante y porque no era el tipo de cosa que admitiría un licántropo. Pero puede que tuviera que reconocerlo.

—Anoche, durante un par de segundos, no supe por qué estábamos viajando. Pero fue solo un momento, y estaba cansada.

—Algo así me ha pasado también a mí —dijo Hermana Guapa, ceñuda.

Yo no me he quedado en blanco, pero se me han olvidado algunas cosas sin importancia, y no entiendo por qué me enfurecen tanto las vejaciones más insignificantes. Grita Caos, si a todos nos aflige, ¿qué significa?

—¿No es evidente? —contestó el narrador, con la cabeza gacha—. Os está sucediendo lo mismo que a mí, solo que paulatinamente. A medida que mi enfermedad se extiende, se contagia a mis compañeros de manada. A lo mejor es una especie de virus del Wyrn, y os he infectado. A lo mejor no es más que... algo malo que emana de los agujeros de mi alma y escarba agujeros en vosotros. Espero que sea eso, porque así podréis frenar el daño sencillamente alejándoos de mí.

Por un segundo, los demás guardaron silencio. Julia se preguntó si alguno de ellos estaba elaborando airadas recriminaciones en su mente o si cambiaría a forma de Crinos, la forma de la rabia, y atacaría.

Entonces habló Ojo de Tormenta, tajante:

Si nos hemos contagiado todos de tu enfermedad, tanto más motivo para encontrar la cura.

—Lo mismo digo —convino Julia.

—Pero no hay manera de encontrarla —se lamentó Grita Caos.

No empieces a lloriquear de nuevo. Ya hemos pasado por esto. Seguiremos la luz.

—Pero si ahora sabemos que nos está conduciendo a una emboscada.

—Puede que se trate de otra prueba —dijo Hijo del Viento del Norte.

—La teoría de las pruebas es una chorrada —dijo Hermana Guapa—. Pero qué demonios, a mí no me da miedo entrar en terreno del Wyrn. Ya lo hemos hecho antes, y nos cargamos a un montón de Perdiciones.

Y lo volveremos a hacer. Cuando Grita Caos recupere la voz, compondrá el relato.

El Hijo de Gaia miró a sus compañeros de manada.

—No me gusta. Es una tontería. Pero... gracias.

Puede que resultara ser una tontería, pensó Julia. Si era cierto que todos ellos estaban contrayendo la enfermedad de Grita Caos, si los aturdió o ralentizaba siquiera un poco en plena batalla, el plan podría resultar ser una auténtica tontería.

Capítulo siete



Lo más preocupante, pensó Grita Caos, era que todo olía y parecía en orden, nada más que un pinar iluminado por la luna sobre una vasta extensión de tierra, el frío aire nocturno cargado de su penetrante fragancia, alfombrado el suelo de agujas secas. No había visto muchos agujeros del Wyrm de cerca —al menos no que él recordara— pero solían ser lugares claramente asolados y nada acogedores. Empero, cualquier hombre lobo, nacido para defender a Gaia, sentiría el aura de corrupción que impregnaba ese lugar. Conseguía que dolieran los huesos, que la piel cosquilleara bajo el pelaje, y la neblina blanca resplandecía en medio de todo aquello como la soma encamada.

Los miembros de la manada del Río Plateado se habían adentrado a hurtadillas en el terreno mancillado en forma de hombre lobo. Avanzaban furtivamente de un parapeto al siguiente, moviéndose y ocultándose con una facilidad sorprendente en unas criaturas tan enormes. Pero aun así, no albergaban ninguna esperanza de conseguir cruzar el dominio del Wyrm sin encontrar oposición.

—Hay demasiadas Perdiciones en las inmediaciones —dijo Julia, que se había asomado al mundo de los espíritus—. Y aquí son fuertes. Recomiendo que nos quedemos a este lado de la Celosía en vez de combatir las en la Penumbra, donde estarán como en casa. Lo más probable es que todas sean capaces de adoptar forma física aquí, pero creo que tendremos más probabilidades de reducir a su yo físico que a los espíritus.

—¿Pero eso no las matará? —John Hijo del Viento del Norte estaba preparando su lanza; la tensión del momento comenzaba a alimentar su rabia de guerrero.

—No, tan solo las sumirá en un sueño profundo. Probablemente regresarán, pero habrá de pasar bastante tiempo.

—Leones, tigres y osos, madre mía —exhaló Hermana Guapa. En forma de Crinos, era flaca y desgarrada según los estándares de los Garou, pero se conducía con una confianza que conseguiría que el Ahroun más feroz se lo pensara dos veces antes de desafiarla. Blandía un puñal de marfil, tallado del colmillo de alguna enorme abominación del Wyrn, en su mano velluda.

Ojo de Tormenta había tomado la delantera. Se volvió, exponiendo la mancha de su torso y el cráneo de gato sujeto a una cinta de cuero que colgaba sobre ella, e hizo un gesto feroz para ordenar silencio. Hermana Guapa bajó la mirada en señal de contrición y aquiescencia.

Todas estas personas se dirigen a la muerte sin ningún motivo, pensó Grita Caos.

Para su sorpresa, un vestigio del antiguo y perdido Grita Caos, aquel Garou vital y apasionado cuyo espíritu había sido destripado en Serbia, respondió al desalentador pensamiento. *Sí, tus amigos morirán si no les guardas las espaldas, o si te derrumbas y tienen que preocuparse de ti. Así que haz lo que te dicen: ¡Deja de lamentarte y concéntrate en la partida!*

De repente, al instante, el suelo se abrió bajo los pies de Ojo de Tormenta. Junto a una lluvia de agujas de pino, se cayó dentro del agujero, e hileras de afiladas rocas puntiagudas semejantes a dientes comenzaron a cerrarse sobre ella.

Hijo del Viento del Norte dio un salto e incrustó la lanza entre las fauces de tierra. De haberse tratado de un arma corriente, sin duda el fetiche se hubiera partido a causa de la presión, pero no lo hizo. Resistió.

Enseñando los colmillos, Ojo de Tormenta intentó salir de la boca de la Perdición, pero no lo consiguió. Parecía que tuviera los pies atrapados en el fondo del pozo. Julia, esbelta y de alguna manera elegante incluso en su forma de rabia, se inclinó y asió a la Garra Roja del antebrazo para sacarla.

Fue entonces cuando otras cuatro Perdiciones, estas más o menos humanoides, surgieron del mundo espiritual al físico. Se materializaron en silencio detrás de Hijo del Viento del Norte y Julia, con la evidente intención de asaltar a los Garou mientras estos bregaban con la entidad que poseía la tierra o se guarecía en ella.

Grita Caos y Hermana Guapa profirieron sendos rugidos y se abalanzaron sobre las criaturas, que giraron para encararse con ellos. El Galliard terminó enfrentándose a dos Perdiciones. Una de ellas presentaba el aspecto y el hedor de un cadáver abotargado, con las entrañas asomando por un desgarró en su vientre. La otra exhibía escamas y una capucha extensible que habría sido el orgullo de cualquier cobra.

Sin incitación aparente, metros de vísceras untuosas salieron disparados de la herida de la primera. No formaban un conducto continuo como deberían ser los intestinos de verdad. Se parecían más a amasijos de anguilas, donde cada trecho pringoso y

regordete estaba rematado por una boca redonda y dotada de colmillos semejante a la de una lamprea.

Las tripas, estirándose lo indecible, se aferraron a Grita Caos a fuerza de mordiscos, enroscándose en sus extremidades o ambas cosas a la vez. Las bocas succionadoras tallaron círculos canchales de dolor cuando los dientes royeron su carne, pugnando por clavarse a mayor profundidad.

El hombre cobra intervino con la intención de rematar al Hijo de Gaia. Estremeció la mandíbula, desencajándola, para abrirla al menos cuarenta centímetros. La forma material de la Perdición mostraba los largos colmillos curvos que se imaginaba Grita Caos, pero también parecía salivar un trémulo torrente incesante de larvas pálidas e insectos envueltos en una densa vaharada de vómito.

La Perdición agarró el antebrazo derecho de Grita Caos. Con un rugido, el Garou se zafó de las manos del hombre serpiente y también de los lazos de tripas. Sin dilación, atacó a la criatura serpiente, pero fue demasiado lento. El espíritu malévolo retrocedió de un salto, y las garras del hombre lobo, que deberían haber separado la cabeza del horror de sus hombros, tan solo laceraron una porción de su rostro. Los enloquecidos ojos negros permanecían intactos, y el daño sin duda era insuficiente para frenar a una Perdición.

Grita Caos se abalanzó sobre las vísceras. Redujo a jirones una de las tiras, pero el resto lo soltaron y, zigzagueando, se apartaron lejos de su alcance. Las dos Perdiciones comenzaron a describir círculos, en busca del momento en que una de ellas estuviera en posición para atacar por la espalda.

El Galliard buscó en su interior esa furia enloquecida que era el derecho de nacimiento de todo Garou y las más veces su salvación en la batalla. No la encontró. Se había marchitado con el resto de sus emociones.

En ese caso, no tenía ninguna oportunidad. La Perdición de Serbia lo había matado a todos los efectos, y tanto daba que permitiera que aquellas dos remataran el trabajo.

¡No! No, maldita sea, no pensaba tumbarse panza arriba y morir. Quizá si hubiera acudido solo al campo de batalla, pero no era así. Y sí que tenía una oportunidad. Aun sin el don del Kaos de la furia divina, seguía poseyendo todas las habilidades marciales que le habían inculcado sus maestros, mejoradas por años de batallas contra el Wyrn.

Fingiéndose confuso, volvió la espalda a la Perdición ofidio, puesto que intuía que esa sería más fácil de matar rápidamente, tras lo que podría girarse para lidiar con la otra. Al dar la vuelta, atisbó a Hermana Guapa haciendo señas con su sobrecogedora daga, provocando a sus oponentes. Parecía que se lo estuviera pasando en grande. Parte de las alimañas regurgitadas por el hombre cobra se subieron a sus pies, mordiendo y picando, pero resultaba sencillo ignorarlas. El dolor era insignificante comparado con el feroz palpitar de las irregulares heridas circulares de más arriba.

El hombre cobra probablemente trataba de ser sigiloso, pero el oído de un licántropo podía captar fácilmente el susurro de una pisada en medio de las agujas de pino caídas. Grita Caos giró en redondo y golpeó, y la Perdición estaba justo donde había calculado que estaría. Sus garras destrozaron los músculos, trituraron las costillas y mutilaron un pulmón.

Incluso eso podría no ser suficiente. Con las garras incrustadas en la cavidad torácica del hombre serpiente, Grita Caos no tuvo problemas en tirar para acercar a su enemigo. Proyectando una cascada del vil vómito viviente del espíritu, levantó la Perdición sobre su cabeza y le arrancó varias vértebras de un bocado. La carne, la sangre y los huesos de la criatura ofídica estaban fríos y

sabían a podrido, pero dadas las circunstancias, no le importó. Por lo menos podía escupir la desagradable mezcla.

Se giró y cargó con el cadáver del hombre cobra por delante a modo de escudo. El cuerpo mutilado detuvo las tiras de vísceras que estaban a punto de hundir en él sus anillos de ávidos colmillos.

Grita Caos cargó, aplastando los falsos intestinos contra la Perdición de aspecto cadavérico, obligando al espíritu a retroceder. Tras dos pasos en falso, la Perdición se desplomó. Aferrado aún a su improvisada armadura hecha jirones y cubierta de sangre, el Hijo de Gaia se abalanzó sobre su contrincante postrado y aterrizó exactamente donde pretendía. El cadáver continuaba estorbando el ataque de las tripas, pero dejaba expuesta la cabeza licuada y abotargada del espíritu. Grita Caos la redujo a pulpa de un solo golpe con el brazo.

Después de aquello, sin rabia que lo impulsara a incorporarse y buscar otro enemigo, el hombre lobo intentó permanecer quieto por un momento y recuperar el resuello. Reparó de inmediato en una vaharada de una putrefacción diferente, una que no había olido antes, y se obligó a mirar en rededor. Una Perdición leprosa cargaba contra él con lo que parecía ser una motosierra de hueso que vibraba en silencio en sus manos alzadas. Grita Caos consiguió esquivar a duras penas la primera embestida del espíritu y destrozarlo antes de que pudiera intentarlo de nuevo.

Aquella había sido una lección importante: no dejes de moverte. Se puso de pie y escrutó el campo de batalla.

El bosque era ahora un hervidero de Perdiciones, sin que hubiera dos iguales aunque todas eran espantosas, como escapadas de uno de los paisajes infernales que pintara el Bosco. Afortunadamente, todavía no habían conseguido abatir a ningún Garou. Ojo de Tormenta tenía los brazos y las piernas ensangrentadas,

pero al menos había conseguido zafarse de las fauces de la criatura de tierra, y se enfrentaba a los aliados del monstruo con un salvajismo rugiente, inexorable y aparentemente inagotable. Hijo del Viento del Norte, que combatía casi con la misma agresividad, ensartaba en su lanza a un contrincante tras otro. Hermana Guapa continuaba mofándose de las Perdiciones mientras hacía gala de un curioso talento para los trucos sucios y los golpes bajos. Julia aparecía y desaparecía de vista, visible un instante, esfumada al siguiente, danzando entre la Umbral y el mundo de la materia con una facilidad encomiable incluso en una Theurge. Cuando reaparecía, era generalmente para golpear a un enemigo por la espalda. Algunos de los espíritus impíos intentaban darle caza, caminar de lado a través de la Celosía cuando lo hacía ella, pero ni siquiera ellos lograban mantener su ritmo.

Un pino se tornó borroso de repente y se convirtió en un ogro de retorcida madera podrida dotado de un centenar de brazos. La Perdición se agachó para aplastar a la desprevenida Hermana Guapa, y Grita Caos saltó para interceptarlo. Esquivó las ramas animadas hasta llegar al tronco, del que arrancó trozos hasta que el habitáculo de madera del espíritu explotó abruptamente reducido a astillas y jirones de corteza. La batalla se detuvo por un segundo mientras todos, Garou y esclavos del Wyrn por igual, cerraban los ojos y se protegían el rostro de la metralla.

Grita Caos se acercó a sus compañeros de manada para poder proteger sus flancos, y que ellos cubrieran los suyos. Después de aquello, perdió la noción del tiempo conforme las Perdiciones iban y venían y volvían hasta que pareció que así había sido siempre y que así continuaría siéndolo. Casi se sobresaltó cuando, tan de repente como habían comenzado su asalto, se detuvieron.

Eso no significaba que los Garou hubieran purificado el bosque. Nada de eso. Grita Caos podía oler y oír muchas más

Perdiciones moviéndose sigilosamente entre los árboles. Pero la manada había acabado con la primera oleada y, así, se había ganado la oportunidad de avanzar un poco más.

Grita Caos buscó el fulgor blanco, y por un instante algo se revivió en su frío y muerto interior. El resplandor había desaparecido. Tenía razón desde el principio. Había conducido a la manada hasta una carnicería y, cumplida su misión, se había esfumado.

Entonces comprendió que durante la batalla, había dado demasiadas vueltas. El terreno era irregular —se extendía sobre la ladera de una montaña— y empinado en su totalidad. Los hombres lobo habían descendido la pendiente, y ahora él miraba hacia arriba. Dio media vuelta y la luz plateada lo saludó desde un lugar a unos cincuenta metros de distancia.

—Vamos —dijo, y la manada emprendió la carrera.

No tardó en decidir que seguir la luz a través de aquella tierra envenenada era la tarea más complicada a la que se había enfrentado jamás. En ocasiones los Garou conseguían dar unas cuantas zancadas seguidas sin tener que pelear, pero enseguida hubo más Perdiciones que surgían de la oscuridad para desviarlos. A veces los espíritus no eran demasiado fuertes ni numerosos, y los hombres lobo lograban ejecutarlos más o menos al vuelo. Pero a menudo la manada se encontraba empantanada, superada en número, rodeada, y debía batallar frenéticamente para abrirse camino fuera de la trampa.

Llegados a ese punto, todos ellos exhibían heridas ensangrentadas, pero todavía podían correr y pelear. Haber llegado tan lejos sin sufrir ninguna pérdida era un triunfo, y los demás se solazaban en él. Entre trifulca y trifulca, Grita Caos veía el orgullo en su porte y una luz feroz en sus ojos. Él no sentía nada salvo la

cruda determinación de sacarlos sanos y salvos del campo de batalla.

Se abrieron paso a través de dos escaramuzas más, y entonces, en el momento en que aumentaba la inclinación de la pendiente, se extendió ante ellos un paisaje inesperado, un largo pasillo que discurría entre los pinos con el fulgor fantasmal flotando, esperando, al final. El terreno seguía estando enfermizamente corrompido, pero Grita Caos ya no podía oler ni detectar de ninguna otra manera más Perdiciones que acecharan allí abajo. Puede que los esbirros del Wyrn no hubieron creído a los hombres lobo capaces de llegar tan lejos. Quizá las abominaciones que acechaban normalmente en los alrededores hubieran ascendido la pendiente para probar suerte en la batalla.

Ahora estaban regresando. Grita Caos oyó el tronar de la horda que bajaba por la cara de la montaña. Pero pensó que las largas piernas de sus compañeros de manada podrían mantenerlos por delante de aquellas criaturas deformes, y de ser así, tal vez consiguieran vivir para ver el amanecer.

Gañó, urgiendo a sus camaradas a proseguir, y corrieron con los últimos resquicios de sus fuerzas. La pendiente desafiaba su equilibrio al tiempo que aceleraba sus pasos. Los cuernos de Grita Caos se trabaron en una rama baja y la partieron. El viento le trajo el aroma del agua clara que discurría en alguna parte al frente. Un arroyo, tal vez.

El Hijo de Gaia trotaba entre Hermana Guapa y Julia. Cuando miraba de soslayo a una o a otra veía que, a pesar de la fatiga, cada una de ellas había encontrado fuerzas renovadas ante la inminencia de la escapatoria. La boca de la Roehuesos se tensó en una sonrisa torva. De haberse encontrado en forma Homínida y por tanto vestida, Grita Caos podría habérsela imaginado deteniéndose para dedicar un calvo a las Perdiciones. Como siempre, la

Moradora del Cristal era más reservada, pero su sonrisa denotaba satisfacción y puede que una pincelada de alivio.

Hermana Guapa, evidentemente ansiosa por atisbar la fútil persecución de las Perdiciones, se agarró a un árbol joven y giró en redondo para mirar colina arriba.

—Mierda! —exclamó. Aulló, un chirrido discordante que detuvo a sus compañeros tras algunos traspiés.

Grita Caos se volvió para ver qué la preocupaba. Se quedó helado por la desolación. Ojo de Tormenta se encontraba inmóvil a cierta distancia pendiente arriba. Lógicamente, en su apresurada huida, ninguno de los Garou se había dado cuenta de que se hubiera detenido. Pero las Perdiciones perseguidoras sí la habían visto. A decir verdad, ya casi le habían dado alcance.

El Hijo de Gaia no se lo podía creer. De todos ellos, Ojo de Tormenta con su voluntad de hierro y su forma de pensar tan pragmática parecía la menos vulnerable a la inestabilidad mental. Incluso había dicho que no había experimentado los mismos lapsos fugaces que el resto. Pero allí estaba, en trance.

Lo peor era la distancia que mediaba entre sus compañeros y ella. Los Garou podrían ser más fuertes y veloces que los humanos, pero era imposible que consiguieran remontar la colina a tiempo de impedir que las Perdiciones acabaran con ella.

—No la tendréis —gruñó Julia. Grita Caos se giró y vio como la mujer lobo inglesa sacaba su pequeño ordenador de una bolsa que parecía haberse adaptado a su forma de Crinos. Pulsó rápidamente la pantalla con la punta de sus garras.

Media docena de refulgentes copos de nieve cristalina, cada uno de ellos de treinta centímetros de diámetro, se materializó en el aire por encima y alrededor de Ojo de Tormenta. Grita Caos tardó un momento en darse cuenta de que aquellos objetos perfectos, intrincados y aparentemente inorgánicos eran espíritus de

la Tejedora, distintos en forma pero parecidos en especie a las arañas de relojería con las que ya se había encontrado la manada. Julia les había ordenado que se manifestaran y obedecieran sus órdenes.

Cuando las Perdiciones se acercaron, los copos de nieve descargaron silenciosamente delgados haces de luz azulada. Allí donde alguno de los rayos tocaba a un siervo del Wym, la abominación se quedaba paralizada en el sitio, atrapada por la estasis que algunos creían que era el objetivo definitivo que reservaba la Tejedora para todo el mundo.

Julia cerró su ordenador y lo devolvió a la bolsa. Los hombres lobo cargaron pendiente arriba.

Corrían a toda velocidad, pero tras un momento, Grita Caos se sintió como si estuvieran vadeando arenas movedizas, puesto que podía ver que Ojo de Tormenta seguía estando a punto de morir. Los espíritus de la Tejedora formaban una defensa formidable, pero solo podían paralizar a un enemigo a la vez, y se reducían a resplandecientes añicos si algo los golpeaba con la fuerza suficiente. No eran capaces de repeler a todas las Perdiciones. Un cíclope escabroso irrumpió en su cerco y alzó las garras para destrozar a Ojo de Tormenta. Los Garou seguían estando demasiado lejos para impedir que la abominación lograra su objetivo.

Hijo del Viento del Norte se detuvo, preparó su lanza y la arrojó, tan deprisa que parecía imposible que hubiera podido apuntar. Pero la lanza se clavó en el robusto cuello del cíclope y lo traspasó de lado a lado. La Perdición se desplomó.

Los hombres lobo reanudaron la carrera, y algunos de los espíritus del Wym cargaron a su encuentro. Grita Caos sabía que sus compañeros de manada y él tendrían que atravesar sus líneas cuanto antes si querían formar en torno a Ojo de Tormenta y protegerla.

Los dos grupos colisionaron. El Hijo de Gaia atacó el amasijo de Perdiciones que tenía delante, percibiéndolos apenas como individuos. Eran tan solo una muralla que debía derruir. Se abrió paso alternando zancadas y miembros mutilados.

Las Perdiciones chillaban y balbucían, emitiendo una cacofonía horrenda. Grita Caos no supo cómo había distinguido el grito de Julia en medio del estrépito, pero lo hizo. La loba estaba a cuatro patas con dos horrores enanos agarrados a ella y apuñalándola con diminutos cuchillos herrumbrosos. Se los quitó de encima, la ayudó a ponerse en pie, y se giró a tiempo de evitar que un ser que no era más que un andrajo informe le envolviera la cabeza con un grumoso trozo de sí.

Mató a aquella Perdición y a otra y llegó al otro lado. Miró en rededor. Sus amigos también lo habían conseguido. Hijo del Viento del Norte, Julia y él adoptaron posiciones entre las tres estrellas cristalinas supervivientes. Hermana Guapa penetró el perímetro para llegar hasta Ojo de Tormenta. Comenzó a gritar ante el rostro de la lupus y a zarandearla.

Después de aquello, los hombres lobo de la primera línea se enfrentaron a su empresa más complicada. Las heridas de Grita Caos palpitaban, y la fatiga apelmazaba sus articulaciones. Durante uno de los raros momentos en que el asalto cedió, pensó en lo extraño que resultaba combatir hombro con hombro con unos espíritus de la Tejedora, por naturaleza antagónica a los Garou y a cualquier otro vástago del Kaos. Pero dio gracias por su presencia. Constreñidos por la voluntad de Julia, los copos de nieve —que ya habían quedado reducidos a dos— no evidenciaban muestras de querer proyectar uno de sus rayos azules contra sus aliados.

Conforme transcurrían los segundos, el Galliard fue sumando nuevas heridas. Boqueó en busca de aliento, y se le ocurrió que si dejaba de pelear, las Perdiciones lo abrumarían, y el dolor y el

demoledor cansancio cesarían un instante después. Como hiciera antes, arrinconó lejos aquel vergonzoso pensamiento.

Se quebró el último copo de nieve. A continuación, tras de sí, escuchó un cambio en las desgarradas súplicas y exigencias de Hermana Guapa. Ahora eran todo gruñidos e hipidos, fragmentarios, inequívocamente bestiales. Un humano no percibiría en ellos idioma alguno. Grita Caos se arriesgó a echar un vistazo y vio que, como había asumido, la Roehuesos había pasado de Crinos a su forma pura de loba.

No sabía por qué eso habría de suponer diferencia alguna, pero así fue. Con un sobresalto, Ojo de Tormenta despertó. Echó la cabeza hacia atrás y aulló, un grito furioso que podría haber estado dirigido tanto contra su propio y humillantes estupor como contra las Perdiciones que se agolpaban ante ella. Luego se sumó a la contienda de un salto. Hermana Guapa recuperó su forma de Crinos e hizo lo propio.

En cuestión de un minuto, se hizo evidente para Grita Caos que la Roehuesos y la Garra Roja, que no estaban tan malheridas ni tan fatigadas como sus tres compañeros de manada, estaban dando la vuelta al curso de la batalla. También las Perdiciones lo comprendieron. Tras algunos embates enloquecidos más, los engendros del Wyrms supervivientes dieron media vuelta y salieron corriendo, probablemente para aunar refuerzos con los que proyectar otro asalto.

—Os propongo una cosa. —Julia resoplaba. La sangre moteaba su pelaje suave y lustroso, y parte de la misma era la suya—. ¿Por qué no dejamos con vida unas cuantas Perdiciones por esta noche? Vamos a dejar algunas para la próxima.

Aferrada a su antebrazo, procurando interrumpir la hemorragia de una herida especialmente fea, Hermana Guapa esbozó una sonrisa.

—¡Borras! Pero si te paras a pensarlo, a lo mejor sí que nos vendría “bien un descansito.

Ojo de Tormenta alargó el brazo.

—La luz blanca. Sigámosla mientras podamos.

—Esperad a que coja mi lanza —dijo Hijo del Viento del Norte. La arrancó del cadáver del cíclope; la manada reanudó la carrera.

La cuesta se nivelaba de nuevo. Los hombres lobos atravesaron una última línea de árboles, y entonces Grita Caos se sintió desfallecer.

No era un riachuelo lo que había olido. Era un lago. La neblina luminosa flotaba sobre el centro de las negras aguas y desapareció, pero no del mismo modo que antes. Fue como si se sumergiera bajo la superficie, refulgiendo allí por un instante antes de hundirse todavía más.

—Mierda —masculló Hermana Guapa, y Grita Caos creyó saber por qué. Cuando se trataba de correr, saltar, trepar, levantar o cualquier tipo de combate ritual, el cachorro más enclenque de hombre lobo podría humillar a cualquier medallista olímpico. Pero por lo general, los Garou no eran muy dados a la natación. No era descabellado que algunos de sus amigos ni siquiera supieran nadar.

Capítulo ocho



—Es una buena señal —dijo Ojo de Tormenta, sin evidenciar atisbo de incertidumbre alguno mientras sus ojos se demoraban en el lago.

—Claro que sí —ironizó Julia—. Seguro que a todos nos emociona lo prometedor que es esto.

—Lo es. ¿Es que no recuerdas que Uktena de las Aguas es nuestro tótem?

—Eso —intervino Hermana Guapa—, y aunque no lo fuera, tenemos que hacer algo y rápido. —Hizo un gesto para indicar el murmullo y el susurro de los malévolos espíritus congregados montaña arriba—. A menos que la bruja pueda invocar otro puñado de estrellas de cristal con las que frenar el avance de las Perdiciones.

Julia negó con la cabeza. Grita Chaos reparó por vez primera en que un enemigo le había arrancado un trozo de la oreja derecha.

—No. Estoy igual de agotada que el resto de vosotros.

—Entonces no creo que tengamos mucho donde elegir —comentó Hijo del Viento del Norte—. Bueno, *podríamos*

abrirnos paso por el borde del lago e intentar dejar atrás así a las Perdiciones. Pero creo que nos darían alcance, y además, acordamos que seguiríamos el fulgor dondequiera que nos llevara.

—De acuerdo —dijo Grita Caos. Seguía sin fiarse de la neblina luminosa, aunque tal vez la manada terminaría cruzando el lago y conseguiría evadirse así del resto de Perdiciones. En cualquier caso, no podían quedarse donde estaban—. Pero tenemos que pensar cómo vamos a hacer esto exactamente. ¿Sabéis nadar todos?

Por un momento, nadie respondió. Hasta que gruñó Ojo de Tormenta. Grita Caos se dio cuenta de lo mucho que la mortificaba admitir cualquier tipo de incapacidad.

—Antes de Nueva York, solo había nadado en forma de loba —rezongó la Garou tuerta—, y nunca había metido la cabeza debajo del agua. Pero sobreviví cuando el lobo del Wyrn me tiró de la barca. Lo único que hay que hacer es contener la respiración, bracear y patalear, ¿no?

—Básicamente —dijo Grita Caos—, pero haz una seña si tienes problemas. Iremos en grupos. Tú quédate con Hermana Guapa y conmigo. Hijo del Viento del Norte, Julia, vosotros dos cuidad el uno del otro. Podemos quedarnos en la superficie hasta que lleguemos al centro.

—Suenan bien —convino Hermana Guapa. Los demás asintieron.

—Pues en marcha —dijo el Galliard. Los hombres lobo se asomaron a un saliente rocoso y se zambulleron en el agua.

El lago, congelado por el reciente invierno, cortaba como una cuchilla. Mientras braceaba apartándose de la orilla, sin perder de vista en ningún momento a Hermana Guapa y sobre todo a Ojo de Tormenta, Grita Caos reparó en que también estaba mucho menos corrompido que la tierra que dejaban atrás. O bien el

Wyrm no se había esforzado tanto por propagar aquí la corrupción fundamental, o había algún tipo de poder que se le oponía.

También reparó en algo menos alentador. Podía oler su sangre y la de sus compañeros en el agua. Sus heridas abiertas dejaban un vivo rastro.

Como si pudiera leerle el pensamiento, Hermana Guapa levantó la cabeza del agua.

—Es una suerte que no estemos en mi casa en Florida. Aquí no creo que vayamos a atraer a los caimanes ni a los tiburones.

—No —dijo Grita Caos—. Pero yo no descartaría a los engendros del Wyrm criados para vivir y matar en el agua. —Aquello borró la sonrisa del rostro de la Roehuesos.

A su espalda, oyó cómo un nuevo contingente de abominaciones se agolpaba en la orilla. Prorrumpieron en gritos cuando vieron a los hombres lobos que cortaban o, en el caso de Ojo de Tormenta, chapoteaban en el lago. Algunos arrojaron misiles, pero todos se hundieron muy por detrás de sus objetivos.

Hijo del Viento del Norte se giró y se demoró en el agua para observar a sus compañeros de manada. Pese al estorbo de su lanza, había conseguido mantener el ritmo impuesto por los demás.

—A mí me parece que este es el centro. ¿Empezamos a bucear?

—Si estamos todos preparados —respondió Grita Caos. Miró a Ojo de Tormenta, que batía el agua con las manos mucho más deprisa de lo que era necesario para mantenerla a flote.

Con el pelaje pegado al rostro, mostró los colmillos ante su solicitud.

—Estoy bien.

—De acuerdo. Que todo el mundo se acuerde de permanecer junto a sus compañeros. —Inhaló hondo y se sumergió. Sus compañeros de manada lo imitaron.

Por un momento, lo vio todo negro, antes de que sus ojos se acostumbraran. Su entorno seguía siendo tenebroso, pero al menos pudo divisar a Hermana Guapa braceando y pataleando junto a él. Se hundió un poco más, y fue entonces cuando atisbó el fulgor debajo de él. Parecía que él era el único que lo había visto, y no le extrañó. La luz resplandecía con menos fuerza que antes, aparentemente más tenue incluso de lo que podían explicar las propiedades oscurecedoras del agua.

Señaló el resplandor a sus amigos, antes de indicarles que emergieran.

—He pensado que sería mejor que tomáramos aire antes de bucear hasta ahí abajo.

—Este lago es profundo que te cagas —dijo Hermana Guapa—. ¿Es normal que sea tan hondo?

—Dejemos el repaso a la geología para después —dijo Julia—. Contra todo pronóstico, parece que hemos seguido la luz hasta su destino final. Ahora me gustaría establecer contacto mientras me queden todavía un par de gotas de sangre en las venas.

—Sí —convino Ojo de Tormenta—. Vamos. —Se zambulló.

Los demás hombres lobo la siguieron. A unos tres metros de profundidad, Grita Caos sintió que comenzaban a dolerle los oídos. Se los desatascó, y luego echó un vistazo a Ojo de Tormenta. Tenía el ceño fruncido y los ojos desorbitados, pero continuaba descendiendo. Grita Caos le hizo señas para llamar su atención, se señaló las orejas, se tapó la nariz e hinchó los carrillos para mostrarle la manera de igualar la presión. A la segunda, Ojo de Tormenta captó la idea.

Se hundieron todavía más. El fulgor comenzaba a parecer jaspeado, con vetas blancas que surcaban manchas oscuras. Fue entonces cuando una forma alargada y flexible hendió las tinieblas.

El corazón de Grita Caos dio un vuelco. Por un segundo, le pareció casi como si, al haberse imaginado que el lago estaba infestado de Perdiciones, las había dotado de vida.

Igual que un lobo que divisara al miembro más débil de un rebaño, el espíritu se abalanzó sobre Ojo de Tormenta, y ella, que casi nunca era cogida por sorpresa en tierra firme, parecía estar tan preocupada avanzando en el agua que no se dio cuenta.

Grita Caos desperdició un instante señalando a la Perdición atacante antes de percatarse de que en ese momento, Ojo de Tormenta tampoco lo miraba a él. Se impulsó pataleando desesperadamente, se rozó contra ella, sintió cómo daba un respingo y comenzaba a girarse hacia él, probablemente irritada. Una fracción de segundo después, la Perdición se les había echado encima.

Era como una enorme pica enfermiza con un cepo para osos por boca, ojos humanos y flecos de verrugas alargadas que ondeaban a los costados. Grita Caos esquivó su mordisco; se asió a una sinuosa y chapoteante porción del ser y comenzó a retorcerle la cabeza.

Divisó entonces a otra criatura que se le acercaba por el flanco. Se giró, a sabiendas de que el agua lo entorpecía demasiado, e Hijo del Viento del Norte hundió su lanza en las agallas del siervo del Wyrn.

Grita Caos terminó de decapitar al ser pica que tenía entre manos y miró en rededor. La reyerta había terminado, pero no los problemas de los Garou. Al menos una docena de Perdiciones nadaba en círculos en torno a la manada, y una nueva surgía de la negrura para sumarse al cerco cada diez o quince segundos. El Hijo de Gaia sospechaba que, empleando la misma estrategia que sus contrapartidas de la montaña, las Perdiciones pretendían garantizarse la superioridad numérica antes de atacar de nuevo.

A menos, claro, que los hombres lobo se ahogaran primero. Los Garou tenían una capacidad pulmonar muy superior a la de cualquier humano o lobo, pero Grita Caos había quemado oxígeno matando a la pica, y sus pulmones anhelaban una bocanada vivificante. Sospechaba que, con sus heridas y su agotamiento, sus amigos no tardarían en experimentar el mismo azogue.

Los compañeros de manada profundizaron hasta que el Hijo de Gaia sintió un hormigueo que se cernía sobre ellos, no el veneno del Wyrn, sino algo penetrante y límpido. Tras algunas brazadas más, vio por qué. La luz que la manada había perseguido durante tanto tiempo se había encajado aparentemente en el centro de un montón de grandes rocas que reposaban en el lecho del lago. El fulgor se filtraba entre las rendijas de las piedras.

El montículo de rocas era un túmulo, un lugar de poder Garou, pero su visión dejó a Grita Caos tan desolado como antes. El aura del monumento ya lo había tocado y no había conseguido restaurarlo. ¿Se suponía que tenía que descubrir y realizar algún tipo de rito curativo enfrente de la pila? ¿Cómo iba nadie a conseguir algo así sumergido en unas aguas infestadas de Perdiciones y fomori?

Miró hacia arriba y a su alrededor. Parecía que la manada flotara en el interior de una enorme bola negra. De no ser por el fulgor que escapaba del túmulo, los lobos no podrían ver nada. Al instante siguiente, la curvada superficie interior del orbe implonó cuando las miles de Perdiciones que había englobado acudieron raudas al encuentro de sus presas.

Grita Caos comprendió que la importancia del túmulo, si es que tenía alguna, era irrelevante. Después de todos los denuedos de la manada, aquel era el final. Cinco hombres lobo jamás podrían derrotar a tantas Perdiciones, no sin aire.

Pedaleando despacio para mantenerse en su sitio, Hermana Guapa estudió el montículo. Parecía tan concentrada que Grita

Caos sospechó que ni siquiera había reparado en los seres pica que se acercaban. Tal vez, de todos sus compañeros, ella fuera la más afortunada.

La Roehuesos extendió su dedo índice y con la garra trazó una línea sinuosa a través de algunas de las estrechas fisuras que separaban las piedras. En cuanto hubo terminado, una sección del montículo dejó de existir, y el vacío creó un espacio aproximadamente rectangular semejante a una puerta. La luz blanca que la atravesaba imposibilitaba discernir qué había al otro lado, pero llegados a ese punto, a Grita Caos le daba igual, y sus compañeros de manada sin duda sentían lo mismo. Se introdujeron por la abertura tan deprisa como pudieron. El narrador, cerrando la comitiva, pasó escasos centímetros por delante del primer banco de Perdiciones.

Capítulo nueve



Grita Chaos hubiera jurado que, con la cabeza girada, estaba mirando hacia atrás continuamente, pero se perdió el momento en que se cerró la puerta ante la horda de voraces Perdiciones acuáticas para convertirse en otra sección de tosca piedra gris.

Se dio cuenta de que seguía conteniendo la respiración. Exhaló y se llenó los pulmones de aire fresco.

—No está mal para una Philodox, ¿eh? —grajeó Hermana Guapa, blandiendo su cuchillo—. Nunca está de más que una «loba de ciudad» como yo conozca a algún que otro espíritu mápache. Te pueden enseñar a colarte casi en cualquier parte.

—Sí —dijo Ojo de Tormenta; gotas de agua sanguinolenta resbalaban desde su pelaje empapado hasta el suelo de tierra prensada—, bien hecho. —A juzgar por su tono, la ansiedad que había intentado enmascarar con tanto ahínco se había evaporado en cuanto hubo salido del lago—. Ahora silencio. Mirad a vuestro alrededor. Tenemos que investigar este lugar.

Podían mirar en rededor ahora que el fulgor blanco se había reducido a una tenue fosforescencia procedente de ninguna parte.

De alguna manera, el desesperado salto vertical de Grita Caos a través de un agujero lo había conducido a un lugar seco que no solo contenía aire sino que era considerablemente mayor por dentro que por fuera, como si de un subreino de la Umbra se tratase. Pero no habían caminado de lado... ¿o sí? Un par de pasadizos divergían hacia el interior del montículo desde el espacio abierto que era el punto de entrada de los hombres lobo. El Hijo de Gaia no veía mortero que ligara las rocas entre sí, aunque era evidente que mantenían fuera el agua del lago. También al Wyrn, puesto que no sentía la menor traza de corrupción. A decir verdad, olía a Garou... o a algo parecido.

—Parece seguro —dijo Hijo del Viento del Norte—. ¿Lo exploramos sin más o nos tomamos un respiro e intentamos evitar que se nos desparramen las tripas?

—Dentro del túmulo, te curarás de prisa —dijo una agradable voz de barítono—. Sobre todo si conservas la forma de Crinos.

Sobresaltado, Grita Caos se giró de golpe, lo que asaeteó de punzadas de dolor sus magulladas y sobrecargadas extremidades. En la entrada del túnel de la mano derecha se erguía una figura con forma humana, aunque se trataba del origen de aquel olor cuasi lupino. El desconocido, al igual que Hijo del Viento del Norte, era amerindio. Era gris, enjuto y apergaminado, pero presentaba un aspecto saludable, sin sombra de encorvamiento. Se cubría tan solo con un taparrabo de piel de ciervo y pictogramas blancos y negros inscritos en la piel. Grita Caos no conseguía imaginarse cómo había podido acercarse tanto aquel anciano sin que ninguno de los miembros de la manada reparara en su presencia, a menos que acabara de materializarse desde la Umbra. Pero ¿acaso no se habrían fijado también entonces?

—¿Eres el Archivista? —preguntó Ojo de Tormenta.

El desconocido sonrió.

—No.

—Pero él te ha enviado a nosotros —dijo Hijo del Viento del Norte, con un dejo de incertidumbre, enjugándose la sangre que brotaba de un corte practicado sobre su ojo.

—¿Sí? No tengo ni idea. A lo mejor era él. O un espíritu. O la mismísima Gaia. ¿Quién podría saberlo?

—Vale —intervino Hermana Guapa, con la voz de quien está decidido a no andarse por las ramas—, no importa. ¿Eres el espíritu del túmulo?

—Si lo prefieres.

La Roehuesos señaló a Grita Caos.

—Nuestro amigo está fastidiado. No solo vapuleado como el resto de nosotros. Está enfermo por dentro. ¿Puede ayudarle este lugar? ¿Puedes ayudarle tú?

—No.

Julia cerró los ojos.

—Lo sabía. Pero esperaba que no fuera cierto.

—¿Es que no conocéis la Letanía? —dijo el anciano amerindio, con voz afectuosa—. No curarás la enfermedad de o...

—Este es el fin de los tiempos —exclamó Ojo de Tormenta, iracunda—, y los Garou necesitan a Grita Caos en la lucha! No ha proclamado un vidente Contemplaestrellas!

—No me has dejado terminar. No puedo curarlo, pero al llegar hasta este lugar, se ha ganado una oportunidad de curarse a sí mismo. —El desconocido asintió en dirección al bardo—. ¿Me acompañas?

—Supongo. —Grita Caos avanzó hacia el anciano. Sus compañeros de manada parecían dubitativos pero no objetaron nada. ¿Cómo podrían? O bien la recompensa que buscaban estaba aquí, o no estaba en ninguna parte.

Grita Caos y el anciano anduvieron unos cuantos pasos en silencio. Al cabo, pese a sus emociones marchitas, Grita Caos sucumbió a una cierta impaciencia.

—¿Qué es este lugar? Sé que es un túmulo, pero aparte de eso, ¿qué?

—Ya te lo he dicho, es un lugar de curación. Pero aún más que eso, era un lugar para la meditación. Un lugar en el que muchos Theurge y Galliard buscaban verdades ocultas.

Pasaron junto a la abertura de un túnel secante, y había otra al frente. El refugio sumergido era todavía más grande de lo que había Grita Caos al principio. Una especie de laberinto, en realidad.

—¿Cuándo era eso? —preguntó el hombre lobo.

—Según algunos, no mucho después del segundo gran deshielo.

—¿Por qué...?

El anciano levantó una mano para interrumpir a Grita Caos.

—Deberíamos hablar de tu enfermedad. Se te acaba el tiempo.

¿Porque las heridas de mi mente y espíritu están a punto de matarme?, se preguntó el trovador. *Me lo creo.*

—Quizá lo agradecieras —continuó el anciano—. Se acabó el obligarte a dar otro doloroso paso más cuando la verdad es que ni siquiera te importa. Sería mucho más sencillo desistir.

Grita Caos parpadeó.

—¿Me lees la mente?

El desconocido se encogió de hombros.

—Estoy haciendo algo que ayuda a comprender. No intentaré explicarlo. Tampoco tienes tiempo para eso. Háblame de tu enfermedad.

—Si puedes ver el interior de mi mente, ¿cómo es que no lo sabes ya?

—Por mucho que sepa, sabré más si lo escucho de tus propios labios.

—Está bien. —Mientras deambulaba junto al guardián del túmulo, el Garou intentó relatar el desastroso momento en que su némesis lo había perforado con sus colmillos por primera vez, y todo lo que había acontecido a continuación: el coma, despertar, descubrir la pérdida de sus Dones y la devastación del interior de su alma, cómo primero habían seguido la brújula y luego la luz. Era una especie de narración, y su aflicción hizo cuanto pudo por anular sus esfuerzos. Sin embargo, paulatinamente, consiguió tartamudear la explicación en una tosca burla inconexa y casi incoherente de lo que era un relato propiamente dicho—. He perdido mis emociones —concluyó—. Está claro que he perdido la capacidad de sentir esperanza. De no ser por mis compañeros de manada, nunca se me habría ocurrido seguir el resplandor. No creía que fuera a servir de algo. —Frunció el ceño—. Ya puestos, todavía no ha servido de nada, ¿no?

—Todavía conservas una traza de tus sentimientos —repuso el amerindio de trenzas canosas—, de lo contrario ya estarías muerto. Es solo que estás sordo a sus voces. Sin embargo, tienes razón, decaes deprisa. Tu esencia se te escurre entre los dedos. Da gracias a que tu amigo Hijo del Viento del Norte te diera una historia con la llegar tan lejos.

—No sé si me ha llevado a ninguna parte, pero supongo que me siento agradecido. —Grita Caos se detuvo, cogió al desconocido por el hombro para que se parara a su vez, y le dio la vuelta para mirarlo a la cara. El hombre lobo procuró hacerlo con delicadeza, pero aun así, en forma de Crinos, poseía una fuerza que ninguna forma humana, o su imitación, podría soportar—. ¿Ahora qué hago? ¿Puedo curarme? ¡Dímelo! Eres tú el que dice que se nos acaba el tiempo, así que acabemos de una vez.

—Debes retroceder para avanzar.

Grita Caos entornó los ojos.

—Eso dijo Antonine, o algo parecido.

—Entonces, después de haberlo escuchado dos veces, tendrás que creértelo. Has perdido porciones de la historia de tu vida, que es por así decirlo, tu identidad, y ahí radican tus demás miserias: el marchitamiento de tus Dones, la desesperación, todo. Recupera lo que te arrebató la Perdición alada y recuperarás todo lo demás.

—Supongo que eso suena razonable. Pero ¿cómo lo hago?

—Quítame la mano del hombro y te lo enseñaré.

—Vale. Perdona. —Grita Caos soltó al hombre pintarrajeado.

Continuaron avanzando por los pasadizos; el desconocido iba en cabeza y caminaba ahora más deprisa.

—Supongo que un Galliard de tu tiempo conocerá los distintos Dominios que existen en el mundo de los espíritus.

—Claro.

—Incluso las Quimeras.

—Las tierras del sueño de la Umbra Próxima. Mundos fantasma. El paisaje y las criaturas que lo habitan cambian de una visita a la siguiente, a veces de un segundo a otro. Nunca se sabe lo que va a encontrar uno.

—Eso no es del todo cierto. Supuestamente, si se realiza el rito apropiado, un Garou puede ir a uno de esos lugares y revivir momentos de su pasado, ya sea porque se trata de un Dominio especial o porque está investido con una virtud tal que haga que cualquier mundo onírico responda a él de ese modo. No sé cuál. Si fuéramos más sabios, quizá comprenderíamos que *cuál* es una pregunta cargada de intención.

—Piensas que si revivo mi pasado, crearé nuevos recuerdos con los que reemplazar los robados.

—Más o menos.

—Pero has dicho *supuestamente*.

—Yo nunca he viajado a uno de esos países. Únicamente he oído que se puede conseguir. De ser eso cierto, aquí están los medios para ello. —El desconocido los indicó a ellos mismos con un gesto del brazo, y el nudo del pecho de Grita Caos se tensó. Era como si el mundo entero se estuviera riendo de él.

Al otro lado de una arcada había una cámara que, redondeada con un techo abovedado, parecía casi un iglú. Símbolos cincelados adornaban las piedras que constituían las paredes.

—Cuando los antiguos Garou describían un secreto durante el transcurso de una visita al túmulo —dijo el anciano—, a veces lo inscribían aquí para provecho de todos. —Señaló con el dedo—. Esos símbolos de ahí son los que buscas.

—¿Es que no me has escuchado? ¡Ya no soy Galliard! Los símbolos no me llaman. No puedo sentir la vida de su interior. No sé cómo unir dos signos distintos para cambiar su significado y que digan algo completamente distinto. ¡No he perdido todo!

—No —dijo el espíritu—, todo no. Has perdido el instinto. La inspiración. Pero todavía conservas los conocimientos que te inculcaron tus mayores. Tendrá que bastar con eso.

—No sabes si todavía conservo el conocimiento. A lo mejor la Perdición me lo arrancó también de un bocado, o lo envenenó de alguna manera. ¿Por qué no me dices tú lo que pone en la inscripción?

—Porque no lo sé. Buena caza, hijo. —El anciano dio un apretón en el antebrazo a Grita Caos, se giró y se alejó.

Por un momento, el hombre lobo se sintió inclinado a perseguir a su guía y exigir más y más satisfactorias respuestas, pero sospechaba que eso no le serviría de nada. Así que entró en la cámara parecida a un iglú y se sentó, con las piernas cruzadas, delante de los símbolos que supuestamente encerraban la clave de

su redención. Cuando se hubo acomodado sobre el suelo de tierra, se dio cuenta de que apenas le dolía agacharse. Sus heridas sanaban tan deprisa como había garantizado el anciano. Grita Caos quiso creer que eso ya era algo, por lo menos.

Capítulo diez



Cuando lo peor del dolor se hubo mitigado, Hermana Guapa reparó en que no se sentía especialmente hambrienta ni sedienta. Era agradable pero extraño. Debía de formar parte del mojo de la pila de rocas, pensó, aunque era la primera vez que veía un túmulo así. Aunque, ya puestos, tampoco es que hubiera visto muchos, sin más. No es que en Tampa te los encontraras al doblar cualquier esquina de la Séptima Avenida.

En cualquier caso, este túmulo en concreto podía ser todo lo poderoso y sagrado que quisiera y responder a las oraciones de todo el mundo, pero el tiempo que podía permanecer una chica quieta en el mismo trozo de aburrida tierra apelmazada era limitado. Se moría de aburrimiento y estaba segura de que le faltaba poco para matar por una chokolatina. Tenía que hacer algo, e intentando que pareciera un gesto despreocupado, se levantó.

Hijo del Viento del Norte emitió un gruñido ronco para llamarle la atención. Cuando lo miró, prácticamente curado pero todavía sucio y maloliente con su propia sangre seca, volvió a fijarse en lo guay que era aquel témpano colgante. Si se lo hubiera

visto encima a un humano, se lo habría levantado en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué?

—¿Qué haces?

—Iba a buscar algo de beber. Tengo sed.

—Mentira —intervino Ojo de Tormenta. Alumbrado por la fosforescencia, su ojo malo daba bastante repelús.

—Vale, a lo mejor no mucha. Pero se me había ocurrido ir a echar un vistazo. ¿Por qué no? Dijiste que deberíamos explorar.

—Eso era antes de que apareciera nuestro anfitrión —dijo la Garra Roja—. No vamos a merodear por su guarida sin su permiso.

—¿No crees que deberíamos ir a ver qué pasa con Grita Caos?

—Solo ha transcurrido un rato. Siéntate. Deja de comportarte igual que un cachorro curioso.

Julia levantó la cabeza de la pantalla de su ordenador para dedicar una sonrisa a la Roehuesos.

—Ojo de Tormenta uno, Hermana Guapa cero. —La forma de Crinos no disimulaba ni un ápice el acento inglés de la Moradora del Cristal.

—Que te den —gruñó Hermana Guapa. Hizo ademán de sentarse de nuevo, cuando sintió que había alguien a su espalda. Se giró en redondo. Era el anciano. Hablando de cosas espeluznantes, ¿cómo demonios se las apañaba para coger por sorpresa a todo el mundo?

—Lamento que esperar aquí os haya agotado. Supuse que sería mejor hablar con Grita Caos en privado. Así he podido captar mejor su espíritu.

Sentados, los demás hombres lobos eran casi tan altos como el espíritu del túmulo.

—¿Cómo está el Galliard? —quiso saber Ojo de Tormenta.

—Está buscando su senda.

—¿Cómo? —Julia cerró su ordenador y lo guardó. Hermana Guapa se había fijado en que la escrupulosa Moradora del Cristal había estado intentando limpiarse la sangre seca de las garras, pero no había logrado quitársela toda.

—Está mirando dentro y fuera de sí.

—Yo seré Theurge —dijo Julia—, otra comerciante de misterios, pero nunca me han hecho gracia los maestros iluminados que solo saben hablar con ambigüedades y acertijos. ¿Y si nos proporcionas un poco de información concreta, para variar? Tampoco es que nos parezcas tan enigmático. Por ejemplo, ya he determinado lo que eres: un espíritu ancestral. ¿Correcto?

—Si eso es lo que crees, deberías mostrar más respeto. —El desconocido sonrió—. Pero no te culpo. Has caminado sobre llamas suficientes para abrasar los nervios de cualquiera.

—La verdad —intervino Hermana Guapa—, Julia ya estaba bastante tensa cuando nos conocimos. —La Theurge la fulminó con la mirada—. Pero lo único que queremos es saber qué está pasando. Échanos un hueso, danos una vuelta o *algo*.

—Permitid que os hable del túmulo. Os ayudará a comprender adónde conduce vuestra senda.

Hermana Guapa dedicó una sonrisa a Julia.

—Ves —dijo la Roehuesos—, solo había que pedirlo con educación. —Desde que se despidieran de Antonine en Nueva York, viajando por el mundo de los humanos, durmiendo en habitaciones cerradas y pagando por todo, la Garou inglesa la había amonestado periódicamente por lo que a su juicio era una falta de buenos modales.

—Basta —atajó Ojo de Tormenta—. Querías escuchar, pues escucha.

—Gracias —dijo el espíritu del túmulo—. Hace eras, este lugar se asentaba sobre tierra seca y era a su manera un bastión contra el Wyrm. Los sabios acudían aquí para meditar, experimentar y departir, y juntos descubrieron o inventaron muchas cosas que les resultaron de utilidad en la guerra. Astutas estrategias, tácticas y alianzas. Senderos que comunicaban con dominios inexplorados en la Umbral, donde podían conseguirse potentes armas espirituales. Las costumbres y debilidades de muchas razas de Perdiciones. Todo tipo de cosas, en realidad.

—Supongo que eso cabrearía al Wyrm —comentó Hermana Guapa.

El espíritu del túmulo esbozó una sonrisa triste.

—En efecto. Durante mucho tiempo, los Garou consiguieron mantener este enclave en secreto, pero cuando las Perdiciones lo descubrieron al fin, no les hizo ninguna gracia. Atacaron. La primera vez que vino el enemigo, los defensores del túmulo conocieron una gloriosa victoria. Y la segunda, y la tercera, y la décima. Pero como ya sabéis, este mundo no tiene escasez de engendros del Wyrm, y las criaturas eran infatigables. Cercaron este lugar, de modo que los peregrinos arriesgaban la vida por el mero hecho de querer entrar o salir de aquí, y el clan fue mermándose defendiendo a los viajeros y las piedras sagradas. Uno a uno, los defensores daban sus vidas por el túmulo, y las tribus que poblaban estas montañas enviaban a sus guerreros más valientes para reemplazarlos. Así se mantuvieron las cosas durante generaciones. Sin embargo, gradualmente, las Perdiciones se multiplicaron y afianzaron su presa sobre las tierras adyacentes al lugar sagrado. Pocos viajeros se atrevían a traspasar esa celosía, y aún menos sobrevivían a la experiencia. Al fin llegó un momento en que nadie visitaba el túmulo, y el clan creyó que nadie podría sin el respaldo de todo un ejército.

—Estoy de acuerdo —convino Hijo del Viento del Norte—, aunque nosotros lo hayamos logrado.

—Así que el clan repelía a las Perdiciones y esperaba a que surgiera un ejército del bosque. Sin duda llegaría. Las tribus más allá del anillo de tierra envenenada, las tribus que habían venerado y apoyado al túmulo desde el alba de los tiempos, reunirían dicha fuerza.

—Pero no llegaron —suspiró Julia. A despecho de su habitual actitud de sabelotodo, parecía tan inmersa en la sencilla historia como cualquiera de sus compañeros.

—No —dijo el anciano—, nunca. Puede que las Perdiciones exterminaran antes a las tribus vecinas, o que sucumbieran ante cualquier otra amenaza. Quizá se habían olvidado del túmulo. El tiempo puede jugar extrañas pasadas allí donde coinciden dos mundos.

—No hemos visto ni rastro de otros Garou mientras veníamos —dijo Hijo del Viento del Norte—. Han desaparecido. Espero que no murieran. A lo mejor se fueron para velar por alguna tribu de nativos humanos cuando el hombre blanco los empujó hacia el oeste.

—A lo mejor. Fuera lo que fuese, el clan combatió solo y expulsó al enemigo una y otra vez. Pero cada victoria era también una derrota, puesto que las oleadas de Perdiciones se abalanzaban sobre ellos igual que la marea sobre un banco de arena, y con frecuencia arrastraban consigo a algún defensor al retirarse.

Hermana Guapa sintió una irracional punzada de culpabilidad, como si hubiera sido su responsabilidad personal haber acudido en auxilio del clan siglos antes de que hubiera nacido.

—¿Las Perdiciones los mataron a todos?

—No, no a todos, las Perdiciones no. Pero con el tiempo, los pocos que quedaban comprendieron que la ayuda no llegaría

jamás. Estaban condenados, y los sabios ya no buscarían el túmulo, al menos no en esa edad del mundo. Pero aunque los Garou debieran perder un lugar sagrado, era lamentable que los sirvientes de la corrupción fueran a ocuparlo y profanarlo. De modo que el clan, que disponía de sus propios portavoces de los espíritus y guardianes del conocimiento, buscó la manera de sellar el refugio, y terminaron por encontrarla.

Julia zangoloteó la cabeza.

—El rito les costó la vida, ¿verdad?

—Sí. Sabían que sería así y pagaron el precio a sabiendas, gustosos quizá, puesto que sin duda llegados a ese momento ya les pesaba su deber. Invocaron un poderoso espíritu de la transformación, lo fortalecieron con su propia vitalidad, y cambió el túmulo. Antes de aquella noche, las piedras no habían sido en un sentido físico nada más que el montículo que visteis mientras nadabais a su alrededor. El clan había vivido y los sabios habían realizado sus búsquedas en la tierra que lo rodeaba. De alguna manera, el espíritu cogió aquellos lugares santificados y los superpuso al túmulo en forma de pasadizos y cámaras, con todos los símbolos, registro de los secretos que habían descubierto los guardianes del conocimiento y los portavoces de los espíritus, ahora inscritos en el interior. Luego encerró esos conocimientos por medio de un sello que ninguna criatura del Wyrn podría abrir ni encontrar siquiera. Solo un Garou especialmente sagaz podría hallarlo.

—Asintió en dirección a Hermana Guapa.

—Supongo que sumergió todo el lugar en el lago para asegurarse —dijo Hijo del Viento del Norte.

—Básicamente. Bajó el terreno y sacó el agua de su interior. En algún momento después de aquello, me desperté dentro del túmulo.

—Porque eres la sombra de alguno de los últimos defensores del clan —dijo Julia.

El espíritu del túmulo ensayó una sonrisa torva.

—Nunca desclavas tus garras de algo hasta que te dice su nombre, ¿verdad? Eso está bien. Esa es la mentalidad del Theurge. Pero hay ocasiones en que una cosa es mayor o más profunda que la mejor palabra que pueda encontrar nadie para describirla.

Julia abrió las fauces para responder, pero Ojo de Tormenta la acalló.

—Por favor, continúa, Abuelo. Intuyo que tu relato no ha concluido.

—No queda mucho que contar, salvo que no hubo de transcurrir mucho tiempo antes de que cobrara conciencia de lo que ocurría en el exterior, y luego descubrí que ni siquiera después del cambio se habían marchado las Perdiciones. *Todavía* sentían la necesidad de mantener a todos los Garou lejos de aquí hasta que consiguieran encontrar la manera de entrar en el túmulo y destruirlo. Llegaron a poseer y deformar a algunos peces, para poder llegar más fácilmente hasta las piedras.

—Algunos no saben cuándo rendirse —dijo Hermana Guapa.

—No me sorprendió que se quedaran. Supongo que presentían lo mismo que yo, el motivo, tal vez, por el que estaba destinado a permanecer aquí: creyeran lo que creyesen, los miembros del clan no habían sellado el túmulo únicamente para negar a sus enemigos el placer de profanarlo. Algún día, llegaría un Garou en busca de la pila impulsado por la mayor de las premuras.

—Grita Caos —musitó Hijo del Viento del Norte, con la lanza fetiche oscilando despreocupadamente en su mano manchada de sangre.

—Evidentemente.

—Para consultar los antiguos símbolos —dijo Julia—. Podrías haber respondido sin rodeos cuando te pregunté. A decir verdad, podrías haberme pedido ayuda.

—Fueron escritos por Galliard para Galliard.

—Claro. —Julia no parecía convencida, pero lo dejó correr.

—Ahora al fin el túmulo perecerá, y yo emprenderé el camino que lleva esperándome tantos siglos. Pero si este lugar ha de completar su propósito, deberéis ocupar el lugar de sus antiguos sirvientes y conservarlo un poco más.

Hermana Guapa ladeó la cabeza.

—¿Qué qué?

—Rompiste el sello —dijo Julia—. No te estoy criticando. Hacía falta. Pero por desgracia, eso era lo que mantenía a raya a los espíritus corruptos.

—A menos que me equivoque, las Perdiciones intentarán irrumpir por donde habéis entrado. Necesito que las contengáis. Yo estaré en otra parte, luchando a mi manera. Esperemos que juntos, podamos demorarlas lo suficiente para que vuestro compañero de manada encuentre su respuesta.

Hijo del Viento del Norte paseó la mirada por la cámara de piedra. Hermana Guapa sabía lo que estaba pensando: al menos en el combate anterior, habían tenido espacio para maniobrar.

—Segundo asalto —suspiró el Wendigo.

—Para cuando Grita Caos se haya curado —dijo Hermana Guapa—, probablemente estaremos hasta las cejas de Perdiciones. ¿Este sitio tiene puerta de atrás?

—Vuestro camarada busca el camino a una parte especial de la Umbra donde podría sanar. Si tiene éxito, probablemente recorráis la senda a su lado.

Probablemente —pensó Hermana Guapa—. *Genial, nada como un «probablemente» para levantar el ánimo a una chica.*

—No te fallaremos —prometió Ojo de Tormenta—. Ahora que hemos escuchado tu relato, ahora que sabemos que estábamos destinados a venir aquí desde el alba del mundo, vemos la importancia de nuestra misión más clara aún que antes.

Bueno, eso era cierto. Hermana Guapa la veía de sobra. Inhaló con fuerza para infundirse ánimos y se dijo que quizá incluso estuvieran destinados a vencer. Podría haber sido un discursito alentador, si creyera en el destino.

—¿De cuánto tiempo disponemos antes de que empiece la fiesta?

El anciano señaló con el dedo. El agua se filtraba entre dos piedras.

Capítulo once



La Perdición planeaba sostenida por sus negras alas de buitre mientras contemplaba a los demás espíritus corruptos del suelo. Constituían un espectáculo lamentable, y no solo porque poseyeran una naturaleza más tosca y estúpida que la raza emplumada de su crítico. Es que eran unos ineptos.

El planeador pensó que, por el contrario, él había demostrado ser notablemente diestro. En el centro turístico, le había preocupado que los hombres lobo del Río Plateado lo divisaran mientras los seguía por las montañas, pero como se vería más tarde, sus temores estaban infundados. Al caminar de lado entre los mundos y aprovechar todas las coberturas, la Perdición no solo había permanecido en el anonimato, sino que en ocasiones había conseguido acercarse lo suficiente para proyectar una porción espectral de sí misma y dar otro bocado a los recuerdos de los Garou.

Lo cierto era que cuando el resplandor blanco los guió hasta todo un ejército de espíritus corruptos, la Perdición alada casi lo había lamentado. Se acabó la tortura lenta y sutil, se acabaron los tentempiés. Pero asumió que el enfrentamiento era en realidad

para bien. Los engendros menores del Wyrm alejarían a Grita Caos y su manada de la guerra de Serbia de una vez por todas, y Jo'cllath'mattric vería cumplida su voluntad.

Por increíble que pareciera, los hombres lobo habían conseguido abrirse paso en medio de sus enemigos. El volador no temía nada cuando combatía en compañía de su feroz bandada, de lo contrario se mostraba más cauto, pero se había arriesgado a que lo descubrieran volando bajo y arrancando una buena porción de la mente de Ojo de Tormenta, una herida que la había dejado petrificada en el sitio y había obligado a sus camaradas a protegerla. Y ni aún así habían conseguido matarlos los guardianes del lago.

La Perdición alada solo podía decir una cosa a su favor. Eran unos perseguidores infatigables.

En grupos de tres y cuatro, los espíritus que llevaban posiblemente milenios infestando aquel bosque se arrojaban al agua y hacían todo lo posible por llegar hasta el centro, para unirse a las criaturas alargadas semejantes a anguilas que ya nadaban en círculos allí. Algunas de las Perdiciones silvanas conseguían adoptar forma de pez. Muchas, embozadas en materia en el mundo físico y vulnerables a algunos de sus peligros, intentaban respirar estando sumergidas, no lo conseguían y se ahogaban, pero las muertes de sus armazones físicos no conseguía amilanar al resto.

Por suerte, la Perdición carroñera no necesitaba respirar, y sus alas recubiertas de plumas negras la impulsarían en el agua casi con la misma facilidad que en el aire. Eso significaba que podría sumarse a esta fuerza tumultuosa y dar alcance de nuevo a su custodio. Tan obligado por las órdenes de Jo'cllath'mattric como los estaban aquellos espíritus menores por su propio imperativo, el volador ascendió a la luz de la luna y se zambulló. El agua estaba fría, pero no tanto como para suponerle un estorbo.

Capítulo doce



Hijo del Viento del Norte tenía diecisiete años. Por lo general, se sentía mayor. Le habían ocurrido muchas cosas desde su Primer Cambio, y pensaba que le habían ayudado a madurar. El resto de la manada parecía ver algo en él que les hacía compartir esa opinión. Nunca lo trataban como a un cachorro.

En aquel momento, no obstante, se sentía joven, con la incertidumbre sobre lo que habría de venir propia de un muchacho. Los Garou habían derrotado una vez a las Perdiciones. Ahora tenían que combatir las de nuevo, antes de sentirse plenamente recuperados y descansados, ¿y encima enclaustrados en aquella caja de cerillas? Decir que parecía injusto sería como decir que el Pacífico parecía mojado.

Ni siquiera comprendía cómo habría de librarse la inminente batalla. Si las Perdiciones derribaban la pared de piedra, entraría el agua, y eso supondría el final de los Garou, ¿no?

Preocupado, había caído presa del incontenible impulso de deambular sin descanso. Por el contrario, Julia permanecía sentada

con las piernas cruzadas, contemplando y tecleando en su ordenador. Hermana Guapa la miró y dijo:

—Espero que estés preparando alguna brujería que joda a esos bichos del Wyrn.

—Me temo que no —respondió la Moradora del Cristal—. Principalmente me preguntaba cómo es posible que un Galliard despojado de sus Dones pueda descifrar unos símbolos desconocidos en más o menos una hora.

—Sigue así, dame ánimos.

Julia se rió.

—Qué graciosa. Me gusta. Espero que sepas que tú también me gustas. Todos. Me...

—¡Nada de despedidas! —rugió Ojo de Tormenta—. Hemos derrotado antes a las Perdiciones y volveremos a hacerlo. Grita Caos encontrará su senda. Todo saldrá bien.

La Garou inglesa agachó la cabeza.

—Sí, claro.

De repente el agua surgió entre dos nuevas grietas en la roca. El pelaje de Hijo del Viento del Norte se erizó, afectado por la nociva electricidad que cargaba el ambiente.

—¡Ya están aquí!

En contra de sus expectativas, la pared no se desplomó hacia dentro. En vez de eso, tres Perdiciones se materializaron en la cámara y se rieron.

Los hombres lobo saltaron a su encuentro. Hijo del Viento del Norte atravesó con su lanza a un ser pica que reptaba y se alzaba en una excelente imitación de una serpiente. El pez corrupto se debatió entre estertores de muerte, y otro espíritu del Wyrn, este un horror de semblante porcino sostenido sobre dos pezuñas hendidas, apareció para ocupar su lugar. La abominación levantó su machete con la intención de amputarle la mano, e Hijo del Viento

del Norte tiró del asta de su fetiche para liberarlo. Como si le quedara un resquicio de consciencia, el agonizante ser pica consiguió aferrarse a la lanza y sujetarla.

El primer impulso del Wendigo fue tirar de nuevo, pero comprendió que el cerdo espíritu lo ensartaría con su machete si lo intentaba. En vez de eso, empujando a Julia en el proceso, se retiró de un salto y aprestó las armas con que lo había dotado Gaia.

En ese momento, el agua salpicó sobre su cabeza y manó por todas partes. Se arriesgó a echar un vistazo en rededor. Las paredes y el techo presentaban una docena de nuevas goteras.

El hombre cerdo avanzó, moviendo el filo de uno a otro lado. Hijo del Viento del Norte cedió un poco más de terreno —el que podía en aquel espacio reducido— mientras calculaba la cadencia de los tajos. El machete zumbó junto a él una vez más, y entonces, antes de que la Perdición pudiera girarlo para lanzar un revés, el hombre lobo penetró su guardia, lo asió, lo levantó del suelo y le mordió la cabeza, atravesando la carne de sabor putrefacto y el cráneo duro como la roca.

Tras soltar su pieza, Hijo del Viento del Norte examinó su entorno. De momento, sus compañeros de manada estaban ganando. Cuatro Perdiciones más yacían enredadas e inertes en el suelo. Ojo de Tormenta destripó a otra, la última de la primera oleada.

Como si alguien hubiera girado un grifo, algunas de las goteras se detuvieron de inmediato, mientras que otras redujeron considerablemente el caudal de agua. Hijo del Viento del Norte había sido testigo de un buen surtido de prodigios durante su corta vida como Garou, pero sin saber por qué, el desarrollo actual de los acontecimientos desafiaba el sentido común de tal manera que le pareció la cosa más extraña que hubiera visto jamás.

Julia escupió un bocado de inconfundible carne vil y pus ver-doso de Perdición.

—Bueno, por lo menos ahora ya nos sabemos las reglas del juego.

—No veas lo bien que me siento —replicó Hermana Guapa.

Hijo del Viento del Norte extrajo su lanza del cadáver de la Perdición acuática, antes de intuir el mismo cosquilleo desagradable en el aire. Un instante después, un segundo contingente de engendros del Wyrm irrumpía en la cueva artificial.

Conforme se desarrollaba la batalla, el Wendigo verificó que era cierto que sus compañeras de manada y él comprendían los parámetros. Aunque el proceso era invisible, de alguna manera la presencia de abominaciones vivas dentro del túmulo sagrado provocaba y agrandaba las goteras. Mientras los espíritus estaban activos, entraba el agua. Cuando morían, se reducía el flujo hasta que conseguía materializarse en el interior el siguiente puñado de enemigos.

Por desgracia, ese conocimiento prestaba escasa ayuda a efectos prácticos. Era igual que en la historia del espíritu del túmulo. Las Perdiciones morían y morían, pero eran como las mismas aguas, rápidos que arrastraban la tierra de las orillas. La manada del Río Plateado no conseguía exterminarlas lo suficientemente deprisa para impedir la aparición de cada vez más goteras.

De hecho, conforme transcurrían los minutos, cada muerte parecía más costosa que la anterior, incluso para un Ahroun, nacido guerrero. El agua caía de todas partes y parecía que siempre fuera a derramarse sobre los ojos de Hijo del Viento del Norte en el momento más peligroso posible. Pero a pesar de que el torrente debería haber tenido propiedades purificadoras, se asfixiaba con el hedor concentrado de las Perdiciones. Aparecían tan deprisa que en todo momento había una docena o más

balbuciendo y profiriendo chillidos en el interior de la cámara, llenando el espacio con una cacofonía atronadora y retumbante, tan apretujadas que para los hombres lobo, esquivar y desplazar a sus objetivos era virtualmente imposible. Lo único que podían hacer era formar una columna y atacar a todo lo que se abalanzara sobre ellos.

Así que eso hizo Hijo del Viento del Norte. En aquel espacio tan cerrado, la longitud de su lanza a menudo imposibilitaba que pudiera alzar la punta de pedernal, en cuyo caso tenía que soltar el asta para destrozar a su rival con las garras. Sus esfuerzos abrieron las heridas a medio cicatrizar, y las garras y cuchillos de las Perdiciones practicaron nuevos cortes, aún no mortales ni incapacitantes, pero pronto, sospechaba, pronto. Le martilleaba el corazón, y las arterias de su cuello palpitaban. Un agotamiento abrumador le agarrotaba y entumecía las articulaciones. Sabía que sus compañeras de manada debían de encontrarse igualmente en baja forma. No le extrañaba que Ojo de Tormenta continuara propinando mordiscos y zarpazos —suponía que la alfa sería la última en caer— pero le asombraba lo que debía de ser la pura determinación de hierro que mantenía a la pareja que la Garra Roja llamaba *lobas de ciudad* haciendo lo mismo.

Una Perdición saltó hacia delante con los pálidos brazos arguados extendidos. Demencialmente, en medio de tanta agua derramada, sus manos crepitaban con halos de fuego amarillo. Las llamas desprendían un tufo a caucho quemado.

Hijo del Viento del Norte embistió. Con agilidad inhumana, la abominación se detuvo a una fracción de centímetro de la punta de la lanza, antes de retroceder.

Al Ahroun no le hacía gracia el aspecto de aquel fuego. Quería matar a esa Perdición en concreto *ya*, antes de que consiguiera apresar y quemar a alguno de los hombres lobo. También sabía

que debía mantener la formación —no se atrevía a dar la espalda a ningún engendro del Wyrn— pero por un instante, el asalto se había suavizado. Parecía que pudiera adelantarse, ensartar a la abominación de las manos como antorchas y retomar su posición antes de que las Perdiciones pudieran aprovecharse de la ruptura de la formación.

Si no estuviera tan cansado, tal vez no habría tomado la misma decisión. Tal vez no hubiera metido el pie en un atolladero que al tacto parecía el cadáver mutilado de una Perdición que ya había ejecutado alguien. Tal vez no hubiera agitado los brazos desesperados ni hubiera perdido el equilibrio.

Así las cosas, se cayó de bruces y chapoteó en el agua del suelo. El líquido estaba enfangado con las vísceras y las excrecencias de las Perdiciones, y mientras él estaba ocupado con otros asuntos, había subido al menos hasta los veinte centímetros de profundidad.

Cogido por sorpresa, inhaló una bocanada asfixiante del pútrido líquido e intentó incorporarse antes de tener que coger otra. Una veintena de manos, con garras, esqueléticas, flexibles como serpientes, dotadas de dedos de más o privadas de ellos, lo asieron y lo inmovilizaron en el fondo.

Hijo del Viento del Norte pensó que debería ser capaz de sacar el rostro del agua de todos modos. Era uno de los poderosos protectores de Gaia, ¿no? Pero sin saber por qué, no lograba encontrar el punto de apoyo necesario. A su alrededor, la repugnante sopa se arremolinó cuando avanzaron otras Perdiciones para aprovechar la brecha de las defensas de la manada.

Aquello significaba que todos los hombres lobos iban a morir en cuestión de segundos. No habían resistido tanto como el clan original. Mientras se asfixiaba en las aguas contaminadas, Hijo

del Viento del Norte supuso que no todo era culpa de su desafortunada decisión, aunque lo cierto era que lo parecía.

Fue entonces cuando chapotearon a su alrededor otros pies. Algunas de las manos que lo aplastaban se retiraron de golpe. Con las últimas fuerzas que le quedaban, se impulsó hacia arriba, derribando más Perdiciones de su espalda. Un par de ellas se aferraron a él, pataleando, aporreando, buscando la manera de apresararlo, hasta que consiguió arrojarlas contra las filas de sus camaradas.

Entre toses y arcadas, miró en rededor. Ojo de Tormenta, Julia y Hermana Guapa lo rodeaban, manteniendo a raya a las Perdiciones. Evidentemente, cuando cayó, sus compañeras de manada habían cargado y habían eliminado a algunas de las Perdiciones que intentaban ahogarlo, lo suficiente para que él pudiera desembarazarse del resto.

Debían de haber combatido igual que los héroes de las leyendas, como el mismísimo Se Ríe de los Pinos, para llegar hasta él, y lo más horrible era que daba igual. Una vez disuelta la formación de batalla, las Perdiciones trepaban y reptaban por las paredes de la cueva, maniobrando para rodear a los hombres lobo. Cuando lo hubieran conseguido, no les costaría demasiado matar a los Garou, e Hijo del Viento del Norte no veía la manera de frenarlas. Había otras abominaciones que atosigaban a la manada.

Empapada de sangre y agua, Ojo de Tormenta se erguía alta y recta. Todavía mostraba los colmillos desnudos; flexionó los brazos y, con un brusco giro de su cabeza lupina, barrió a las perdiciones con una mirada de absoluto desprecio. Una aterradora luz escarlata parecía arder en su ojo bueno, mientras que algo todavía peor bullía en el malo.

En la cámara atestada, ninguna de las abominaciones podía pasar por alto su conducta ni su expresión. En cuestión de un par

de segundos, detuvieron sus horrendos rugidos y chillidos, dando paso al silencio y al siseo del agua que se derramaba. Las Perdiciones retrocedieron. Cuatro nuevas se materializaron, y también ellas cayeron bajo el hechizo.

—Recomponer la formación —murmuró Ojo de Tormenta—. No creo que el miedo las contenga mucho rato.

—¿Desde cuándo sabes hacer esto? —preguntó Hermana Guapa, apresurándose a colocarse a su lado—. O sea, los espíritus nos lo enseñan a algunos Philodox, sí, pero solo a los pesos pesados entre los dadores de ley. A mí eso me queda grande, y pensaba que a ti también.

—No lo había hecho nunca —repuso la Garra Roja—. Y, tienes razón, no debería ser capaz de hacerlo ahora. Está reservado para seres más sabios que yo. Sin embargo, se me ocurrió y lo intenté.

—Estás canalizando el poder del túmulo —dijo Julia—. Probablemente hubo un lobo espíritu que habitó aquí hace mucho. Pueden conceder ese Don.

—Tal vez. Pero no por mucho tiempo, *¡así que todos en fila!*

Los hombres lobo obedecieron, justo a tiempo. En cuestión de segundos, la mayoría de las Perdiciones se recuperaron de su sobrecogimiento y cargaron.

Hijo del Viento del Norte levantó su lanza e invocó la vigorizadora furia Garou. Acudió a él, pero era una sombra de lo que había sentido al inicio de la contienda, algo frágil, resquebrajado por el dolor y la fatiga. *Vamos, Grita Caos* —pensó el Wendigo mientras se batía con la siguiente Perdición, y con la siguiente—, *¡Termina de leer eso de una maldita vez!*

Capítulo trece



Grita Caos acababa de decidir que nunca sería capaz de descifrar los símbolos. Intentó decirse que sus dudas eran una mera manifestación de la desesperación que se cebaba con su espíritu arruinado, pero le costaba creérselo, dado que la situación estaba cargada de razones plausibles que explicarían su fracaso.

De alguna manera, la Perdición de Bosnia había devorado su capacidad más preciada, la de contar historias. Y con ella, la sensibilidad necesaria para descifrar estos símbolos parecía que se hubiera esfumado. En su día, le habría bastado con echar un vistazo a las líneas de símbolos cincelados para que todos ellos le proclamaran su canción, transmitiendo la mayor parte de su significado en un instante. Y si le hubiera hecho falta desentrañar alguna implicación más recóndita, podría haberse sumido en un trance en el que no existiera nada salvo los sutiles estratos e interconexiones de significado de los símbolos.

Ahora la inscripción se burlaba de él con su complejidad. Examinaba la línea, y era como si su mente rebotara en ella igual que una piedra achatada contra la superficie de un estanque. Por un

instante, atisbaba un fragmento de significado en dos o tres símbolos, pero luego se evaporaba de su cerebro y no dejaba atrás ni una sola palabra confusa.

Incapaz de conseguir ningún avance en su estado normal de consciencia, pugnó y pugnó hasta que resultó evidente que ahora también era incapaz de sumirse en la meditación propia de un guardián del conocimiento. Le faltaba incluso la concentración que podría haber conseguido un erudito humano. Una y otra vez, su mente se retraía de la tarea que tenía delante, y se descubría reflexionando sobre sus heridas y su inutilidad, o sobre la imposibilidad de resolver el problema que lo ocupaba, en vez de procurar solventarlo de verdad. Reanudó su concentración con sombría determinación.

Se distrajo aún más cuando comenzó a afluir el agua. Daba igual lo mucho que cambiara de postura, no conseguía impedir que chapoteara o repicara en su cabeza, e incluso aunque lo lograra, todavía habría tenido la mitad inferior de su cuerpo inmersa en el gélido torrente. Dudaba que incluso con sus plenas facultades pudiera descifrar el mensaje en unas condiciones tan desfavorables.

Los rugidos y los alaridos que resonaban en los túneles resultaban asimismo perturbadores. Respingaba y torcía el gesto a cada grito particularmente desgarrador o repentina subida de volumen. Se dijo, *Es tu manada la que está ahí fuera, luchando, muriendo tal vez, para que tú tengas una oportunidad*, pero eso no surtió efecto. No eran más que ideas improductivas añadidas que se adherían a su cerebro y lo apartaban de su labor.

Grita Caos se debatió con otra línea, o más bien, con la primera línea, por la que pudiera haber sido la centésima vez. Por un momento sobrecogedor, rutilante, tuvo sentido, pero luego comprendió que los símbolos no podían decir lo que se había

imaginado. No a menos que algún antiguo vidente hubiera anticipado la letra de una canción de Taj Mahal que el Hijo de Gaia había escuchado en la radio durante su viaje desde Nueva York.

Quizá el espíritu del túmulo estuviera en lo cierto. Quizá Grita Caos aún poseía alguna emoción, puesto que ahora mismo, sentía una especie de tirantez y vaciedad en la cabeza que le hacía preguntarse si no estaría loco.

Hizo lo que creía que era lo único que le quedaba por hacer. Contempló el primer símbolo de la línea superior y solo ese símbolo, como hacían los más jóvenes cuando se enfrentaban por primera vez al abecedario. Puede que su mente mutilada fuera capaz al menos de desentrañar el significado de los caracteres de uno en uno.

Los símbolos adyacentes e inferiores al primero tiraron de los bordes del campo de visión del narrador, intentado dividir y fragmentar su atención. Vadeando el agua del suelo, se levantó, caminó hasta la inscripción y cubrió los símbolos que deseaba ignorar con las manos y los antebrazos.

Enmarcado entre sus largos dedos velludos, arañados y descarnados por la batalla junto al lago, el símbolo restante se asemejaba a una punta de flecha que señalara hacia arriba. Si era eso lo que se suponía que tenía que ser, podría significar *arma*, *guerra*, *peligro*, *ira* o sencillamente indicar una dirección. Por otra parte, el símbolo *también* parecía un pino o un abeto estilizado. Si era eso lo que había querido tallar el artista, podría significar *árbol*, *bosque* o *fuerza*.

Si la mente de Grita Caos hubiera estado funcionando correctamente, habría sabido de inmediato y sin esfuerzo qué correspondencia y significado había buscado el antiguo Galliard. Así las cosas, el Hijo de Gaia miró y miró hasta que le dolieron los ojos y lo vio todo borroso, y ni así lo intuía.

En su desolado corazón, una astilla aserrada e irreconocible, de pánico sofocado o desesperación, quizá, se retorció, escarbó y ahondó, insistiendo en que lo estaba haciendo todo mal. Tenía que volver a fijarse en la descripción al completo, puesto que el primer símbolo, o cualquiera de ellos, solo se definirían en el contexto general.

Enseñando los dientes, relegó aquella idea traidora al fondo de su mente junto a las demás irrelevancias incoherentes. Ya había intentado examinar el mensaje entero, y no había funcionado. Su única esperanza consistía en desmenuzarlo.

Observó fijamente un poco más, rezando para que la cruda intensidad de su mirada decantara el significado de la punta de flecha/árbol hacia uno u otro lado. Nada. Transcurrido algún tiempo, el agua manó de las rocas por encima de la inscripción y se derramó sobre ella en un trémulo manto de susurros. Sobresaltado, Grita Caos se quedó sin aliento. Por un demencial momento, estuvo seguro de que el agua iba a borrar las inscripciones.

Dudando todavía de su cordura, olisqueó el símbolo. Solo olía a piedra y a agua lacustre. Tocó la talla, palpándola, pasando la yema del dedo por los bordes. Entonces abrió los ojos de par en par.

Una muesca triangular mellaba un costado de la línea vertical que constituía el pie del símbolo. Igual que un humano aquejado de una lesión cerebral, hasta ahora, no había podido ver el diminuto detalle, pero podía sentirlo.

Le indicaba que el símbolo representaba un árbol con una herida practicada en su tronco, y con un enorme esfuerzo, su mente declaró que, alterada de ese modo, la señal denotaba *debilidad o enfermedad*, la antítesis de la fuerza.

De ser así, había traducido el primer símbolo. Se preguntó olvidaría lo que había aprendido en cuanto pasara al segundo. Tal vez, pero tenía que correr el riesgo, puesto que los símbolos no serían de ninguna utilidad a menos que los descifrara todos. Se dijo, «Debilidad, debilidad, debilidad», intentando grabar esa idea en su mente, antes de mover el marco que había compuesto con sus manos.

La nueva señal era un par de alas desplegadas. Podía significar *ave*, *vuelo*... o el *espíritu*. Sin duda era esto último.

Ahora, ¿recordaba todavía el primer símbolo? Sí. *Debilidad*. Y ¿tenía sentido ligado al segundo? De nuevo, sí, la inscripción seguramente quería indicar *espíritu herido*. Más animado, pasó a la siguiente señal.

El proceso era arduo, pero conforme los estudiaba con la vista y el tacto, los símbolos le hablaban a regañadientes. A veces las ideas ocurrían en lo que, para un humano, podría parecer una secuencia ilógica e incoherente, pero Grita Caos comprendía las convenciones Garou del pensamiento y el discurso, y eso era algo que la Perdición alada no había extirpado de su cerebro.

Como prometiera el guardián del túmulo, la inscripción describía un rito por el que transportar a un hombre lobo a un reino de sueños y recuerdos en el que, si lo deseaba, podría retroceder al interior de los primeros párrafos de su propia historia, su pasado. Por suerte, la ceremonia no parecía difícil de ejecutar. Se reducía a recitar una plegaria.

Es decir, siempre que Grita Caos hubiera traducido correctamente todos los símbolos, pero claro, ¿cuán probable era eso con su mente y sus talentos reducidos a jirones?

Zangoloteó la cabeza. Pensar así era peor que inútil. Era lo que el Wyrn quería que pensara. Ni siquiera se preocuparía de que el rito fuese a funcionar o no. Se limitaría a llevarlo a cabo lo mejor

que fuese capaz, como haría con cualquier invocación de ese tipo, y a ver qué ocurría.

Chapoteando en el agua, ensayó las posturas rituales. Pronunció las palabras. Una vez finalizado el rito, pareció que no sucedía nada, y pensó que la había pifiado de veras. Fue entonces cuando algo le traspasó el cuerpo, conmocionándolo. De haber tenido el alma intacta, podría haber sentido un destello de éxtasis. Así las cosas, la ráfaga fue una simple sensación, ni agradable ni dolorosa, pero lo cargó con una especie de poder vibrante y la certidumbre de que aquella fuerza podría conducirlo donde quisiera ir.

Aulló para comunicar a sus compañeros de manada que estaba preparado, antes de salir de la cámara a paso largo para reunirse con ellos. En otra parte del túmulo, algo restalló igual que un trueno seco. La luminiscencia de las paredes de roca se atenuó y murió, sumiendo el pasadizo en las tinieblas.

Capítulo catorce



Una Perdición con cuernos de cable de acero herrumbroso agachó la cabeza y cargó como un toro. Incapaz de esquivarlo sin abrir una brecha en la línea defensiva, Ojo de Tormenta se aprestó y agarró las armas «naturales» del espíritu. Esquiras de metal le atravesaron y quemaron el interior de las manos, pero detuvo en seco a la abominación. Giró las astas en un semicírculo que rompió el cuello de su propietario, y lo tiró a las frías, sucias y crecientes aguas que cubrían el suelo.

Entonces reverberó un aullido en el pasadizo a su espalda. Como cualquier Garou, podía escuchar el sentido que entrañaba, y a pesar de su agotamiento, experimentó un escalofrío de satisfacción. Julia había sido demasiado pesimista. Grita Caos *había* descifrado los símbolos, y ahora solicitaba a sus compañeros que se reunieran con él.

El problema era que Ojo de Tormenta no veía la manera de conseguirlo. Las Perdiciones los presionaban demasiado. Si los hombres lobos se giraban para correr, los espíritus los derribarían en un abrir y cerrar de ojos.

La Garra Roja estaba tan exhausta que, de haberse encontrado sola, bien pudiera haber aullado en respuesta para decirle a Grita Caos que huyera sin ella. Pero una alfa no podía rendirse, no mientras tuviera una manada de la que ocuparse, así que gritó:

—¡Atrás! ¡Paso a paso! ¡Mantened la línea!

Los hombres lobo iniciaron la retirada. El intento enfureció a las Perdiciones, que atacaron con rabia renovada. Fue entonces cuando se rompió algo.

Ojo de Tormenta se volvió hacia el estrépito. Detrás de las Perdiciones, varias piedras de la pared resquebrajada se habían desplomado, dejando tras de sí un agujero de proporciones considerables. El agua penetró con un rugido.

El torrente derribó a todo el mundo, hombre lobo y Perdición espíritu por igual. Quizá porque no estaban preparados, incluso los seres pica rodaron por los suelos.

Con un rugido desgarrador, se vino abajo otra porción de la pared perforada. Mientras tanto, la corriente arrastró a Ojo de Tormenta. Intentó hacer pie, resistir el embate y ponerse de pie, y una Perdición escabrosa chocó con ella, privándola de todo equilibrio y sumergiéndola de golpe. Creía que la criatura había colisionado con ella involuntariamente cuando las frías aguas rugientes la arrastraron, pero no dejó escapar la oportunidad. Se encaramó a ella con habilidad arácnida, aferrándose, embistiendo, mordiendo con colmillos puntiagudos como agujas.

Ojo de Tormenta se alegró de haber inhalado aire por instinto al caer. No le gustaba tener el rostro sumergido —por decirlo suavemente— pero sabía que no podía pugnar por levantar la cabeza y combatir a la Perdición al mismo tiempo, y aquellos dientes asesinos tenían prioridad.

Con esfuerzo, consiguió enganchar las garras en aquel ser escuálido y escurridizo y pensó, *Bien, tengo el control, puedo manejarlo.*

En ese momento la engulló la negrura. La corrupción concentrada de las Perdiciones había consumido al fin el poder benévolo que había emanado de las piedras sagradas durante incontables generaciones.

Por un segundo, su mente se balanceó al borde de una emoción que había desconocido hasta la fecha: el pánico sin cortapisas. Era ridículo, la verdad. Ningún Garou tenía miedo de la oscuridad, pero ella se encontraba al límite de sus fuerzas y su coraje, y con el agua taponándole la nariz y las orejas, la tenebrosidad parecía cegarla tanto como a cualquier humano.

Una vez más, fue pensar en la manada lo que la apartó del abismo. No podía defraudarla.

Terminó de destrozar a la resbaladiza Perdición, y ascendió hacia el aire. El momento pareció estirarse sin fin mientras lo único que tocaba era agua. Quizá la Perdición y ella habían rodado en la oscuridad y ahora estaba nadando hacia abajo en lugar de hacia arriba. O puede que el agua hubiera inundado ya el pasadizo, y no hubiera...

Su cabeza rompió la superficie. Mientras boqueaba en busca de aliento, y la corriente la arrastraba, intuyó que su segunda conjetura era errónea, pero no por mucho. Podía sentir el techo no muy por encima de su cabeza. El lago terminaría de anegar el túnel, el túmulo y a todos los que estuvieran allí atrapados en breve.

Tanteó hasta asirse a un par de las rocas que constituían la pared del pasillo. No sabía si estaba haciendo lo correcto, pero sus instintos la impulsaban a anclarse como fuera en el seno del raudal de caos.

Algo tropezó con ella. Atacó con una mano, desgarró carne y torció el gesto cuando comprendió que en medio de la negrura, el cuerpo bien pudiera pertenecer a un compañero de manada tanto como a una Perdición. Tanteó en su busca mientras se lo llevaba la corriente, antes de respirar aliviada. El ser cuya carne acababa de sajar no tenía pelo.

Entonces, ¿dónde estaban los demás Garou? Escuchó a Grita Caos aullando todavía en algún lugar de las entrañas del túmulo, con la voz quebrada por intentar sobreponerse al interminable clamor de las aguas. Era una buena idea, y Ojo de Tormenta lo imitó, profiriendo un aullido un tanto gutural.

—¡Aquí! —llamó Hermana Guapa, tosiendo, más abajo siguiendo el túnel.

Ojo de Tormenta no quería soltarse de la pared. Pero tanto Hermana Guapa como Grita Caos se encontraban corriente abajo, y la alfa no podía esperar que remontaran la corriente y acudieran a ella. Rugió para acallar la vergonzosa trepidación de su corazón y se impulsó, regresando al centro del caudal.

Al menos esta vez pudo bracear con la cabeza fuera del agua. Sentía otra Perdición chapoteando sin ninguna gracia junto a ella. Se giró de golpe, asió al ser, lo sumergió y le retorció el cuello hasta que dejó de moverse.

—¡Carlita! —gritó, antes de captar el olor de la Roehuesos y también el de Hijo del Viento del Norte. Sus amigos se encontraban delante y hacia la izquierda. Tendió la mano y, tanteando, el Ahroun la cogió del brazo y tiró de ella hasta otro asidero en la pared—. ¿Estáis bien?

—Bueno, tan bien como lo estábamos cuando se rompió el dique —jadeó Hijo del Viento del Norte, con un atisbo de humorismo manifiesto en su voz agotada y dolorida.

—Un par de Perdiciones intentaron ahogarme —balbució Hermana Guapa. La misma histeria que a duras penas había conseguido mitigar Ojo de Tormenta había ensombrecido el habitual desparramo de la joven Roehuesos—. Casi lo consiguen antes de que John me las quitara de encima. Pero ahora no sabemos cómo encontrar a Julia ni a Grita Caos. O sea, está aullando...

—¡Basta! —atajó Ojo de Tormenta—. No eres ninguna cobarde, así que serénate. Encontraremos a nuestros compañeros de manada por medio del olfato y el oído, y procuraremos no extraviarnos mientras lo hacemos. Dime que lo has entendido.

—Claro —respondió Hermana Guapa, con voz un tanto temblorosa—. Entendido.

De repente los Garou olieron Perdiciones todo a su alrededor. Los hombres lobo lucharon como mejor pudieron, ciegos, con el agua atronando ensordecedora en sus cabezas e intentando colarse en sus bocas y separarlos. Al cabo, los compañeros de manada consiguieron librarse de sus enemigos, pero no antes de que Ojo de Tormenta recibiera dos nuevos cortes, uno en el antebrazo y otro en el estómago. Ardieron como el fuego durante unos instantes, antes de que el gélido torrente entumeciera la sensación.

—Ahora nadaremos con la corriente, hacia el interior del túmulo.

—¿Y si Julia se ha quedado atrás? —inquirió Hermana Guapa.

—Debemos permanecer juntos, y lo único que sabemos con certeza es que Grita Caos nos llama desde algún rincón del interior.

—Pues vaya gracia. —La Roehuesos hizo una pausa—. Pero, va, tienes razón.

Mientras nadaban, encontraron otras vías de agua. En algún lugar, las rocas del techo se desplomaron y no acertaron a los

nadadores por escasos centímetros. Todo el túmulo estaba desintegrándose.

Las Perdiciones encontraban a los hombres lobo a intervalos, aunque no tan a menudo como se había temido Ojo de Tormenta. Se preguntó si algunas de ellas no habrían perecido como resultado de su propia victoria. Resultaba irónico, teniendo en cuenta que los engendros del Wyrn habían sobrevivido a su descenso al centro del lago, pero tenía el presentimiento de que algunas se habían ahogado o habían sido arrastradas contra las rocas cuando irrumpió el agua.

Empero, todavía quedaban muchas, y los Garou aprendieron a la fuerza a combatir las mientras flotaban en la oscuridad e inmersos en la veloz y traicionera corriente que cada poco intentaba aplastarlos contra alguna pared. Ojo de Tormenta tenía la impresión de que algunos de sus atacantes podían ver perfectamente en la oscuridad, pero los que le planteaban más serios problemas eran los seres pica y los que estaban adaptados a la existencia en el agua.

Acababa de eliminar a otra de tales amenazas, una criatura semejante a una sirena apestada cuya cabeza era todo mandíbulas prensiles, cuando Hermana Guapa grajeó:

—¡Mi pierna! ¡Maldita sea!

—¿Qué? —exclamó Hijo del Viento del Norte.

—He matado a la cosa que me seguía —dijo la Roehuesos—, pero antes me ha aplastado la pierna contra la pared. Me la ha roto. El hueso me ha perforado la piel.

—¿Todavía puedes mantenerte a flote? —quiso saber Ojo de Tormenta.

—¿Lo dices en serio? Sí, ya, supongo. Lo intentaré.

—No te pasará nada —dijo la alfa—. Nosotros te llevaremos si hace falta. Tú solo tienes que aguantar.

—Claro —rechinó Hermana Guapa—. Pan comido.

La ordalía se perpetuó hasta que Ojo de Tormenta creyó entender la noción humana del infierno. No encontraron a Julia, aunque entraba dentro de lo posible que hubieran pasado junto a su cadáver sumergido en la oscuridad. Al menos los aullidos de Grita Caos continuaban guiándolos en medio del dédalo de pasadizos en que se habrían extraviado de lo contrario.

Hasta que, abruptamente, la voz enmudeció.

—Esto no está pasando —dijo Hermana Guapa, medio delirando a causa del dolor—. No he pasado por toda esta mierda para que ahora Grita Caos se quede afónico.

—No, claro que no —dijo Ojo de Tormenta—. No sé por qué se ha detenido el aullido, pero el guardián de las tradiciones sigue estando en alguna parte ahí delante, y vamos a encontrarlo.

Transcurrido otro momento, la Garra Roja olisqueó un trozo de piedra que sobresalía al nivel de su cabeza. Estiró una mano para no tropezarse con él, y luego consideró lo que significaba. En este punto, el pasadizo descendía, y por ese motivo la siguiente sección estaba inundada de agua.

—A lo mejor el agua ha cerrado este sitio y por eso ya no escuchamos los aullidos —aventuró Hijo del Viento del Norte.

—A lo mejor. En cualquier caso, debemos continuar.

—Eso —dijo Hermana Guapa—, y esperar que haya por donde sacar la cabeza para respirar al otro lado.

Se sumergieron sin vacilar, Ojo de Tormenta incluida, aunque deseaba que Carlita se hubiera reservado para sí el último comentario.

Pataleó y braceó hacia delante, antes de sucumbir a la desolación. Aunque no podía ver nada, podía sentir y oír cómo el agua discurría a través de dos conductos. El pasadizo se bifurcaba, y no tenía ni idea de qué camino seguir.

Una mano, la de Hermana Guapa a juzgar por el tamaño, tiró de ella hacia la izquierda. Transmitió la señal a Hijo del Viento del Norte, antes de agarrarse a la loba de ciudad y ayudarla algo torpemente a avanzar en la dirección que había indicado.

Nadaron durante algún tiempo, y Hermana Guapa volvió a tirar de ella, esta vez indicando que deberían ascender. A Ojo de Tormenta le parecía perfecto. Tenía los pulmones casi vacíos. Puede que hubiera aire esperándola arriba, puede que no, pero en cualquier caso, ya no podía nadar ni una brazada más.

La Roehuesos y ella subieron. Sintiendo su cambio de dirección, Hijo del Viento del Norte las siguió. Sus cabezas rompieron la superficie segundos más tarde. Escucharon el constante borboteo del agua entrante y el chapoteo de las piedras al caer, pero ningún aullido.

—Es el camino equivocado —gruñó el guerrero cuando hubo conseguido recuperar el aliento—. Tenemos que regresar.

—¡No! Me crié en las calles de Tampa, ¿recuerdas? Soy una juez Roehuesos en rodaje. Sé orientarme por los callejones.

—Estás herida, y estos túneles no son callejones.

—Como si lo fueran.

—Confiamos en ti —intervino Ojo de Tormenta—. ¡Adelante!

Siguieron nadando, mataron dos Perdiciones más, y entonces Grita Caos reanudó su llamada.

—Te lo dije, *Juanito*.

—Perdona —se disculpó Hijo del Viento del Norte.

Ojo de Tormenta se dio cuenta de que el pasadizo ascendía cuando sus pies rozaron el fondo. *Caminó* agradecida mientras los aullidos ganaban volumen, y el torrente descendía hasta su cintura. Entonces captó el olor de Grita Caos y atisbó un destello plateado. Era tan suave como la luz de la luna, pero tras la inmersión en la oscuridad absoluta, la obligó a entrecerrar los ojos.

Otra curva y discernió que la fuente de la luz era el propio Grita Caos. Su cuerpo refulgía como si la carne fuera traslúcida y los huesos fosforescentes. Había encontrado una especie de repisa a la que encaramarse, y exhibía cortes y punzadas que atestiguan el hecho de que de alguna manera, algunas de las Perdiciones se habían abierto camino hasta el lugar en que había estado esperando. Las heridas resplandecían más que el resto del cuerpo.

—Cómo no —dijo Hermana Guapa, agarrándose a las piedras debajo de la repisa—, nosotros tenemos que cruzarnos el apestoso túmulo a porrazos y tú te quedas aquí sentado y te lo tomas con calma.

—Quise volver con vosotros. Conocía el camino que me indicó el anciano, pero no podía utilizarlo. En algún punto, las piedras del techo caían como granizo. Me habrían matado sin duda. Después de aquello, pensé que en vez de tenernos a todos dando palos de ciego en la oscuridad, sería mejor llamaros, y no sabía si podría nadar, matar Perdiciones y aullar todo a la vez. ¿Dónde está Julia?

La pregunta borró la sonrisa del rostro de Hermana Guapa.

—No lo sabemos. La hemos perdido.

—No se os ha perdido nada —dijo la Moradora del Cristal. Ojo de Tormenta se giró y vio a Julia corriendo hacia ellos.

—Gracias a Dios —dijo Hijo del Viento del Norte.

—Andaba detrás de vosotros todo el rato. Pero cada vez que tenía ocasión de llamaros, no me oíais. El barullo es enorme.

—¿Cómo has pasado a través de todas las Perdiciones tú sola?
—quiso saber Hermana Guapa.

—Técnicas de Theurge. Saltando de un mundo a otro en el momento adecuado y teniendo la suerte de cara, en otras palabras.

Grita Caos, ese fulgor me dice que ya estás preparado para seguir adelante.

—Sí.

—Pues métete en el agua —dijo Hermana Guapa—, que no me apetece subir hasta ti.

—De acuerdo. —El bardo se zambulló—. Agarraos todos a mí.

Ojo de Tormenta empezó a moverse, y entonces un ser pica mucho más grande que cualquier otro que hubiera visto antes surgió del agua y abrió las fauces para engullirla. Con un aullido, Hijo del Viento del Norte incrustó su lanza en la cabeza deforme del espíritu. Hasta ese momento, en medio de la negrura y la confusión, la alfa no se había percatado de que el Wendigo había conseguido mantenerse aferrado a su fetiche.

Mientras el engendro del Wyrn se debatía y se hundía, Hijo del Viento del Norte desclavó la lanza.

—En marcha.

Se agarraron a Grita Caos, y este se agarró a ellos, y entonces los llevó al otro lado de la Celosía. Abruptamente, las gélidas aguas inexorables desaparecieron, y sintieron suelo firme bajo los pies. Pugnaron por mantener el equilibrio. Hermana Guapa boqueó y se cayó cuando apoyó el peso en su pierna rota, pero Ojo de Tormenta y Julia la cogieron antes de que golpeará el suelo.

La alfa miró en rededor. Luna y la Estrella Roja, heraldo del Apocalipsis, alumbraban un recuerdo, puesto que el mundo de los espíritus, el túmulo conservaba la misma forma que había poseído en la antigüedad. Era una pila de piedras sobre tierra seca que ocupaba el centro de un calvero en medio del bosque, y a su alrededor se apreciaban las señales de una próspera comunidad Garou, negros restos de fogatas cubiertos de cenizas y madera chamuscada, tiendas, pértigas afiladas dispuestas en hileras para el curtido y el secado de pieles, y colecciones menos numerosas de

pedras cubiertas de símbolos en las que algún vidente había inscrito sus descubrimientos, artefactos que en el mundo material se habían fundido con la pila cuando se transformó. Las tallas parecían extrañamente difusas, y Ojo de Tormenta dudaba que las Perdiciones hubieran conseguido dilucidar su significado.

Ahora, no obstante, el tiempo se echaba encima del análogo del lugar sagrado en la Penumbra. Aquí y allá había pedras agrietadas, y el túmulo central se estaba desmoronando. Perdiciones hediondas surgían de todas partes, chillando y balbuciendo triunfales, aprestándose para la batalla al reparar en los hombres lobo, y cada vez más abominaciones aparecían por momentos, persiguiendo a la manada a través de la Celosía.

Ojo de Tormenta se sentía víctima de una broma cruel. ¿Se reducía el recién descubierto secreto de Grita Caos a nada más que caminar de lado? Cualquiera Garou sabía cómo hacerlo, y en este caso, no bastaba para alejar a la manada de los enemigos que estaban destrozándolos inexorablemente. La Garra Roja buscó un camino despejado que los sacara de allí y no se sorprendió al no encontrar ninguno.

Entonces habló Hermana Guapa:

—Atención a esto.

Ojo de Tormenta se volvió. Grita Caos, que aún refulgía, levantó los brazos en ademán de invocación. En respuesta, un sendero, aparentemente hecho de luz nacarada, apareció en el cielo. Parecía tratarse de un puente lunar, el mismo tipo de camino mágico que podían crear algunos Garou para unir dos túmulos. El extremo más próximo descendía hacia el suelo igual que una rampa.

—¡Vamos! —dijo Grita Caos. Hijo del Viento del Norte y él se encaramaron al puente. Cargando con Hermana Guapa, Julia y

Ojo de Tormenta los siguieron. A escasos metros de distancia cargaba la primera oleada de furibundos engendros del Wyrm.

La primera vez que Ojo de Tormenta había visto un arco de luz cuajada, se había preguntado si sería tan suave y resbaladizo como parecía. La familiaridad le había enseñado que no era así. Aunque ni siquiera el ojo más agudo podía ver la textura, la superficie de este tipo de vía era lo bastante rugosa para que un Garou pudiera incluso correr por ella sin perder pie.

El que había conjurado Grita Caos no era ninguna excepción, pero aunque no suponía un desafío para su equilibrio, la primera zancada que dio hizo que el mundo se dilatara y difuminara de manera desconcertante. De repente el balbuceo de los perseguidores de la manada sonaba tenue y lejano.

Curiosa, Ojo de Tormenta miró de soslayo a su alrededor y descubrió que un solo paso la había transportado a ella y a sus amigos muy lejos en el camino y por tanto muy por encima del túmulo en ruinas. Las Perdiciones recorrían el puente, pero la vía se negaba a facilitarles la marcha, y no cubrían más distancia que las que les permitían sus piernas.

—Es como si lleváramos puestas unas botas de siete leguas—comentó Julia, utilizando de nuevo una referencia que Ojo de Tormenta desconocía—, y si no me equivoco, al puente lunar todavía le queda algún as en la manga. Mirad.

Los primeros metros del puente se desvanecieron de repente. Ojo de Tormenta se tensó instintivamente, como si ahora que la vía ya no se apoyaba en el suelo, fuera a desmoronarse. No fue así. No entorpeció a los Garou en absoluto. Pero sus perseguidores, que habían estado recorriendo aquel tramo inicial, cayeron a plomo cuando el firme desapareció bajo sus pies.

Hermana Guapa se rió.

—Mola.

—Deberíamos seguir adelante —dijo Grita Caos—. Todavía no sé muy bien lo que he hecho. No sé si el puente va a seguir disolviéndose cacho a cacho o si falta poco para que desaparezca todo de golpe.

—Muy bien —convino Ojo de Tormenta—. Adelante.

Apretaron el paso, devorando la distancia, difuminado el mundo que bordeaba la senda de la misma extraordinaria manera. Cuando se detenía por un segundo y miraba hacia abajo, la alfa veía a veces lo que parecía un mundo vacío. Muchas de las obras del hombre —casas, autopistas, fábricas, incluso ciudades enteras— proyectaban su sombra en la Penumbra, pero era raro el ser humano que podía hacer lo mismo.

Pero evidentemente esa impresión momentánea era falsa. En realidad, la Umbra era un hervidero de vida en la forma de incontables espíritus, y entre zancada y zancada, atisbó varios. Las arañas de la Tejedora pululaban en la Urdimbre. Un alce espléndido, la esencia de Ciervo, oteaba el puente lunar desde el borde de un acantilado. Elementales de cristal, figuras humanoides compuestas de relucientes fragmentos, recogían trozos de sus propios cuerpos para crear un vasto mosaico con algún propósito que, de todos los hombres lobo, solo Julia podría comprender. Y demasiadas Perdiciones, pero para alivio de la dadora de ley, ninguna que pareciera capaz de molestar a los viajeros en su senda mística y elevada.

Al cabo, Ojo de Tormenta reparó en que el puente descendía. Tras unos cuantos pasos más, depositó a la manada en una explanada serena, aparentemente deshabitada salvo por la hierba y los arbustos. Un arroyo que olía a hierro discurría por su centro, y al fondo se veía una densa floresta.

Capítulo quince



La senda luminosa que atravesaba el firmamento desapareció. Julia ayudó a Ojo de Tormenta a depositar en el suelo a Hermana Guapa con delicadeza. A continuación, como si alguien hubiera pulsado un interruptor, el cansancio se abatió sobre ella, y se desplomó más que se sentó al lado de la Roehuesos.

Grita Caos e Hijo del Viento del Norte la imitaron. Ojo de Tormenta consiguió mantenerse en pie un momento más, oteando y olisqueando en todas direcciones, cerciorándose de que el emplazamiento fuera seguro de verdad, antes de dejarse caer y tumbarse de espaldas.

Nadie dijo nada por un rato. Se limitaron a esperar a que sus respectivas respiraciones y latidos se acompañaran y se solazaron en la quietud. Paulatinamente, conforme las fuerzas regresaban a ella con cuentagotas, Julia cayó en la cuenta de la sed tan tremenda que tenía. Ojo de Tormenta, evidentemente en las mismas condiciones, se despezó, cojeó hasta el arroyo, se agachó y bebió con glotonería.

Cuando se dio la vuelta, sacudió su cuerpo maltrecho y cubierto de tajos, proyectando en todas direcciones gotas del agua lacustre que la empapaba.

—Acabo de tomar lo que Julia llama una *decisión terminante* —dijo, con voz ronca—. Nada de nadar a menos que sea absolutamente necesario.

Los demás se la quedaron mirando un momento.

—¿Eso era un chiste? —preguntó Julia.

—Claro —respondió la alfa—. ¿Tanto te extraña?

—Ah, no sé. —Julia intentó camuflar una sonrisa. Se incorporó con dificultad y arrastró los pies en dirección al riachuelo. Dolía. El entumecimiento que se había apoderado de ella era considerable. Nunca había experimentado algo semejante, no en forma de Crinos.

—Todavía no me creo que hayamos conseguido llegar todos hasta aquí —dijo Hijo del Viento del Norte, frotando la ensangrentada punta de su lanza con un puñado de hierba—. Es asombroso. Cuando encuentre fuerzas, me sentiré verdaderamente orgulloso. Si es que antes no me desangro.

—No vas a desangrarte —dijo Ojo de Tormenta, sentándose de nuevo—. Ni tú ni ninguno de nosotros. Todos hemos sufrido muchas heridas, pero ninguna tan grave como para matar a un Garou.

—Hemos armado una buena —intervino Hermana Guapa—, y menos mal. Que yo sepa, el viejo no movió el culo para ayudarnos.

Formando un cuenco con las manos y acercándose al hócico, Julia bebió del arroyo. Para alguien que había vivido siempre en la ciudad, la fría agua cargada de hierro tenía un sabor fuerte y desagradable, pero eso no impidió que la engullera hasta saciarse, antes de comentar:

—La verdad es que eso no es justo. El espíritu guardián sí que nos ayudó. El túmulo se habría desintegrado mucho antes si él no hubiera intentado mantenerlo en pie. Ni siquiera al final se vino abajo de forma natural. De haberlo hecho, nos habríamos ahogado mucho antes de encontrarnos todos.

—Hm. Vale, lo retiro. ¿Creéis que el tipo se habrá librado?

—Yo creo que sí —respondió la Moradora del Cristal—. Dudo que las Perdiciones pudieran hacer nada para impedir que se embarcara en el camino que mencionó. Ahora, voy a buscarte un poco de agua, y cuando se te haya quitado la sed, buscaremos la manera de soldar esa tibia rota.

La larguirucha mujer loba exhaló un suspiro.

—No veas lo impaciente que estoy.

—¿Y ahora qué? —inquirió Hijo del Viento del Norte, volviéndose hacia Grita Caos—. ¿Ya estás bien?

—No —dijo el bardo, y lo cierto era que Julia todavía podía ver la cruda oquedad de su interior. La única diferencia entre el antes y el después era que su cuerpo ensangrentado ya no refulgía—. Pero puede que llegue a estarlo. El puente lunar nos ha traído al lugar adecuado.

Grita Caos se acercó al riachuelo, sorbió un poco de agua, y se irguió. Se tambaleó por un momento, y la Moradora del Cristal levantó las manos para sostenerlo, pero consiguió mantener el equilibrio.

—Si existe una cura para mí, se encuentra en esos bosques. —Se giró hacia ellos.

—Descansa —dijo Ojo de Tormenta—. Hay tiempo. Recupera tus fuerzas.

El guardián de las tradiciones la miró de soslayo.

—Tengo fuerzas para esto. El rito me las ha dado.

—Genial —celebró Hermana Guapa—, pero espera un poco a que se me enderece la pierna, y te acompañaremos todos.

—Gracias. Pero tengo que afrontar el último tramo a solas, y creo que será mejor que lo haga cuanto antes. —Emprendió la marcha.

Julia sabía que tenía razón, pero también comprendía los sentimientos de la Roehuesos. Después de todo por lo que había pasado la manada, resultaba extraño permitir que el más malherido de sus miembros, aquel al que tanto se habían esforzado los demás por ayudar, se fuera solo.

Quizá Ojo de Tormenta e Hijo del Viento del Norte compartieran el mismo parecer, puesto que todos observaron en silencio cómo se adentraba Grita Caos en la arboleda. Hasta que habló Hermana Guapa:

—Bueno, lady Di, ¿qué pasa con esa agua?

Capítulo dieciséis



Durante algunos pasos, el bosque parecía simplemente eso, un conglomerado de olmos y arces. Aquí tanto como en el mundo material, comenzaba la primavera, el viento soplaba frío y los árboles evidenciaban las primeras señales de despertar a la vida. El suelo estaba cubierto de mantos de abono orgánico, los restos de las últimas hojas caídas durante el otoño.

De repente todo cambió. Grita Caos había esperado que ocurriera algo, pero aun así, el cambio fue tan súbito y desconcertante que tardó un segundo en encontrar sentido a sus impresiones.

Viajaba asido por un par de poderosos brazos velludos, sintiendo la cadencia de unas zancadas largas y rápidas. Una luna gibosa, la luna de su nacimiento, flotaba suspendida en un aire más cálido de lo que había sido hacía un momento. Podía oler la fragancia de su madre, la leche de sus pechos, y las Montañas Rocosas se extendían todo a su alrededor.

Algo va mal —pensó Grita Caos—. Nunca he recordado ser un bebé en brazos de mi madre. Ni siquiera me acordaba de mi madre. Pero aparentemente eso no era cierto. En alguna parte de

su interior, conservaba ese recuerdo, hasta que la Perdición lo despojó de él.

También sabía qué noche era esa y qué ocurría. Sus antiguos le habían contado la historia, hasta donde ellos la conocían. Al aparearse con otro hombre lobo y engendrar un monstruoso cachorro metis, su madre había infringido la sagrada ley Garou. Su manada cuidaría y criaría al bebé, puesto que tal era la costumbre entre los Hijos de Gaia. Pero ella se exiliaría en cuanto recuperara las fuerzas.

La madre, no obstante, se negaba a renunciar a su hijo. Lo raptó y huyó, y aferrado entre sus brazos, él se mostraba ajeno al miedo y satisfecho. Lo cierto es que, al regresar a este momento, Grita Caos redescubrió un solaz puro y asombroso. Duró hasta que reparó en la bestia cuadrúpeda de color blanco que perseguía a su madre mientras esta recorría la ladera de la montaña.

La criatura era hermosa, y Grita Caos sabía de algún modo que no le deseaba ningún mal. Su visión debería haber potenciado la belleza de aquella noche. Pero presentía que la entidad era un heraldo del cambio. De la pérdida. Intentó eludir su lustroso ojo dorado pero terminaron por cruzar la mirada. La criatura hablaba sin palabras, y él la entendía. ¿Por qué no? Incluso la primera vez, siendo nada más que un bebé, la había entendido de alguna manera.

Joven Garou, esta no es tu senda. Tienes una responsabilidad, un destino, y este camino no te conducirá hasta él. Sin embargo, no intervendré a menos que me des tu permiso.

¿Qué recién nacido podría conceder tal permiso a un espíritu? Y sin embargo Grita Caos sabía que lo había hecho. Quizá una porción de sabiduría enterrada procedente de una vida pasada lo había impulsado, o puede que la resplandeciente gracia y la majestad de la entidad lo hubiera motivado a asentir. En

cualquier caso, con el diminuto corazón rompiéndose ya por un motivo que no alcanzaba a comprender, había respondido, *Sí. Ven. Hazlo.*

Intuía que debía hacer lo mismo ahora para que el relato de su vida continuara desarrollándose como era debido. Si desviaba el sueño por los derroteros de los deseos, las mentiras y las posibilidades, no podría sanarlo. Empero, supuso un esfuerzo titánico ofrecer la invitación. Antes, había estado muerto por dentro. Ahora, experimentó júbilo. ¿Cómo podía renunciar a eso? La cura podría fracasar. Quizá regresara a la misma condición inútil y tullida.

Pero tenía que intentarlo. De lo contrario, defraudaría la fe que habían depositado en él sus amigos que habían arriesgado la vida para encontrar este lugar. Así que se obligó a lanzar el mensaje mudo: *Sí. Ven. Hazlo.*

Definiendo un arco plateado que recordó fugazmente a Grita Caos el puente lunar, el unicornio se interpuso en el camino de la madre fugitiva. Unicornio, espíritu tótem de los Hijos de Gaia, encarnaba la paz y la armonía, pero su emisario apuntaba su retorcido cuerno negro en un inconfundible ademán amenazador.

La madre gritó e intentó esquivar a la bestia. De un ágil salto, el espíritu la interceptó, antes de embestir. La punta de la esbelta asta se detuvo a un centímetro de la garganta de la mujer loba.

Con los ojos desorbitados, la madre retrocedió un par de pasos. Con un zangoloteo de cabeza, el unicornio indicó que la mujer loba debía depositar en el suelo a Grita Caos.

La madre se negó y continuó negándose mientras insistía en sus intentos de fuga, hasta que, de una cornada inesperada, el unicornio puso de manifiesto que estaba dispuesto a herir e incluso a matar. La Garou trastabilló, y el olor de la sangre impregnó el aire.

Sollozando, miró a Grita Caos. Lo besó. Lo abrazó.

Él gritó, *¡No, no, no lo sabía! ¡Lo retiro!*

La madre lo soltó con cuidado y se alejó cojeando, dejando tras de sí un reguero de gotas sanguinolentas, y luego, sin explicación, desapareció. Transcurrido un momento, el unicornio se fue a su vez, puede que para seguirla y asegurarse de que no regresaba.

El Grita Caos adulto pensó, *Unicornio me eligió desde el primer momento, y yo ni siquiera lo sospechaba*. Pero saber aquello no lo reconfortaba. Los sentimientos de su yo infante eran mucho más acuciantes, y se encontró abrumado por el pesar, la culpa, la soledad, el hambre y el frío. Lloró y chilló hasta que salió el sol, momento en que lo encontró la manada.

—Menudos pulmones tiene este crío —dijo un anciano Ahroun cubierto de cicatrices.

Capítulo diecisiete



Batiendo sus alas de plumas negras, la Perdición se adentró en el bosque en pos de Grita Caos. Tratándose de la misma esencia del olvido, encontró sumamente desagradable este reino onírico del recuerdo, salvo por el hecho de que parecía capaz de enmascarar su presencia. ¿Qué era, al fin y al cabo, sino la ausencia de recuerdos? Así que permaneció invisible e incorpórea, siguiendo al Galliard hacia el interior de la floresta. Cuando se alejaron lo suficiente de los camaradas de su víctima, se presentaría. Elegiría ese momento para atacar.

El asunto del túmulo había sido una chapuza desde el principio hasta el final. Las Perdiciones locales eran evidentemente más enclenques, estúpidas y en general más degeneradas de lo que hubiera podido imaginarse su contrapartida europea. ¿Cómo se explicaba si no que cinco Garou de nada hubieran podido sobrevivir al mejor de sus asaltos?

La Perdición alada había hecho cuanto estaba en su mano para ayudar a sus compañeras pero, en medio del caos, no había conseguido arrebatarse ni un bocado a la mente de ningún Garou.

Aunque el espíritu había tenido suerte con Ojo de Tormenta en la colina que lindaba con el lago, ese tipo de ataques furtivos solía surtir efecto sobre todo cuando el objetivo no había asumido ya una actitud defensiva.

Por fortuna, el espíritu carroñero sí que había logrado seguir a los Garou por el puente lunar, y ahora que Grita Caos se había separado de sus compañeros de manada, lo desgarraría como ya había hecho antes, y esta vez remataría la faena. Ahora que el Hijo de Gaia, contra todo pronóstico, se había acercado tanto a su curación, se había terminado la hora de mordisquear y pellizcar.

La Perdición calculó que su presa se había alejado lo suficiente. Cobró solidez por encima de la cabeza del Garou, abrió las fauces cuajadas de colmillos y se lanzó en picado.

El mundo se tornó borroso. El espíritu no rozó siquiera a su objetivo y hubo de aletear desesperadamente para no estrellarse ignominiosamente contra el suelo.

Se encumbró por los aires, miró abajo y lo encontró todo cambiado. El día había dado paso a la noche. El terreno, que había sido relativamente llano, presentaba ahora la inclinación propia de la falda de una montaña, distinta de las que había cruzado la Perdición en su viaje al corazón de los Apalaches. Sin duda los árboles eran distintos, con una repentina preponderancia de fragantes coníferas.

Una Garou en forma de Crinos descendía por la ladera corriendo con un velludo bebé astado —Grita Caos, obviamente— en brazos. Oculto a intervalo por los árboles y la fronda, un unicornio galopaba junto a ella a algunos metros hacia su izquierda. Era evidente que la loba todavía no había reparado en el espíritu.

La Perdición alada atacó dos veces más, lo suficiente para ratificar que no podía tocar al bebé, a la madre ni al mensajero unicornio, como tampoco ellos podían tocarla ni verla a ella.

Sintió un enfermizo arrebató de rabia y pánico. Se había demorado, y Grita Caos había escapado de su alcance al entrar en el recuerdo conjurado. La ira de Jo'cllath'mattric sería tan terrible como ineludible.

Pero no. El espíritu se negaba a creer que su misión pudiera terminar de ese modo. Seguro que encontraría una última oportunidad de impedir que Grita Caos y su manada continuaran entrometiéndose en los planes de su señor. Solo tenía que esperar el momento apropiado. Se posó sobre una pata y observó atentamente el pequeño drama que se desarrollaba a sus pies, igual que un buitre de verdad aguardando la muerte ajena.

Capítulo dieciocho



«... y fue así que Garra Torcida pagó el precio del Espíritu del Valle y consiguió un nuevo hogar idílico para su pueblo. Sus largos años de vagabundeo habían tocado a su fin».

También el relato había llegado a su conclusión, y un Grita Caos de once años contemplaba expectante a su maestra. Sentada en un tocón que los Garou empleaban a modo de banco, esbelta, de ojos azules, y bronceada en forma humana, vestida con una vieja camisa a cuadros con las mangas enroscadas, Canto de la Cascada reconocía visiblemente su desesperación y pretendía ofrecerle aliento.

—No ha estado del todo mal.

Al muchacho se le hundieron los hombros.

—Eso significa que no ha sido lo bastante bueno. —En realidad, ahora que había tenido un momento para pensar, sabía que no lo había sido. Había disfrutado contando la historia, se había sentido inmerso en ella, pero estaba claro que no había sentido la agitación de ningún poder milagroso en su interior.

Con su colgante de ágata restallando al sol, la preciosa Galliard rubia se incorporó y le dio un abrazo. Con ella en forma humana y él en Crinos, la adulta y el niño tenían casi la misma altura.

Canto de la Cascada había sido siempre tan dulce. Grita Caos se había sentido tremendamente atraído por ella y había hecho todo lo posible por ocultarlo. Ahora, al revivir ese momento, con su perspectiva de adulto dominando por un momento, sospechaba que ella se había dado perfecta cuenta.

—Ya lo conseguirás. —En alguna parte entre las cabañas, un hacha se clavó en la madera que estaba talando. El aroma del estofado de alce cocinándose al fuego impregnaba el aire.

—¿Qué tal mi dicción? —preguntó Grita Caos—. ¿Mi cadencia? ¿Mi tono? ¿Mis gestos? —Canto de la Cascada le había enseñado todas esas cosas y más, y él había hecho todo lo posible por llevar la teoría a la práctica.

—Así por separado, todo muy bien. Supongo que lo que pasa es que las piezas todavía no han terminado de encajar.

—¿Y si nunca terminan?

—Menuda bobada. ¿Cómo no van a encajar? Naciste bajo la luna del narrador.

—Ya, pero también nací metis. —Casi podía sentir el peso de los grotescos cuernos sobre su ceño—. ¿Y si soy distinto también por dentro? ¿Y si los espíritus no me enseñan ningún Don?

Canto de la Cascada arrugó el entrecejo.

—¿Te ha metido alguien esa idea en la cabeza? ¶Le voy a dar de sopapos para que aprenda!

—No —dijo Grita Caos—, todo el mundo se porta bien conmigo. Pero yo sé lo que soy. Me parece que estoy perdiendo el tiempo. Tu tiempo. Creo que debería limitarme a cazar, pelear y pescar. Eso se me da medio bien.

La maestra exhaló un suspiro.

—Detesto oírte hablar así. Pero no puedo elegir tu camino. Está claro que no puedo convertir a nadie en un bardo si él no está dispuesto a trabajar para convertirse en uno.

De nuevo, el Grita Caos mayor, con su consciencia alternándose entre un momento y el siguiente, sintió que lo que había dicho Canto de la Cascada era cierto. Desafiaba a la razón, pero en cierto modo, *podría* elegir un camino distinto dentro del sueño y evitarse los años de frustración y humillación que tenía por delante, y aunque hacerlo sería una locura y una agresión contra sí mismo, seguía sintiéndose tentado, tal vez más incluso que aquella primera vez.

—No sé. Tampoco es que no me guste aprender historias y los secretos antiguos. Que sí. Es que no sé si tiene sentido, por lo menos para mí.

—Solo puedo decirte lo siguiente: Para empezar, en todas las historias de nuestro pueblo, no he encontrado *ninguna* mención a ningún Garou al que los espíritus no consideraran digno de obsequiar con sus dones. Segundo, los Hijos de Gaia son los profesores y los negociadores de los Garou. Cuando caminamos por el mundo de los humanos, procuramos guiar a esa raza prolífica a comprender mejor el mundo que compartimos, para que puedan romper su insospechada alianza con la corrupción.

Entre los de nuestra especie, intentamos zanjar las disputas entre tribus y unir a nuestro pueblo para la batalla final contra el Wym. Visto así, ¿a quién le hace falta la elocuencia más que a nosotros? Sería una auténtica pena que llevaras dentro a un gran orador, un modelo de inspiración para todos aquellos que tengan la suerte de escucharte, y no desarrollaras la capacidad. Y por último, te prometo que nunca, nunca dejaré de intentar enseñarte.

Grita Caos soltó un bufido.

—¿Ni cuando sea viejo, esté cojo y me falten los dientes?

—Incluso entonces, será un día glorioso aquel en que las historias te hablen al fin.

El metis ladeó la cabeza.

—Pero si me hablan. Quiero decir, las entiendo. Me enseñan cosas.

—Lo que significa que las comprendes del mismo modo que cualquier oyente. Pero yo te he enseñado que las historias son literalmente espíritus vivos, compañeras y benefactoras de los Garou. Soportan que las restrinjamos a símbolos inscritos, palabras compuestas con cariño y entregadas a la memoria, pantomimas, juegos y danzas para que podamos conocer y diseminar la verdad. Sin ellas, sospecho que no podríamos vivir. Está claro que nos faltaría la cultura y la capacidad para defender a Gaia del Wyrn.

—Ya. Me acuerdo.

—Pero lo que no comprendes de *verdad*, y eso es lo difícil de explicar, es que algún día, comenzarás a contar una historia y percibirás en ella al espíritu que es. Los dos estableceréis una comunión. Él te guiará en tu narración, imbuyendo de poder este reflejo de su esencia. Tú *fascinarás* a tu audiencia, y verás que los espíritus te han concedido el mayor de los dones.

—Ojalá... ojalá estuviera tan seguro como tú.

Canto de la Cascada le sostuvo la barbilla y le volvió la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Amiguito, en esta vida no hay nada seguro. Lo único que podemos hacer es elegir, luchar y esperar. ¿Tú qué eliges?

Quizá fuera de nuevo el recuerdo de sus amigos, o puede que esta vez se tratara del lazo que habían compartido su maestra y él, pero de alguna manera consiguió reunir fuerzas para entregarse por segunda vez a la ardua tarea que tenía por delante.

—Lo intentaré. Lo seguiré intentando.

Capítulo diecinueve



Algo tocó a Grita Caos en la puntiaguda oreja. Sobresaltado, volvió la vista, y un segundo misil, un aro de cuero trenzado, le golpeó la nariz. Pescatruchas, Oye el Silencio y Wally, que prefería utilizar su nombre humano incluso entre sus camaradas Garou, se rieron.

—Estamos jugando a la rana —dijo Pescatruchas. Tenía la cabeza ancha y cuadrada, los hombros redondos, y una panza fofa que ni siquiera la vida en el bosque había conseguido eliminar.

Grita Caos se dio cuenta tarde de que los tres adolescentes habían estado intentando colar las anillas de cuero en sus cuernos, como si de un juguete se tratara. Al comprenderlo sintió una mezcla de rabia y vergüenza. Se puso en pie de un salto. En forma de Crinos, dominaba a los demás cachorros, que, al ser de raza homínida, solían preferir la forma de su nacimiento mientras estaban en el campamento.

Pero los demás muchachos no se dejaron intimidar. No esperaba que así fuera, no cuando podían cambiar de forma en un instante y superarlo en proporción de tres a uno.

—Venga, Bicho, si solo es un juego —dijo Pescatruchas, todo falsa inocencia—. Se nos ocurrió que a lo mejor querías jugar.

—Ya, pues no. Dejadme en paz.

—Claro, en cuanto acabemos. —Pescatruchas lanzó otro aro, intentando capturar uno de los cuernos que ahora se elevaba un metro por encima de su cabeza.

Grita Caos desvió la anilla al vuelo.

—Te he dicho que pares!

—¿Y qué vas a hacer para obligarnos? ¿Correr a chivarte a Canto de la Cascada?

—Seguro que quiere pelearse con nosotros tres —dijo Wally, rubio y pecoso, con la piel perpetuamente rosada y pelada porque nunca quería protegérsela con pieles. Pescatruchas era siempre el instigador, pero cuando empezaba a meterse con Grita Caos, los otros dos terminaban apuntándose enseguida—. Y que le partamos la cara. Eso sería lo más tonto, ¿verdad, bobalicón?

A lo mejor sí —pensó Grita Caos—, pero me parece que lo voy a intentar de todos modos. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Llegó una respuesta. Puede que llevara mucho tiempo intentando emerger del fondo de su mente. *Podría dar media vuelta y marcharme, abandonar las montañas, alejarme de todo lo que sea Garou. ¿Por qué no? ¿Puede ser peor el mundo de los humanos?*

Dolía recordar que incluso se había alegrado cuando sus padres trajeron a Pescatruchas, Oye el Silencio y Wally al campamento. Los muchachos acababan de pasar por sus Primeros Cambios y habían revelado así su naturaleza licántropa, y a él le había parecido que sería divertido tener compañeros de clan de su misma edad. Y así fue, durante algún tiempo. Dado que los recién llegados desconocían casi por completo los diferentes aspectos de

la vida Garou, él les había enseñado cuanto había podido, y parecía que ellos lo apreciaban.

Paulatinamente, no obstante, su actitud fue cambiando. Cuando hubieron superado un Rito de Iniciación y hubieron obtenido los Dones de los espíritus, convirtiéndose en lobeznos de pleno derecho, las diferencias resultaban demasiado evidentes: tras años en el clan, Grita Caos seguía siendo un cachorro, lo que achacaban a su naturaleza metis. Los Hijos de Gaia creían que deberían otorgar los mismos derechos a un hombre lobo de sangre cruzada que a cualquier otro, pero por el simple hecho de proclamar dicha tradición subrayaban el que los metis eran errores, criaturas de dudosa valía necesitadas de un trato especial.

Los recién llegados sin duda habían asimilado la triste verdad acerca de la condición de Grita Caos, pero él seguía sin comprender por qué les había dado por atacarlo de ese modo. Quizá tuviera algo que ver con el hecho de que antes del descubrimiento del trío, el clan no había localizado a ningún retoño en varios años y por consiguiente se sentía inclinado a mimarlos. Puede que Pesca-truchas, Oye el Silencio y Wally portaran su propia mancha interior, adquirida por culpa de la locura del Wyrms que infectaba a la civilización humana. O puede que existiera una predisposición natural en los grupos de jóvenes machos que los impulsara a abusar de los parias.

Cualquiera que fuese el motivo, con el tiempo, los recién llegados habían llegado a atormentar a Grita Caos sin descanso, y lamentablemente, no creía que pudiera quejarse a los mayores, ni siquiera a Canto de la Cascada. Sobre todo si procedía del deforme tullido espiritual, el ruego de intercesión parecería una acción débil y cobarde, indigna de un Garou. Pero no sabía qué otra cosa hacer, ni cuántos abusos más podría soportar.

Pero si sé qué hacer —pensó el Grita Caos adulto—. *Lo que hice. Se me ocurre una idea, y la sigo.*

En aquellas circunstancias, debería haber resultado sencillo, pero no lo era. La parte joven de él no sabía qué ocurriría. Temía parecer ridículo y dar a los otros jóvenes más motivos para que se burlaran de él, y la verdad, aunque fuese una tontería, la parte veterana compartía ese temor. Después de todo, se había adentrado en estos recuerdos porque era un vestigio roto de su antiguo yo. ¿Por qué debería asumir entonces que podría hacer lo que había hecho antes?

Pero en el fondo, sabía que tenía que intentarlo. Había prometido a John Hijo del Viento del Norte que no se tiraría de aquel maldito puente, y rendirse ahora sería prácticamente lo mismo que incumplir aquella promesa.

Aunque le costó, tensó los labios en una sonrisa, la que le había enseñado a exhibir Canto de la Cascada para recitar sátiras o jugar a intercambiar insultos. Sus torturadores abrieron mucho los ojos. Los había cogido por sorpresa.

—A lo mejor soy un retrasado —dijo Grita Caos—. Un bicho raro, seguro. Pero por lo menos no soy un lechón al que le cuelga la tripa, ni me dan problemas las tripas.

Pescatruchas frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Ya sabes. Hace dos noches, birlaste una porción de carne de pato de más, como de costumbre. Pero esta vez te salió caro. Todo el mundo se enteró de los sudores que te costó evacuar.

—Estás loco —protestó Pescatruchas, pero Oye el Silencio y Wally sonrieron un poco sin querer. Porque era cierto que todo el mundo se había enterado.

—Tardaste *horas* —dijo Grita Caos. Soltó un gemido, imitándolo, y fue como si hubiera abierto otro par de ojos a una luz

extraordinaria, como si hubiera restallado un relámpago en el interior de su cabeza e hubiera iluminado hasta el rincón más oscuro de su mente.

Esta chanza que se disponía a afrontar era una especie de historia, y de repente percibió al espíritu de la narración en su corazón tan nítidamente como veía a los tres jóvenes que tenía delante. La entidad incorpórea pero vibrante era su compañera, su hermana, estaba dispuesta a guiarlo a lo largo de la historia y a cargar hasta la última de sus palabras y gestos con un poder cautivador.

Grita Chaos siempre había asumido que si el manto del Galliard llegaba a descender sobre él algún día, sería mientras relataba alguna de las grandes sagas o elegías de su pueblo. No sabía por qué la vulgar imitación del estreñimiento de un compañero de clan debería investirlo con su derecho de nacimiento, ni lo comprendería jamás. Pero le daba igual. Aquí al comienzo de su nueva vida, lo único que quería era expresar su recién exaltada naturaleza. Ya ni siquiera le importaba seguir pinchando a Pesca truchas.

Pero lo haría, porque esa era la esencia de la historia que tenían que contar el espíritu y él. Contorsionó el rostro en una expresión que, pese al handicap de sus rasgos lupinos, recordaba tanto al semblante humano de Pesca truchas como a una máscara de insoportable angustia. Acuclillándose, apretando los puños, balanceándose de uno a otro lado, comenzó una serie de gañidos desconsolados mezclados con humillantes plegarias desesperadas dirigidas a cualquier ser de la Umbra que estuviera escuchando.

Hipnotizados por la primera expresión disoluta de las artes narrativas de Grita Chaos, los compañeros de Pesca truchas no tuvieron más remedio que desternillarse de risa ante la demostración. Oye el Silencio, más pequeño y más joven que sus amigos, con un

cuchillo KA-BAR sujeto en el cinturón, se reía con tantas ganas que las lágrimas le bañaban el sucio rostro.

A Pescatruchas no le hacía ni pizca de gracia, pero la magia de la voz y los gestos del trovador lo mantenía paralizado en el sitio, mientras eran cada vez más los miembros de la manada que se acercaban para asistir al espectáculo. Grita Caos terminó con el tema de los intestinos obstruidos y se enfrascó en la reproducción del pavor sobrecogedor que había embargado al rollizo muchacho la primera vez que se encontró cerca de un oso pardo.

Pescatruchas se liberó al fin de su parálisis. Cambió a su forma de hombre lobo, rugió y se abalanzó, pero Grita Caos era invencible en su momento de gloria. Derribó a su agresor con un gesto que parecía casi imprevisto.

El licántropo astado se quedó mirando a Oye el Silencio y a Wally hasta que ambos agacharon la cabeza, mostrando sumisión y prometiendo en silencio no volver a mofarse de él. Luego fue en busca de Canto de la Cascada y le relató su transformación. Inmerso en el papel que había esperado durante tanto tiempo, sintiéndose como si estuviera descubriendo y declamando cada verso e historia por vez primera, no dejó de recitar mientras se paseaba por el campamento. El relato era tan poderoso que todo aquel que escuchaba el escarnio de Pescatruchas desfilaba tras sus pasos, y todavía seguían saliendo Garou de sus cabañas.

Por fin estaba preparado para su Rito de Iniciación. Por fin sería capaz de convertirse en un Garou adulto de pleno derecho.

Capítulo veinte



Ceñido por su forma de lobo, con solo sus cuernos para señalarlo como algo más, Grita Caos deambulaba por la estrecha cornisa y se deleitaba en la noche. A tanta distancia de cualquier emplazamiento humano, las estrellas resplandecían con fuerza, aunque la tradición Garou sostenía que antes de que se inventara la electricidad, habían relumbrado aún con más fuerza, incluso en los rincones más recónditos del bosque. Esa, suponía el narrador, era una gloria que él jamás vería.

A pesar de todo, la noche era más que agradable para satisfacer a un Hijo del Final de los Tiempos. Kilómetros hacia el sur, gañían los coyotes, componiendo su música. La brisa era fresca y acariciadora y transportaba la apetitosa fragancia de los carneros. Si Grita Caos no viniera de regalarse un suntuoso banquete, puede que hubiera salido de caza ahora, pero con el estómago lleno, resultaba más agradable holgazanear en las alturas y recrearse en el paisaje que abarcaba las montañas.

Fue en ese momento cuando captó un olor distinto, en absoluto agradable.

Su clan había invitado a otros tres del otro lado de las Rocosas a un consejo, una celebración que habría de durar una semana. Al igual que el resto de Galliard, Grita Caos había proporcionado entretenimiento. Era la primera vez que ofrecía una historia a unos desconocidos, y estaba nervioso, pero el cuento se había desarrollado sin contratiempos.

Después de aquello se había sentido demasiado excitado y preocupado con su éxito para prestar demasiada atención al resto de las festividades. Se había alejado del campamento para saborear su triunfo y despejarse la cabeza.

Y ahora olía el hedor de los engendros del Wyrn. A menos que se equivocara, de *muchos* engendros del Wyrn.

Se asomó al acantilado. La conmoción le hizo abrir los ojos de par en par. Una columna, un verdadero ejército de engendros del Wyrn, avanzaba furtivamente a lo largo de la base de la montaña, cerniéndose sobre el consejo con un silencio que solo podía ser el resultado de algún rito o Don del Wyrn. Carecía de la habilidad o de la experiencia para saber qué abominación era un fomor, qué un Danzante de la Espiral Negra o qué una Perdición materializada, pero estaba seguro de que había multitud de los tres tipos.

Por decirlo suavemente, los Garou reunidos no estaban preparados para recibirlos. Unos cuantos hombres lobo seстеaban ahitos de comida y bebida. Otros se afanaban cantando, bailando, jugando, flirteando o deliberando. Nadie esperaba librar una batalla esa noche.

Grita Caos tenía que prevenirlos. Inhaló hondo, y vaciló.

Si revelaba su presencia, tendría que intentar bajar de su atalaya y alejarse cuanto antes, porque el enemigo difícilmente conseguiría no verlo si se quedaba allí plantado. Pero por desgracia, el descenso era complicado, peligroso incluso para un hombre lobo si intentaba llevarlo a cabo con rapidez. Pero tendría que

intentarlo, porque a despecho de su altura, la montaña ofrecía únicamente un par de senderos. El resto era infranqueable. Lo que significaba que las deformes criaturas disfrutarían de una buena posibilidad de interceptarlo aun cuando descendiera despacio, inmejorable si se tomaba su tiempo.

El campamento dispone de centinelas —pensó el guardián de las tradiciones—. Ellos darán la alerta.

Sí, pero la darían minutos antes de que atacaran las abominaciones. Si se atreviera, Grita Caos podría advertir a todo el mundo con una hora de antelación, y ese tiempo extra marcaría la diferencia.

Se obligó a levantar la cabeza y aullar un engolado aviso para todo el clan.

Los engendros del Wymr oyeron la llamada y supieron lo que significaba. Algunos de ellos emprendieron el ascenso al pie de la montaña.

A sabiendas de que corría por su vida, Grita Caos giró en redondo y corrió por la precaria cornisa. El suelo se desmenuzaba entre sus zarpas, y las esquirlas caían al vacío.



Grita Caos se bebió otro vaso de agua. Casi sabía distinta con todas las sustancias químicas que le añadían los humanos, pero sabía que no era ese el motivo por el que, al cabo de un minuto, volvería a tener la boca seca.

—¿Nervioso? —preguntó Canto de la Cascada, que tenía un nombre más aburrido en este mundo de autopistas y rascacielos. El óvalo de papel que llevaba adherido a la solapa de su chaqueta lo proclamaba.

—Sí —dijo, resistiendo el impulso de aflojarse el nudo de la corbata—. No sé si estoy preparado. A lo mejor deberías ocuparte tú de esto.

Una rolliza adepta de aspecto cansado de la Liga de las Votantes asomó la cabeza entre las cortinas, quizá para asegurarse de que ninguno de los dos se había escabullido, como deseaba poder hacer Grita Caos. Vio a los dos hombres lobo con aspecto Homínido y al portavoz de Wal-Mart, sonrió, y dijo:

—Ya casi estamos preparados.

Luego volvió a desaparecer entre las pesadas capas de tela.

—Tranquilízate —murmuró Canto de la Cascada, en voz tan baja que ningún oído humano podría escucharla—. Todo irá bien. Eres un narrador y este no es sino otro público. Como poco, serán menos rencorosos que el clan.

—Eso importará poco si mi oponente me desacredita por completo. ¿Y si esos empresarios se dan cuenta de que no soy un verdadero profesor de biología?

—No tienen ningún motivo para dudarlo, y aunque lo comprobaran, Malcolm te ha forjado una vida de papel capaz de resistir casi cualquier escrutinio. Lo han fabricado todo, desde tu certificado de nacimiento hasta tu última compra con tarjeta de crédito.

Malcolm era de la Parentela, un pariente humano de los Hijos de Gaia. Nunca le había sobrevenido el cambio, ni a ninguno de sus primos esa generación, pero contribuía a su manera en la lucha por salvar el mundo. Su especialidad era ocuparse de la burocracia de la vida humana; el clan había comprendido hacía tiempo que cuando se trataba con humanos, pocas palabras inspiraban tanto temor como «inspector del fisco».

—Si tú lo dices —dijo Grita Caos.

—¡Alegra esa cara! Puedes hacerlo. Has nacido para esto, y quizá se lo más importante que puede hacer cualquier Garou para enfrentarse al Wyrn. Escucha. El señor Caulder te está anunciando.


El joven hombre lobo se giró, y su sombra astada se deslizó por la cortina. Se quedó helado, de repente, convencido de que si pasaba al otro lado, todas las personas que ocupaban las hileras de atestados asientos extrañamente iguales también verían la deformidad.

Comprendió que no tenía sentido. Oye el Silencio, que había madurado hasta convertirse en un Theurge de pro, había invocado un espíritu polilla para ocultar los cuernos a los ojos de los humanos.

¿O no? Le encantaba tomar el pelo a Grita Caos, ¿verdad? ¿Y si lo organizaba todo para que cayera la máscara en el peor momento posible?

El narrador sacudió la cabeza. Era solo que le daba aprensión dirigirse por primera vez a un público humano, que todo el clan dependiera de su elocuencia, y eso conseguía que se preocupara de peligros inexistentes. Hacía tiempo que había superado sus diferencias con Oye el Silencio, y aunque no lo hubiera hecho, su compañero de manada no se atrevería a sabotear una misión de genuina importancia. La velada saldría bien. Grita Caos *recordaba* que había salido bien.

El moderador terminó de enumerar las falsas credenciales del trovador. El portavoz de la corporación, que olía a café y cuyo cabello castaño parecía un trozo de cuero esculpido, dedicó al metis una sonrisa sorprendentemente cordial. Luego los dos salieron al escenario del auditorio del instituto, donde debatirían acerca de lo acertado de talar un macizo de árboles antiguos para erigir algo llamado *almacén*.



—Es un honor ser elegido —dijo Canto de la Cascada.

—Lo sé. —Grita Caos no sonaba convencido.

—Lo *es*. Significa que los ancianos de la manada consideran que eres el más sensato de todos los jóvenes, el que mejor imagen de nosotros puede dar.

—Se lo agradezco. Es solo que me pregunto qué pensarán de los metis en el Clan del Alba. —*Y si alguna vez volveré a verte, o al resto del clan.*

—La gente de Pisa la Mañana son tan Hijos de Gaia como nosotros. Te tratarán como a uno de los suyos.

—Supongo, pero es que casi no he salido de Colorado. Estamos hablando de Ucrania.


Canto de la Cascada exhaló un suspiro.

—Creo de veras que este plan de acoger a jóvenes de otros clanes e incluso de otras tribus es importante. Nos unirá a todos para alzarnos contra el Wurm. Pero nadie te obliga a ir si tanto te echa para atrás.

Le había ofrecido una salida, y quería aceptarla. La parte joven de él temía al futuro. La parte mayor *sabía* que en ocasiones, la vida sería difícil en el Clan del Alba, y más difícil todavía cuando llegara al Clan de la Forja del Klaive y tuviera que combatir para hacerse un hueco en el seno de la hosca Carnada de Fenris.

Hizo cuanto pudo por tragarse sus reticencias.

—No, está bien. Iré. A lo mejor encuentro unas cuantas historias nuevas.



Y así sucesivamente. Grita Caos revivió un incidente tras otro. La mayoría implicaban alguna decisión que había tomado, y por vehementemente que se insistiera a sí mismo que sería una locura apartarse de la senda que ya había recorrido, hasta el último miedo, duda y dolor le susurraba, tentándolo para que eligiera el camino más fácil. No sabía cómo, resistía la tentación.

Capítulo veintiuno



Agazapado en su árbol, con las garras aferradas a una rama y la cola enroscada en otra, el ser buitre asistía a la repetición de la vida de su víctima. A las jugadas más importantes, por lo menos.

La Perdición alada se alegraba de que el sueño estuviera desarrollándose tan deprisa. En cuestión de un par de minutos, el desfile de recuerdos tocaría a su fin y presumiblemente restauraría a Grita Caos al mismo marco de referencia de su némesis. En ese momento, daría igual que el bardo estuviera curado o no, porque el espíritu lo abatiría de inmediato.

O eso pensaba la Perdición, hasta que oyó un susurro en medio del follaje y la voz arisca e imperiosa de la loba Ojo de Tormenta. Sobresaltado, el ser buitre se dio la vuelta en su asidero para ver cómo el resto de la manada del Río Plateado habían conseguido acercarse tanto sin que se percatara.

La Perdición sintió una punzada de enojo ante su propia confusión. Ojo de Tormenta y los demás no habían entrado en el bosque, si no que, al comenzar una nueva fase, el sueño de Grita Caos había creado fantasmas a su imagen y semejanza.

El espectáculo de sombras había proyectado también otra aparición. Cuando el buitre la vio, supo exactamente qué estaba a punto de ocurrir. Aquella revelación inspiró una idea taimada, un plan para ayudar al merodeador a coger a su presa completamente por sorpresa.

Capítulo veintidós



La última decisión era la más complicada de todas. Sabedor de lo que se avecinaba, Grita Caos podía evitarlo. O podía plantar cara y soportar una agonía indescriptible.

La manada del Río Plateado se había adentrado en el territorio del Wyrn cuando el Hijo de Gaia avistó una extraña especie de Perdición. Carecía de cuerpo real que conectara sus dos alas cubiertas de plumas negras, tan solo un par de temibles mandíbulas, cuajadas de largos colmillos que las asemejaban a una gigantesca desgrapadora, pies de rapaz dotados de garras y un látigo restallante por cola. Aunque era la primera vez que Grita Caos se encontraba con una abominación así, conocía algunas cosas acerca de su raza gracias a sus estudios. Comenzó a compartir la información con sus camaradas.

De repente, no sabía cómo, tuvo a la abominación encima. Atrapó al hombre lobo entre sus fauces y lo devoró. Podía sentir los dientes como agujas desgarrando al mismo tiempo su carne y su alma. El dolor era insoportable, y se desmayó. Cuando regresó en sí, la Perdición se disponía a realizar un segundo ataque.

Grita Caos había decidido que viviría el sueño tal y como lo había vivido en la realidad, para aceptar toda la adversidad que ya había experimentado. Permaneció inmóvil esperando a que la Perdición del Conocimiento —volvía a saber cómo se llamaba— lo atrapara.

Reparó entonces en que, aunque estaba claro que no le habían dejado solo la primera vez, esta vez sus compañeros de manada habían desaparecido. El paisaje no guardaba parecido con ninguna ciudad serbia arrasada, sino más bien con el bosque de la Umbra en el que habían dado comienzo sus visiones. Es más, un recuerdo recién recuperado le decía que durante su primer encuentro, el ser buitre se había abalanzado sobre él únicamente una vez.

Así que esto ya no era un sueño. Estaba sucediendo de verdad, y el espíritu ya estaba casi encima de él.

Grita Caos se tiró al suelo y rodó de costado. Las garras silbaron a escasos centímetros de él. La cachiporra flexible que era su cola lo golpeó, pero no con la fuerza suficiente para hacerle daño.

La Perdición del Conocimiento pasó como un misil y remontó el vuelo, ganando altura sin duda para realizar otra pasada. Mientras tanto, Grita Caos hizo inventario de sí mismo. ¿Estaba curado?

No lo sabía. Antes, había estado vacío. Ahora, estaba lleno pero sentía una cierta ambigüedad, como si su ordalía no hubiera bastado para devolver todos sus huesos y vísceras espirituales a su debido lugar. Ciertamente parecía que sus Dones seguían fuera de su alcance. Gruñó de frustración.

El ser buitre se arrojó sobre él, esta vez con una artera trayectoria en zigzag que hizo que su presa se lanzara en la dirección equivocada. Grita Caos corrigió su salto, pero no lo bastante aprisa, puesto que ahora que había regresado a la realidad

convencional, las heridas de batallas anteriores lo frenaban. Una garra le abrió un tajo en el hombro. Contraatacó, sin éxito. La abominación se elevó.

Grita Caos comprendió que si no podía emplear todo el alcance de sus habilidades Garou, era indudable que moriría. Pensó en pedir auxilio a sus compañeros de manada, pero su instinto se lo impidió. Para bien o para mal, esta era su lucha.

Sí que utilizó la voz, no obstante, en un último intento por liberar sus poderes. Intentó contar la historia que compartiera con él John Hijo del Viento del Norte en lo alto del puente.

—En el dulce albor de los tiempos, cuando el rostro de Luna era tan prístino como un manto de nieve recién caída, y la malicia era tan rara como los peces en el desierto...

El ser buitre se lanzó en picado. De alguna manera Grita Caos lo esquivó sin que el esfuerzo repercutiera en su tono ni en su ritmo.

—De ojos brillantes, colmillos afilados y pies ligeros, Se Ríe de los Pinos paseaba...

Y los poderes de los Hijos tronaron en su interior igual que un géiser. Sus talentos de bardo. Los Dones de los espíritus conseguidos durante sus años en las Rocosas y en Ucrania. La rabia, un fuego que quemaba la fatiga y el dolor. Allí estaba todo.

Al menos sus pasiones, sin duda. En otras circunstancias, probablemente hubiera caído de rodillas y llorado por su restauración. Pero tenía una Perdición del Conocimiento que matar. Afortunadamente, también eso le reportaría placer.

Capítulo veintitrés



La Perdición del Conocimiento descendía a gran velocidad. Exaltado por una furia que, paradójicamente, no disminuía en absoluto su claridad de pensamiento, Grita Caos se llenó los pulmones y gritó. Su aullido poseía la repercusión de un trueno y culminaba con un agudo rugido. *Soy tu final*, decía la llamada a la Perdición del Conocimiento, como no podría hacerlo ningún lenguaje humano.

El ser buitre dio bandazos y agitó las alas espasmódicamente. Parecía que fuera a desplomarse, y el trovador sonrió. Entonces su enemigo desplegó los negros apéndices emplumados, recuperó la posición adecuada para controlar su vuelo y se abalanzó sobre él.

El ardid cogió a Grita Caos por sorpresa, pero la rabia le daba una fuerza y una velocidad como no había conocido en su vida, por lo que consiguió apartarse de la trayectoria de la Perdición del Conocimiento, al tiempo que proyectaba el brazo en un arco horizontal. Su mano golpeó la cola de la abominación, y sus garras se hundieron en la piel gomosa.

Intentó sujetarla, pero de un tirón desesperado, la Perdición del Conocimiento se liberó y cayó al suelo ante él. Saltó, y el engendro del Wyrm giró en redondo. Una de sus alas le abofeteó el rostro. Aunque no lo hirió, lo sobresaltó y desconcertó durante el instante que necesitaba la criatura para remontar el vuelo.

Gotas de humeante icor negro caían de la cola perforada. Grita Caos se rió, en parte para provocar a la Perdición y conseguir que cometiera un error y en parte con sincero regocijo.

A que no es tan fácil —pensó—, cuando estoy completo y no me pillas desprevenido.

Hizo señas a su adversario, antes de extender los brazos y exponer el torso a modo de invitación. Lo más importante, profirió una serie de gañidos y gemidos que, aun para el oyente que desconociera la lengua Garou, denotaban una sorna hiriente y enloquecedora.

La Perdición del Conocimiento se lanzó en picado. Si Grita Caos había conseguido enfurecerla, atacaría con fuerza y en línea recta, sin ninguna artimaña ni maniobra engañosa. El hombre lobo se mantuvo en su sitio hasta que el espíritu estuvo casi encima de él. En el último momento posible, se hizo a un lado y se agarró a una de las alas.

La inercia del engendro del Wyrm estuvo a punto de levantarlo por los aires, pero al medir su peso contra el de la abominación, consiguió mantener los pies en el suelo. En esta ocasión, la Perdición del Conocimiento se estrelló con fuerza.

Grita Caos retorció las alas del espíritu. Esperaba que si conseguía arrancárselas y mantener a la Perdición en el suelo, conseguiría terminar con ella.

Volaron las plumas y los trozos de carne negra, chapoteó el icor hirviente. Estaba seguro de que los huesos del ala

comenzaban a ceder. Fue entonces cuando la punta de la cola de la Perdición del Conocimiento salió disparada contra su rodilla.

Presintió el ataque y apartó la pierna de golpe. El gesto apresurado debía de haber aflojado su presa, no obstante, porque la Perdición del Conocimiento se liberó, dejando tras de sí puñados de carne y sangre derramada.

Grita Caos los soltó e intentó encontrar un nuevo asidero. La cola restalló y lo golpeó con fuerza en los nudillos de la mano derecha. Aleteando, la Perdición brincó y le lanzó un mordisco.

El Galliard se hizo a un lado y consiguió escapar a una grave herida. La punta de uno de los colmillos inferiores de la abominación solamente le dejó un rasguño en el muslo. Golpeó, arancó un pedazo de carne de la parte superior de la boca de la Perdición del Conocimiento y quiso rematar a la criatura.

El dolor se entrometió en su rabia vigorizadora y le paralizó los músculos. El colmillo apenas le había practicado un corte, pero era una herida reciente para su espíritu además de para su cuerpo, ¡ *dolía!* Las sombras engulleron el bosque cuando comenzó a perder el conocimiento, igual que la primera vez. Rugió, buscando de nuevo la furia, y esta surgió y mitigó la agonía.

Creyéndolo incapacitado, la Perdición de la Cultura había abierto las fauces de par en par para engullirlo. La detuvo con un golpe de sus garras, infligiendo otra herida sobre la boca. Sin embargo, todavía no había recuperado del todo el equilibrio tras el espasmo, y antes de que pudiera conectar otro ataque, el engendro del Wyrms se alzó por los aires en medio de un desesperado aleteo.

Grita Caos se sintió un poco decepcionado al ver que todavía podía volar, aunque ahora lo hiciera tambaleándose, dando bandazos, sin equilibrio. Con la esperanza de que no utilizara las alas para escapar de la batalla, volvió a provocarla.

Baja, por favor. Tengo más trucos que enseñarte.

Capítulo veinticuatro



En algún lugar en medio de la espesura, rugió un Garou. El sonido fue repentino y de un sobrecogimiento preternatural. Sobresaltada, Julia estuvo a punto de soltar su ordenador de mano.

—¿Eso era Grita Caos? —preguntó Hijo del Viento del Norte.

—El grito estaba cargado de poder —dijo la loba inglesa—. Bien pudiera haber sido la voz de un Galliard.

—¿Significa eso que está bien? —La daga colmillo de Hermana Guapa descansaba junto a ella en la hierba, salpicada todavía de sangre reseca.

Silencio, gañó Ojo de Tormenta en la lengua de los lobos. *Escuchad*.

Cuando lo hicieron, oyeron los golpes, los arañazos y los silbidos que hablaban de un duelo o una batalla. La brisa les acercaba el olor de la sangre fresca de hombre lobo y un tufo cálido que podría ser la esencia vital de una Perdición. Comenzó una serie de hirientes gañidos.

—Grita Caos está combatiendo. —El tímpano colgante de John Hijo del Viento del Norte resplandeció a la luz de la Umbra cuando asumió su imponente forma de Crinos—. ¿Vamos a ayudarlo?

Julia cerró su ordenador.

—Dijo que tenía que completar su cura sin ayuda...

—¿Qué más da lo que dijera? —espetó Hermana Guapa—. Tiene el cerebro dañado, ¿no? Por eso estamos aquí.

—Déjame terminar! —Julia se tomó un momento para suprimir el repentino ímpetu de abofetear a la cargante Roe-huesos—. Intentaba decir que aunque él quería pelear solo, a mí esto no me parece que forme parte de un rito curativo ni de una visión. Presiento que es un combate real. Creo que deberíamos ir a buscarlo.

—Entonces eso haremos —convino Ojo de Tormenta, empleando ahora el idioma Garou—. Carlita, ¿y tu pierna?

—Mucho mejor. —Hermana Guapa, que había permanecido en forma de loba, se señaló la pierna, que presentaba una fea cicatriz pero, por lo demás, parecía recuperada. El don curativo de Gaia era poderoso—. Seguro que esto me gana un lugar privilegiado en las historias de Grita que me Irrita.

Ojo de Tormenta no se dignó contestar.

—En ese caso, adelante.

Capítulo veinticinco



Desde su posición privilegiada por encima de los árboles, la Perdición del Conocimiento divisó de repente a los otros cuatro hombres lobo que cruzaban el bosque al galope. Así que aquel era el final. La criatura sabía que no podría combatirlos a todos. Si no lograba terminar con Grita Caos en menos de un minuto, no conseguiría matarlo nunca.

Lamentablemente, en esos momentos, el narrador llevaba la voz cantante en la pelea. El ser buitre estaba gravemente herido. Le flaqueaban las fuerzas, y le costaba un esfuerzo inmenso el mero hecho de mantenerse en el aire. Y aquí en este subreino de la Umbra, este hombre lobo podría destruirlo para siempre en vez de destrozar únicamente su cascarón físico.

Aún más debilitador que el dolor era el sonido de la voz de Grita Caos. El hostigamiento agujoneaba el interior de la mente del espíritu y lo enfurecía demasiado para pensar.

Se esforzó por ignorar los gañidos. Tenía que idear un plan enseguida, una manera de acabar con el Hijo de Gaia aunque fuera al precio de su propia existencia. Temía demasiado a su señor

para considerar otra salida, puesto que sin duda Jo'ellath'mattric conseguiría encontrarla y castigarla allí donde estuviera en cualquier mundo, ya fuera viva o muerta.

Por mucho que lo intentara, a la Perdición del Conocimiento solo se le ocurría una estratagema. La idea no le hacía demasiada gracia, puesto que diluiría aún más su ya de por sí fluctuante poder, y porque la posibilidad de tener éxito era remota. Resultaba tremendamente complicado dañar el espíritu de un hombre lobo con un tentáculo fantasma cuando la bestia estaba en guardia. Pero la Perdición del Conocimiento tenía que intentar algo, así que desmenuzó la superficie exterior de su cuerpo en largos hilos invisibles e insustanciales, antes de abalanzarse sobre su enemigo.

Como antes, Grita Caos no adoptó ninguna postura de combate evidente. Se limitó a permanecer en su sitio, aparentemente incapaz de protegerse de un ataque rápido.

La Perdición del Conocimiento había aprendido cuán engañosa era esa apariencia. Esta vez, no obstante, pensaba que había sido más lista que el Garou. Daba igual qué truco tuviera en mente Grita Caos, no conseguiría herir al espíritu del Wyrn si este no descendía lo suficiente, cosa que no tenía intención de hacer. Todavía.

La Perdición alada comenzó a organizar sus tentáculos espectrales para realizar un barrido a ras de suelo. Grita Caos dejó de gañir, echó el brazo hacia atrás, y luego lo proyectó hacia delante.

Parecía tratarse de una acción sin sentido hasta que la Perdición del Conocimiento reparó en la piedra que surcaba el aire, y se quedó atónita. El hombre lobo había tenido las manos vacías. El ser buitre había percibido aquel hecho con toda claridad. ¿De dónde había salido aquella roca? Malditos fueran los espíritus de

la naturaleza que enseñaban sus Dones a aquellos hombres bestia!

La Perdición del Conocimiento intentó esquivar el misil, pero lo había divisado demasiado tarde. Impelida por la fuerza de un Garou, la piedra golpeó con más fuerza de la que hubiera creído posible el espíritu. La conmoción lo paralizó, y cayó a plomo.

Mientras descendía, no obstante, la Perdición tuvo un extraordinario golpe de suerte. Sintió cómo el extremo de uno de sus brazos intangibles se enganchaba en el alma de Grita Caos igual que el anzuelo de una caña de pescar.

La Perdición del Conocimiento chocó contra el suelo. Fue como si el universo patinara, y comprendió que había perdido el conocimiento y se había despertado. Tenía el cuerpo destrozado. No volvería a volar ni, probablemente, sobreviviría a los próximos minutos.

Al proyectar en rededor sus sentidos ciegos, discernió a Grita Caos inmóvil salvo por el compás de las subidas y bajadas de su torso. La Perdición tenía que llegar a él antes de que aparecieran en escena sus compañeros de manada.

Cada movimiento una tortura, la Perdición del Conocimiento se arrastró hacia su presa. Se encaramó a él, inmovilizándole los brazos y las piernas con sus patas rotas y su cola. Por lo menos todavía servían para eso. Luego abrió las fauces para hundirle los colmillos en la cabeza.

El hombre lobo abrió los ojos de golpe. *Un segundo demasiado tarde*, —se mofó el espíritu del Wyrn—. *Ahora estás indefenso*.

Grita Caos agachó la cabeza y la levantó. Las fauces de la Perdición del Conocimiento se cerraron en torno a su cabeza, pero solo saborearon los duros cuernos de muflón. Incapaz, o reticente,

de soltar a su sorprendentemente protegida presa, la Perdición se quedó paralizada por un momento.

Grita Caos hundió una zarpa en el ser con todas sus fuerzas.

Capítulo veintiséis



Grita Caos presentía que había conectado un golpe mortal, pero no estaba preparado para lo que ocurrió a continuación. La Perdición del Conocimiento explotó.

Hizo además de apartarse de la deflagración, pero no le golpeó nada. Nada tangible, al menos. En el momento de la disolución, la sustancia de la abominación cambió. Una porción, escoria, sencillamente se disolvió. El resto se transformó en relatos espíritu.

Exultantes, las fantasmales entidades revolotearon por todas partes. Varias se zambulleron en la cabeza de Grita Caos. Sus propias historias y recuerdos regresaron a él íntegramente, al tiempo que nuevos relatos se revelaban en una silenciosa cacofonía extática. Muchos, proclamaban sus encarnaciones vivientes, hacía generaciones que no eran escuchados.

Luego se acabó. Los espíritus desaparecieron de su conocimiento hasta el momento en que contara sus historias.

Las revelaciones lo dejaron felizmente aturrido. Sacudió la cabeza y miró en rededor.

Sus compañeros de manada se encontraban a escasos metros de distancia. También ellos parecían desorientados. Comprendió que había habido demasiados relatos espíritu volando libres para encontrárselos de golpe, ni aun siendo Galliard. Los sobrantes habían prendido chispas en las mentes de sus amigos.

—Madre Eldridge y el resto de los Tampa no se van a creer algunas de estas historias! —Con una amplia sonrisa, Carlita se acercó a Grita Caos—. Vas a conseguir que en casa me tengan por carne de alfa de primera, amigo.

Un paso por detrás de la Roehuesos, Julia dejó escapar un suspiro.

—Gracias al cielo que comprendes las implicaciones más importantes.

Hermana Guapa parpadeó.

—¿Eso era un chiste?

—Grita Caos —dijo Ojo de Tormenta—. ¿Te has recuperado?

—Sí —dijo el narrador—, gracias a mi manada. Se Ríe de los Pinos tenía el río, la tierra y el bosque para sanar, y yo os tenía a vosotros.

—De nada —dijo Hijo del Viento del Norte—. Ahora, ¿qué ha pasado? ¿Era la misma Perdición que te hirió en Serbia?

—Sí. Nos ha estado siguiendo todo este tiempo, aparentemente para asegurarse de que no me recuperara nunca.

El Wendigo torció el gesto.

—Se supone que soy el Ahroun, el guerrero, el centinela, y no la divisé en ningún momento.

—Yo soy la Theurge —dijo Julia—, la experta con los espíritus, y tampoco me di cuenta. Nos estaba atacando sutilmente, ¿verdad?, arrebatándonos un trozo de memoria cada vez. Por eso nuestras mentes no dejaban de atascarse y patinar.

Grita Caos asintió.

—Al final resulta que no era contagioso.

—Nadie pensaba que nos fueras a contagiar —repuso Ojo de Tormenta—. ¿Qué ha pasado cuando murió la Perdición? Mis recuerdos robados han regresado, pero también tengo cosas nuevas en la cabeza, leyendas que no me ha enseñado ningún Galliard.

—El ser buitre era una Perdición del Conocimiento. —La herida reciente en el hombro de Grita Caos palpitó, y se esforzó por ignorar el dolor—. Había oído hablar de ellas, había oído que consumían historias de alguna manera, pero no sabía lo literalmente cierto que era eso. Sigo sin comprender cómo funciona, pero la abominación tenía relatos espíritu atrapados en su interior. Quizá les exprimiera su poder. Cuando la maté, los liberé, y compartieron sus conocimientos con nosotros.

John Hijo del Viento del Norte entornó los ojos.

—Los Garou tenemos muchos secretos perdidos, saberes que necesitamos para derrotar al Wyrn. Y hay más Perdiciones del Conocimiento.

—Con sabe quién qué información almacenada dentro —concluyó Julia—. A lo mejor se puede recuperar hasta el último ápice de información, hasta la última *arma* que hemos olvidado.

—Eso es una pasada —dijo Hermana Guapa.

Julia sonrió.

—Por decir algo.

—¿Así que es esto? —preguntó Hermana Guapa—. ¿El motivo por el que dijo Antonine que tenía que haber una tercera manada, la luz blanca nos condujo a las montañas, y el antiguo túmulo nos esperaba? ¿Hemos hecho lo que se suponía que teníamos que hacer? Cuando hayamos contado a los demás Garou lo que hemos descubierto, ¿podremos volver a casa?

Ojo de Tormenta ensayó una de sus infrecuentes sonrisas.

—La guerra no ha terminado, y el instinto me dice que la labor de la manada del Río Plateado no ha hecho sino comenzar.

Grita Caos miró a sus compañeros y sintió todo el amor que no había podido encontrar durante su largo viaje hacia la redención.

—Por mí, estupendo.



RICHARD LEE BYERS. Nació en Columbus (Ohio), el 21 de Septiembre de 1950, y es autor de un gran número de novelas de fantasía. Byers ostenta, además, un Máster en Psicología. Siendo residente de la Bahía de Tampa, trabajó en centros psiquiátricos durante una década. Más tarde dejó este campo y se convirtió en novelista. Es, además, un gran entusiasta de la esgrima y el póquer.

Es autor de más de una treintena de novelas de fantasía y horror, incluyendo varias del universo de *Reinos Olvidados* y alguna de *Mundo de tinieblas*. También ha escrito el cómic *Simon Vector*, junto al ilustrador Johnny Atomic, para *League of Entertainment*.

Sus proyectos más recientes incluyen los libros electrónicos de la saga del superhéroe *The Impostor*.

